

FRACTUM
——

— *Alejandro Gabriel J. Luna* —

FRACTUM



Primer Premio
Concurso Literario Provincial 2021
“César Fermín Perdiguero”
Categoría Novela



Todavía no he encontrado una forma de novelar mi provincia en el tiempo en que la recuerdo, que fue desde los ochenta en los diálogos de mis vecinos, hasta la primera década del dos mil en la que yo andaba viviendo. A diferencia de las urbes grandes, se había transformado a partir de los noventa en algo retaceado por el progreso, le había llegado la parafernalia y el éxtasis de una manera deformada. Toda lujuria allí estaba delimitada por formas mentales que pervivían en lo que quedaba de un pueblo con sus costumbres. En los últimos años, he sentido que no existía una verdadera manera de contar esas fantasmagorías y visiones de todas las vivencias que acá en este libro se darán cita. Tal vez, por eso el cuento y la novela coexistan necesariamente, por familiaridad con el ramaje de los hechos, y porque la mayoría de estas historias son chismes que devoraron los bordes de la realidad hasta hacerse ciertos. Habíamos estado allí sin saber cómo nos entrelazábamos. Con angustia, comprendimos que éramos parte de un microclima sórdido de culpas, mitos y violencias, donde la locura y la promiscuidad no fueron lo de menos. Quedamos algunos sobrevivientes del aturdimiento y hasta del incesto. Esta novela es como una gran chusma hablando, es un chisme más.

FRACTUM A PARTIR DEL AÑO 1985

Lo que sigue es todavía una cosa de aparecidos, algo así como un pueblo fantasma que solo vive en mi cabeza, pero vive de verdad, porque los chismes existen así, son lo más vivo de una cultura y mi cultura no tiene otra forma de existir que esos chismes que fui escuchando desde chico, como murmullos crecientes, como una suerte de psicosis que incubaba voces e historias, y ahora, esos chismes se ponen turbios. Como en el tango “Las cuarenta”, que dice: “Toda carta tiene contra y toda contra se da”. La contra de estas cartas dibujó un destino y enmarañó el espacio del chisme como una verdad. Los murmullos crecieron y se hicieron ciertos. Los relatos cruzados del chisme son la primera narrativa con la que tuve contacto. Yo era un niño del norte de Argentina, no sabía que eso era literatura porque aquí no hay mar, pero hay sofocación y espejismo, y el sexo es una antelación que todo lo devora y lo corrompe incesantemente, e impresiona su cuerpo de necesidades como esa víbora gorda de las selvas de Orán o del Chaco salteño que me contaban los viajeros que llegaban hambrientos al restaurante de

mi padre a finales de los ochenta. Decían que la víbora atravesaba la calle y abarcaba la totalidad, y que cuando cruzaba asustaba a todos, pero nadie se asustaba en realidad. Yo no la vi, a esa víbora también me la contaron, y ahora estamos dentro de su estómago. Siento cómo sigue digiriendo esta narrativa mal deglutida.

EL HAMBRE

No sé, tal vez es la mano que vi antes de entrada la noche. Una mano cuidada y blanca. En uno de los dedos tiene un anillo. Por ese detalle me doy cuenta que es la mano de un varón la que se me ofrece, pues el anillo es cuadrado y grande, al parecer de oro porque el brillo es amarillento. La chaqueta que logro ver es de color crema y tan limpia que se me aparece luminosa al recuerdo. El sueño consiste en que el hombre me ofrece la mano y yo la muerdo furiosamente. No quiero que las cosas sucedan así con esa furia que no me caracteriza, pero, de pronto, la noche come la luz de la ventana y toda la oscuridad me envuelve. Hasta siento el salado en mi boca de la herida proferida por mis dientes. Hay un desierto por calmar cuando muerdo la injustificada delicia de esa mano, que como un animal sujeto antes de que escape la víctima. Luego me toman de los brazos y me inmovilizan y me llevan a otro lugar. Me despierto casi siempre ahí, en ese momento en que la cara del hombre se me va a mostrar.

Hace semanas que nadie ha venido por este lugar. Estoy totalmente solo. Me han cambiado la ropa sucia que llevaba puesta cuando me encontraron, parezco otro hombre, no soy el Sajama

cuidadoso que tiene pocas prendas pero que al llegar a la pensión en las noches las lava a mano en la pileta de doña Alcira. No me dejan asomarme a la puerta ahora y, aunque camino suavemente por los costados, permanece custodiada. Paseamos todos los días yo y un grupo de hombres desquiciados, damos la vuelta, no sabemos qué hacer del aburrimiento. Ahora estoy acá, pero tengo la impresión de haber estado perdido, vagando antes de que me trajeran a dormir a esta cama. Doña Alcira no ha venido, tampoco ha venido don Ricardo. ¿Qué pensará don Ricardo? Ni sé desde cuándo no voy a trabajar. Ya habrá tomado a otro cocinero pues la cocina no da pausas, y don Ricardo es un hombre que se preocupa mucho porque todo esté bien, y porque los clientes estén bien atendidos. Es muy bueno el señor, la mayoría de las veces me regala mercaderías y yo se las doy a Doña Alcira para que ella me descuenta del mes de alquiler. Para qué quiero la mercadería si puedo comer en el restaurante mientras pruebo las comidas, porque cuando termina mi turno, ya estoy con el estómago lleno. Aunque ya no creo que pueda volver a comer allí. Debe estar enojado conmigo el señor Ricardo, pues he faltado a mi palabra de volver a horario. ¿Cuánto tiempo habré permanecido acá? Todavía no he hablado con los enfermeros, me atienden como a una planta, sin demasiado sentimentalismo y creo que está bien así, de lo contrario me decaería. Ya suficiente tengo con que nadie venga a verme. Me dan comida y pastillas, y cuando pregunto para qué sirven esas pastillas me dicen que son para que esté calmado. Y yo no entiendo muy bien.

El verano de 1985 fue el más caluroso de esa década. El señor Ricardo tenía dos hijas, dos niñas consentidas. Tenía cincuenta años clavados, y había preferido tener hijos cuando ya tuviera solucionada su vida económica. Empezó con un almacén y,

como le gustaba cocinar, puso un restaurant. El señor Ricardo era un habilidoso cocinero y así había conquistado a doña Zulma. Le invitaba cenas con platos muy sofisticados, hasta que ella aceptó su amor como algo relacionado a un sentir de gustos. Luego se convenció de que nadie le cocinaría como él. A veces él le explicaba la forma de cocinar un calamar y le mostraba las rabas y los tentáculos, también le explicaba lo de la tinta y ella se enamoraba, porque en el norte de argentina no hay mar, pero don Ricardo le hacía sentir que en esos platos el mar estaba cerca y ella se sentía cosmopolita y exótica. Era tan atinado su modo de explicarle esas cosas. Cada palabra hacía del extraño molusco en la cabeza de doña Zulma una extravagante delicia. Cuando los clientes llegaron a conocer el lugar, corrió la voz de que la mano de don Ricardo administraba el comino, la pimienta y cualquier especia como si supiera su valor antes de entrar a la olla. Llegaron de muchos lugares a comer en los mediodías. Alguna vez, en su salón, que se había llenado de clientes, pasó él con su gorro de cocinero y explicó el afán de los españoles por las especias en el Renacimiento. Los comensales absortos por la locuacidad del dueño, difundieron su erudición. Desde allí lo respetaban, al punto que no levantaron quejas cuando los precios subieron. Cuando se sintió cansado, dejó de cocinar y contrató cocineros nuevos, pero no daban con el sabor que ya había inaugurado él, así que para ahorrarse el disgusto volvía de vez en cuando a la cocina para preparar sus platos preferidos.

Un domingo en la mañana, la hija mayor de don Ricardo, que en ese entonces tendría siete años, estaba asustada porque había visto a un hombre pequeño merodear el negocio. Desde la celosía lo había observado espiar varias veces mientras hacía los deberes del colegio. Don Ricardo salió a ver quién era el

individuo que se paseaba por afuera. Cuando salió, un hombre bajito de al menos treinta años miraba el cartel de su negocio fijamente.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Vengo por el trabajo de cocinero —contestó.

Parecía ser un hombre de pueblo por su tonada lenta y la arrastrada sonoridad. Don Ricardo le dijo que ya no necesitaban cocinero, que habían tomado hacía dos semanas a uno. El hombre lo miró a los ojos y volvió a pronunciar la misma frase como si no lo hubiese escuchado.

—Vengo por el trabajo de cocinero.

El dueño no supo qué contestarle, pero le pareció auténtica la repetición en la forma de un chiste, aunque el otro no se reía.

—Pase el fin de semana, lo voy a poner a prueba —le dijo. El hombre caminó unos pasos, y luego se dio vuelta para decirle:

—Voy a estar tempranito acá.

El sábado, don Ricardo se había olvidado de esa charla. A las ocho de la mañana alguien golpeó la puerta y cuando salió estaba el hombre pequeño allí apostado.

—Vine —dijo y se quedó en silencio. Don Ricardo le sonrió y lo hizo pasar. En el trayecto el hombre se detenía a mirar los cuadros del restaurant, descoloridos lienzos de animales regionales. Ese día, el hombre cocinó guiso, una comida de lo más común, pero a don Ricardo le gustó el sabor. Le preguntó dónde vivía y el hombre no le contestó, siguió picando unas

cebollas. Llegó a pensar el dueño que este tenía problemas auditivos. Entonces le preguntó, tratando de gesticular de manera clara y fuerte:

—¿Cómo se llama?

—Sajama —dijo, y siguió picando las verduras, para luego mezclarlas en una olla grande.

—Nadie come tanto guiso acá —dijo el dueño asomando la vista a la olla.

—Lo comerán con gusto —Sajama prosiguió cocinando como si fuera el dueño de la cocina. Don Ricardo se quedó admirado de la confianza del pequeño hombre. En los días posteriores, tuvo que despedir a los otros cocineros que, ante la autosuficiencia de Sajama, se enojaban muchísimo, pues no tenían mucho para hacer. Su clientela, además, sintió el nuevo gusto en los platos. En un principio, pensaron que don Ricardo había vuelto a cocinar, pero él comentó lo del nuevo cocinero. Entonces comenzó el local a tener otro aire. Sajama preparaba el menú sin consultar a nadie. El dueño lo miraba desde la caja registradora y lo empezaba a querer con ternura. Sus hijas también le tenían cariño al incansable Sajama que batía huevos, picaba verduras y que aun así se daba tiempo de prepararles un postre de chocolate. El local se volvió chico para la demanda. Pensó entonces don Ricardo en mudarse a otro lugar más grande en pleno centro.

—Me llevo estos fiambres que han quedado —le dijo Sajama a don Ricardo un día en que ya todos se habían ido y quedaban solamente ellos dos. Don Ricardo tomó de la heladera

otros embutidos, los envolvió en papel y se los entregó. Este no le agradeció, pero al dueño le contentaba que un hombre de tan sencilla condición le aceptara el regalo sin reverencias.

—Hasta luego, don —decía, y reclinaba la cabeza seriamente.

El dueño entonces le subió el sueldo y le dijo a doña Zulma, que todo lo que sobrara antes de que se echara a perder se lo diera.

—*La luna come de la sed. He nacido justo en el día equivocado. He equivocado la dicha de pensar que el hombre es un cocinero y no un animal* —dijo Sajama apoyado en un robusto árbol. Luego aplacó su ansiedad echándose en unos pastos secos. Ya era de noche. Sus ropas lo abrigaban débilmente. Iba a llegar el invierno pronto y se afligió.

—*¿Cuánto frío tendré que acumular en los huesos? Por suerte, la cocina es calentita, el problema es afuera* —Sajama estaba cansado. En los dedos tenía una marca de cuchillo y todavía el zumo de las verduras no se diferenciaba de su sudor.

—*La noche se adentra a mi guarida, no desees, Sajama* —se dijo, como si un pensamiento inocuo lo atravesara. —*No hay que desear ¿por qué insistes en desear? Si tal es tu ánimo desaparecerás tú y tu nombre. Si sigues en tu obsesión, pensando en la venida de tu luna blanca como una ostra morirás. Si nunca has visto el mar, ¿acaso aclama su rugido a tu corazón? Si nunca has andado en la pradera, ¿por qué tu sueño repite una forma con colmillos y ojos grandes de bestia? Temo que don Ricardo me quite este trabajo* —pensó Sajama, ahora con más cordura—. *En el negocio todavía quedaban unos hombres comiendo salsa con papas hervidas cuando salí por esa*

puerta de dos hojas —Recordó—. *He logrado que amen la comida de los pobres. No, no es de esa hambre de la que padezco. He logrado que amen el sabor meridiano del tomate en salsas carentes, espesadas y disimuladas con pimienta. ¿Cómo yo, Sajama, el que nació de una mujer sin nombre iba a descender a cocinar a ricos? ¿Cómo yo, Sajama cuya madre le leyó la Biblia incansablemente, cuya madre lo divertía con un viejo libro de las metamorfosis de Ovidio en su pueblo, se rebajaría a tan poco? ¿y si de tanta comida me circundo? ¿por qué jamás tengo hambre? No quieras comer de ese otro deseo, Sajama, porque morirás para siempre. Te quedarás desterrado si sigues tu impulso. Un aullido seco te implora la noche* —dijo Sajama, o algo que se le parecía mucho, y sus ojos cambiaron de forma—. *El señor Ricardo contaba dinero hoy en su caja registradora y yo me preguntaba por la forma de la noche. Le hace falta una novia a don Sajama dijo doña Zulma cuando yo estaba limpiando una lata de dulce de batata con las manos almibaradas y todavía con cosas por hacer y la escuché. Esa misma tarde, el señor me invitó unas bebidas. Las sirvió él. Me quedé quieto en la mesa. Don Ricardo me contó de su juventud esplendorosa. Siempre me cuenta lo mismo. Es lindo escucharlo, lo miré y le sonreí. Siempre creen que no los escucho. Después se fue a la parte trasera de la cocina, y dijo: “Aunque ustedes no lo crean, Sajama es un hombre que sabe escuchar”. Su mujer se burló.*

JOSEFINA LUNA

De Josefina Luna sé por chismes dispersos como relámpagos, no recuerdo los episodios, solo puedo armar lo que escuché, mientras mi madre con otras amigas le sacaban el cuero y se admiraban de que sus chicos habían llegado un día como si la cigüeña los hubiese tirado en el patio. Los chicos llegaron por el setentaicinco y yo escuché el cuento, avanzada ya la década de los noventa, porque andaban los jóvenes con ciertos aires impetuosos y eso hacía que las viejas se predispusieran a castigarlos con los comentarios malignos. Uno de los hijos de Doña Josefina, el Gordo Gómez, me regalaba caramelos cuando venía de estudiar. A mi padre le gustaba el Gordo, decía que era buenito, a veces iba al restaurant y allí se tomaba una cervecita, pero más le gustaba ir los fines de semana y comer pastas, podía acabar con varios platos. Era el orgullo de la familia Gómez, porque pronto sería abogado, al otro se lo veía poco, siempre tenía cara de perro.

En fin, lo que me admiró de Josefina Luna fue su final desconcertante, ese apartarse del mundo que eligió, esa forma tan cercana a la irresponsabilidad.

EL LOBO Y LA MANO

Estoy a tanta distancia. No recuerdo el límite de mi cuerpo y el límite de las cosas. Si desciendo a mi interior entonces despojado, Sajama se apagará en el dolor.

Algo viene en las noches, camino por las praderas claras y la luna perlada blanquea el territorio de árboles profanados por la oscuridad. No recuerdo algunas cosas. Sé que apetezco de la carne humana y no comprendo bien el cuidado de sus pieles rosadas, todo ese jugar al hogar que hacen los hombres. No puedo evitar que avance la noche sobre mí. Si pudiera reconstruir mi merodeo en la oscuridad sabría qué hago verdaderamente. Pero solo me despierto dolorido, con difusas imágenes de golpes que me dan con palos y garrotes. La señora Alcira dice que intenté meterme en la casa de unos vecinos y que me corrieron, ella les dijo que soy incapaz de cometer un acto así, pero le reclamaron de mala manera y me lo contó apenada.

La mañana del 28 de julio de 1986 llegó temprano don Ricardo a su local en la calle Ituzaingó al doscientos y se dio cuenta de que Sajama había permanecido allí desde el día anterior.

Sin decir nada, lo saludó y le invitó un café. El empleado tardó un rato en contestar, hasta que se resolvió a aceptar el café. Don Ricardo vio los estantes llenos de frascos de escabeches y salsas. Lo que podría haberse hecho en meses lo había realizado en una noche. Don Ricardo le tuvo que pedir que se tomara libres las semanas siguientes. El cocinero ayudante iba a calentar y servir todo lo cocinado. Tenían comida para el mes entero. Para que Sajama no se molestara en ir a buscar su paga, el señor Ricardo le llevaría el dinero a su vivienda de la calle Mitre al mil. Sajama salió con la misma ropa con la que cocinaba todos los días. Pasadas las semanas Sajama no volvió. El señor lo buscó en la vivienda. Nadie lo atendió. Presintió que podía estar enfermo y salió a buscarlo varias veces en su auto por la ciudad. El problema de Sajama es que no tenía amigos, solo la dueña de la pensión, pero ésta últimamente estaba disgustada por la conducta del cocinero.

Antes de ese acontecimiento, don Ricardo nunca se había puesto a pensar en el cariño que había desarrollado por aquel joven tierno y callado que lo escuchaba hasta que terminaba de hablar. Tuvo que decirle al ayudante de cocina que se encargara de los menús. La gente comenzó a protestar en las semanas que siguieron por el sabor de las comidas. Lo buscó incesantemente y cuando ya daban por perdida la causa de Sajama, suponiendo que se había vuelto a su pueblo, un hombre pidió un menú pero confesó que no lo iba a pagar, que si se lo daban les daría el paradero de Sajama. Don Ricardo accedió al pedido y cuando el hombre terminó de comer soltó una risa estrepitosa. Luego dijo que Sajama se encontraba internado en el psiquiátrico. Después de eso, se limpió la boca y agregó:

—Estaba perdido en el parque, salía a comer basura en la noche, hasta que se metió en la fiesta de una familia picante, parece que la puerta estaba abierta y entró nomás. La policía se lo llevó para que no le siguieran pegando. Un tiempo estuvo tirado en su casa, pero la vez pasada lo derivaron a los locos.

Esa misma tarde, Don Ricardo se vistió para ir al hospital. Caminó la calle recta que conducía hacia ese barrio desértico que tenía en su territorio al hospicio. Fue lentamente pensando en que con un poco de cuidado, el cocinero estaría bien, y que él no tendría problemas en pagar buenos médicos para que se curara pronto. Lo mortificaba la condición del joven y se arrepintió de no haberlo llevado a su casa a vivir, quizás no le hubiese pasado eso. Un padre es algo que se quiere ser, supuso don Ricardo.

—*Esta vez fue peor. Me faltan dientes en la boca, y en los huecos de las encías todavía tengo sangre coagulándose. Puedo tocarme esos hoyuelos tristes con la lengua. Nadie me ha contado esta vez lo que ha ocurrido y parece que lo que le decían a doña Alcira es verdad. Debo descansar unos días. He escuchado la voz de don Ricardo gritando afuera de mi puerta, pero no tenga fuerzas ni para contestarle por el dolor en las costillas y porque todavía tengo la boca hinchada. Cuando se fue don Ricardo me sentí realmente angustiado de no poder ir a trabajar esta semana tampoco. Ni sé cómo llegué a la pieza, no entiendo cómo tranquilé la puerta antes de tirarme en la cama. Escuché también a doña Alcira a los lejos pidiéndole a un hombre que me saque la denuncia, pero es todo de vicio.*

En la ventanilla le dijeron a Don Ricardo que le quedaba una hora porque el horario de visitas era desde las seis de la tarde hasta las ocho, así que se debía apurar a ver al enfermo.

—Se llama Sajama. Es un hombre de estatura baja, coya, de ojos negros.

—Ah —dijo el hombre de la ventanilla—, es el que se metió a la fiesta. Ya está mejor, solo que se pierde de a ratos. Hace ruidos con la boca, no se asuste.

—Hace tiempo que vago, que yazgo en la penumbra. Me alimento de los desechos, abro con mis manos las hojas en el agua de los resumideros y bebo, soy el hijo de la luna. Don Ricardo tiene dos hijas, son frescas como las carnes que traen recién faenadas al local. Estaríamos mejor si me diese a cambio el sexo de su hija la mayor, que devoraría gustoso. Sajama se me muere. Lo alzo y es un niño que no quiere seguir deseando cocinar, es ya tarde y lo peor es que la luna comienza a asomarse por la ventana. Díganle que no venga. Me llamo gorgoteo, me llamo pelos, y calor de la noche en la madriguera. Hay un hombre llamado Sajama, corro en la pradera y ese nombre es tan lejano, es poco probable que exista, la pradera es ancha como el vientre caliente de los mamíferos.

El señor Ricardo entró a la pieza, vio que su empleado estaba deteriorado. Lo salvaba aún esa dignidad de no sentir vergüenza de su condición, no se compadecía de él mismo. Estaba sedado. Parecía un niño en remiendos. Don Ricardo miró por la ventana alta un árbol que se extendía indefinidamente, pues hasta donde abarcaba su mirada todavía continuaba el follaje. Miró un momento al joven que le había hecho crecer el negocio en tan poco tiempo y no quiso convencerse de que estaba insano. Sajama se encorbaba suavemente sentado en su cama mirando al suelo. Quizás no miraba a ningún lado. La pieza era extensa, albergaba a otros enfermos. Don Ricardo prefirió pensar que los

otros de verdad estaban locos, no su empleado, pues éste había sido un buen hombre. Por eso se le acercó con un tibio andar y una mirada, que, aunque no lo pretendiera, compadecía a todo el hospital.

—Amigo, Sajama, te vine a visitar porque te extrañamos en el restaurant, todos, mi mujer, mis hijas y yo.

Sajama extendió una risa diminuta, don Ricardo la pudo ver, aunque también pudo verle la boca lastimada. Sajama lo miró con mansedumbre. Tenía los ojos insobornables y negros. Cuando levantó los ojos, y los dirigió hacia don Ricardo, todavía estaba en el lugar de la mirada ese chiquillo grande que daba ternura.

—No necesito nada —dijo y bajó la mirada nuevamente, así permaneció un tiempo largo e incómodo para don Ricardo, porque esperaba un trato cordial y dulce como cuando se sentaban a tomar un café y a hablar.

—Tiene que retirarse —agregó.

—Estamos todavía en el horario de visitas, amigo —le respondió —, no tenés que preocuparte. He hablado con los enfermeros y les prometí algunas cosillas si me dejan quedarme un tiempo extra. Hoy como siempre no tengo ganas de volver al negocio temprano. No digo que en casa no comamos bien, es que en realidad me acuerdo de que en mi juventud comía en los lugares que encontraba porque me parecían agradables los sucuchos de mala muerte. Hay que cambiar la rutina de volver a casa de vez en cuando ¿recordás eso que te contaba, Sajama?

—Tiene que irse, don Ricardo —le volvió a decir.

Y antes de que pudiera moverse, Sajama le agarró la mano a don Ricardo y se la mordió ferozmente, el dueño le dio un puñetazo duro con la otra mano y Sajama cayó al suelo aturdido. Vinieron los enfermeros antes de que se pudiera parar y lo sujetaron. A don Ricardo no le importó la mordedura, pues su perplejidad era mayor y cuando a Sajama se lo llevaron los enfermeros, le vio la mirada tan distinta... Alguien llevó a don Ricardo hasta un lugar donde lo lavaron porque sangraba profusamente. Después de curarlo, se despidió de los enfermeros y les agradeció la atención. Caminó hasta la puerta del hospital. La tarde se acababa, había llegado la noche desde el cielo. Los árboles gruesos del otoño en las veredas se iluminaban de azul y de violáceos tonos en los pobres follajes, que más bien mostraban las grises ramas recién descubiertas por la estación.

—¿Qué es lo que pasó adentro? —se preguntó don Ricardo y su paso se fue demorando hasta llegar a la esquina del hospital. Por una gran desprolijidad en los tachos de basura que se amontonaban en esa esquina, pensó que todo se le volvía indómito, que cualquier desgracia era posible. Su amigo le había mordido la mano. Todos podían hacer lo mismo. Si permanecía más tiempo en esa esquina oscura, hasta las ratas pardas de la basura saldrían a morderle el pantalón o la pierna. Sintió mucho miedo. Quiso correr, pero su cuerpo de cincuenta años que fumaba dos atados por día no era el mismo de cuando quería quedarse a comer en cualquier barsucho. Sin embargo, insistió, aceleró el trote como pudo, sus pulmones se resistían al recorrido inesperado, los huesos de sus rodillas repercutían

a martillazos en su tristeza. Tuvo que parar cuando sintió que ya no podía respirar. Además del cansancio sintió una puntada en la mano mordida, por eso se largó a llorar como un niño abandonado en una terminal, y como no había nadie en esa calle, dijo en voz bajita mientras sollozaba “¿Por qué me mordió, mi hijito, Sajama?”

HIPÓTESIS SOBRE JOSEFINA LUNA

Casi un año antes de su muerte comenzó a recordar. A los setenta y tres años, luego de haber sufrido una brusca caída por las escaleras, quedó postrada en su cama. A pesar del dolor que no la dejaba en paz, se entregó a la tarea de recordar. Fue encontrando maneras mentales de traer recuerdos que incluso ella no sabía que tenía almacenados en su memoria. Al principio, le fue difícil que los recuerdos poco significativos no enturbiaran a los más importantes, pero luego de un tiempo clasificaba los recuerdos y los diferenciaba con claridad. Debía tener cuidado de no agregar hechos, ya que había notado que cuando le faltaba un detalle a una escena de su vida, inmediatamente lo inventaba. Eso, pensó, era falsear la memoria y ella quería un recuerdo concreto con el que le fuera posible determinar una figura clara de sus días. Puede ser que la señora Josefina buscaba un sentido tranquilizador para su conciencia, ya que sabía que se moriría pronto y necesitaba morir en paz. Sabía con precisión cuáles eran los recuerdos importantes por el peso afectivo que sentía. No obstante, constató que, aunque ella considerara

vital a un recuerdo, su mente tenía una organización propia y arbitraria. Durante la noche, Josefina Luna memorizaba hechos pasados para continuar reconstruyéndolos al día siguiente.

Tenía los fémures fracturados, y a su edad ya no era posible que los huesos soldaran fácilmente, así que incrementó su actividad mental a tal punto de no dormir. Sentía constantemente el crujir de sus piernas, era como si tuviera astillas que no podía ver. Su cuerpo le sonaba como una bolsa con piedrecillas. Cuando su labor de recordar se intensificó, pensó que era bueno olvidar el presente porque el pasado necesitaba de una arqueología y el presente ahora era prescindible. El ahora le significaba un magma de inutilidades sin respuestas. A partir de esa decisión, trató de no pensar en sus hijos que la atendían constantemente, y que en ese último tiempo le cuestionaban cosas que ella no tenía ganas de responder:

—Mamá, por favor, contanos, ya somos grandes. ¿Quiénes son nuestros padres?

Las lágrimas de su hijo, el abogado, rodaban por su mejilla, pero ella ni se conmovía. Practicaba una fuerte evasión mental. Pensó también en no comprometerse con las personas que la iban a visitar. Todo se había vuelto vacío desde que su afán de recordar le cambiaba las ideas que había sostenido durante toda la vida. Allí en la cama pensó que la inmovilidad la favorecía, pues en su mente todo comenzaba a ser socavado. El mundo de las costumbres, los afectos, el amor, se le hacían cosas irreales. Veía a sus hijos con los mismos problemas que ella había tenido también de joven. De su esposo se separó a los 55 años y se fue a vivir sola cuando sus hijos ya tenían resuelta la vida. Uno era abogado y el otro había seguido la carrera militar como su padre.

Desde que estaba casada no le gustaba que la llamen por el apellido de su esposo, así que cuando se separó a todos les decía, yo no soy señora de ningún Gómez, me llamo Josefina Luna. Dos años después del accidente, dejó de hablar, solo quería recordar. Los hijos se preocuparon mucho cuando vieron que ya no emitía palabra, pero el médico del hospital militar, luego de examinarla detenidamente, les aclaró que Josefina estaba con todas sus facultades mentales en plenitud, que el hecho de que no hablara era una decisión que había tomado por cuenta propia. Por otra parte, uno de los hijos era el que más se desesperaba por entablar un diálogo con ella:

—Mamá, ¿cómo te sentís?

Ella lo escuchaba claro, y le daba pena porque el Gordo, como le decían desde niño, era sensible y ella sabía que estaba muy triste. Pero ya había tomado esa decisión. Él seguía hablándole:

—¿Te acordás que fuimos a donar sangre con mi hermano, para el hermano de papá, el menor, el que se pegó un tiro? Tenés que decirnos por qué no coinciden nuestras sangres, mami, ¿por qué nunca nos dijiste que no éramos hermanos?

Los hijos insistieron en que su madre estaba padeciendo alguna especie de trastorno que no la dejaba hablar. Hicieron nuevos pedidos a la administración militar. Como abogado, el Gordo Gómez elevó una nota. Su padre, el General Ernesto Gómez, que había muerto hace ya una quincena de años, les había dejado la atención del hospital militar y ella merecía un buen trato. El médico que le asignaron dijo que quizás se trataba de un mutismo selectivo, pero no dijo más. Cuando ellos le hablaban, la señora Josefina Luna los miraba inmersa en su tarea

de recordar y trataba por medio de una fuerte concentración de hacerlos desaparecer de su conciencia.

Había comenzado su ejercicio a partir de recuerdos simples. En los momentos en que la dejaban sola, se esforzaba por hacer mapas de su historia personal y de diagramar una disposición de hechos que no fuera lineal, sino que estuviera sujeta a sus sensaciones. Con el tiempo se dio cuenta de que no era tan difícil hacerlo porque había tenido una vida simple. Su vida se reducía a la infancia, luego a un matrimonio, dos hijos y una casa que había limpiado todos los días de su vida desde los dieciocho años. El problema que se le presentó en su tarea nemotécnica fue su niñez. Reflexionó largo tiempo acerca de ésta, ya que se percató, en estos ejercicios, que toda su vida había idealizado su niñez y la había representado como un lugar sin defectos, como un lugar limpio en donde no había fallas. Cuando comenzó a rememorar detenidamente, comprendió que su niñez no había sido hermosa. Ahora en esa búsqueda notaba que los recuerdos de su vida ocultaban las zonas tristes, y que si ella se esforzaba en alargar los tiempos del recuerdo se le presentaban esos territorios de su vida con todas las miserias y las incomodidades que había pasado de niña. Recordó que su padre le besaba la frente con sus duros bigotes y la alzaba para que ella se sentara en sus rodillas, pero esas escenas se corrompían cuando prolongaba la duración del recuerdo y exigía la demora de la imagen hasta que se representaba con olores y sentía incluso las cosas que había sentido en la piel en esos días. Entonces, podía ver como su padre salía luego hacia el fondo de la casa y esputaba la flema del tabaco con el desagradable sonido del escupitajo y la textura de su saliva enferma y pegajosa. También pudo reconstruir la muerte de su progenitor. Volvió hasta ese día en el que estaba en

el velatorio y se sorprendió de cómo volvían a aparecer personas en su cabeza. Algunos tomaban traguitos de vino y caminaban por la casa mientras otros permanecían sentados en sus sillas. Subía por su piel el olor a plantas y a flores de las coronas para el muerto. A algunas de esas caras solo las había visto por primera y última vez en el velorio. Su madre lloraba, no paraba de llorar. Podía, además, volver un tiempo atrás de la muerte de su padre y recordar el día del almuerzo en el que éste se había desvanecido. Luego, sin demasiados detalles, se acordaba de los días en que lo visitaba en el hospital y cómo no debía emocionarlo mucho.

Josefina trataba por todos los medios de no recordar a su madre. Le tenía, en este sentido, mucho odio a esa imagen, pero no debía engañarse a sí misma, por eso buscó todos los recuerdos de su madre como si de esa manera se perdonara a ella misma. Lo raro era que siempre se le aparecía con la misma ropa. Le dio gracia eso, porque sabía que su madre tenía muchas prendas, pero siempre en la casa andaba igual. Entonces, sin quererlo, recordó la primera vez que se había enamorado. Ese recuerdo se parecía a un estado de alegría, no sabía si eso era la felicidad, porque cuando eso le había pasado, los celos la martirizaban y la hacían sufrir. No podía soportar la idea de que su amado anduviera por allí sin ella, aunque cuando su novio estaba con ella peleaban mucho y también sufría por eso. Le vino difusamente la imagen de Felipe Argañaraz. Los sentimientos que había tenido por ese joven bueno le hicieron sentir que había algo allí en esos recuerdos que estaba oculto.

Felipe la esperaba afuera de su colegio, ella apenas tenía diecisiete años y él le llevaba todos los días una flor cuando ella salía. Disimulaban su amor en la plaza hablando a una distancia

tenue, como cuando el cuerpo sabe que está acompañado. No podían decir que eran novios. Su madre seguramente la castigaría y le prohibiría salir porque no podía permitir que su hija perdiera la virginidad antes de casada. Recordó Josefina un suceso que le dio pena. Un día al llegar Felipe, ella le dijo:

—Dicen mis amigas que no sos lindo, Felipe.

Felipe puso cara de tristeza y no le dijo nada. Ella se arrepintió porque, después de eso, él ya no quería buscarla en su colegio. Felipe siempre le regalaba cosas para que se sintiera halagada, pero cada día ella sentía que él debía hacer más cosas para que se sintiera atendida. Ahora no comprendía la señora Josefina por qué tenía en su adolescencia esos sentimientos tan injustos hacia su tierno novio que trataba de complacerla. Recordó un reloj que él le había regalado, había ahorrado meses para comprárselo y a ella le gustó mucho el regalo, aunque no se lo había demostrado. Lo guardaba cada noche y le pasaba un pañito por el vidrio. Cuando Felipe le preguntaba por qué no se ponía el reloj ella le contestaba que su madre le preguntaría de dónde lo había sacado. Pero esto no era cierto. Le gustaba tanto el reloj que no quería usarlo. Le parecía un reloj bellísimo y seguramente lo usaría en alguna ocasión importante. Pronto cumpliría los 18 años y la dejarían empezar a salir a alguna fiesta. Seguramente la acompañarían sus hermanas. A veces, ella le prometía a Felipe que se casarían apenas terminara la escuela. Felipe, con mucho entusiasmo, la miraba y le decía:

—Cuando nos casemos tendremos dos hijos, uno se llamará Antonio como mi padre y el otro se llamará José, como si fuera el nombre tuyo pero de varón.

—Sí —le contestaba ella y le daba esperanzas con un beso.

Felipe se ilusionaba y le brillaban los ojos, pero ocurría a veces que discutían por algún desacuerdo y ella se enojaba tanto que le decía que no se iban a casar. A Felipe se le cambiaba el rostro a una expresión de tristeza que solo se ve en los enamorados. Se largaba a llorar y salía corriendo hacia su casa. Cuando recordaba ese tiempo de enamoramiento, también se acordaba de la reja de su casa y de cómo allí esperaba los domingos a que pasara Felipe en bicicleta para encontrarse con él en otro lugar. Al encontrarse, ella se le reía porque siempre tenía olor a humo en la ropa. Ese olor se le adhería a la piel, y ella recordó que le fascinaba la piel trigueña de Felipe y su suavidad mezclada con ese olor a leña quemada. Ya no podía recordar todo, el recuerdo de Felipe estaba recortado. Ella quería apresar esa imagen del joven, pero siempre recordaba las mismas cosas y a pesar de recordar su rostro no podía hacerlo permanecer como algo constante. Felipe se le desvanecía o se le desfiguraba. Pensó seriamente que la memoria retiene siempre lo mismo, y que lo miserable es mucho más fácil de retener, porque lo que no podía sacarse de la cabeza era la cara de su esposo Ernesto Gómez, que aparecía en todos lados, con mucha regularidad. Su presencia se infiltraba en todos los recuerdos, incluso, en las memorias de Felipe, vigilándola. Cuando recordaba a su noviecito la atmósfera tenía cierta presencia de su esposo, como si la observara a escondidas. No podía hacerlo desaparecer de su conciencia como a sus hijos. Cuando intentaba recordar a Felipe, aparecía el cuerpo de su esposo y las tardes de sol en las que se sacaba el uniforme y transpiraba todo el tiempo en el calor del verano. Podía sin pensar, ni exigirse, recorrer cada una de las expresiones de ese

hombre que la había embarazado en una fiesta haciéndole tomar más licor de la cuenta. Esa noche ella se había peleado con Felipe y mientras lloraba borracha, Ernesto se la llevó a la habitación para que descansara. Ni siquiera podía reconstruir bien lo que había pasado esa noche. Solo recordaba que cuando abría los ojos todo le daba vueltas y que Ernesto estaba encima de ella y la movía duramente al ritmo de su deseo, ella miraba la mesita de luz y le preocupaba que con el movimiento se cayera el reloj que le había regalado Felipe y se rompiera, pero no podía hacer nada, estaba muy adormecida. Luego de un tiempo se enteró de que estaba embarazada y Ernesto le dijo que no tuviera miedo, que él se haría responsable del niño cuando naciera. Tuvo que decirle a Felipe que lamentaba mucho haber quedado embarazada, pero que se casaría pronto antes de que su madre la matara. Felipe se largó a llorar muy triste afuera de la escuela. La felicidad se parecía a un recuerdo injusto para Josefina Luna.

LA SEPARACIÓN

La década del noventa fue terrible para algunos. Para don Ricardo, fue la peor. De tener un pequeño almacén en el setenta y cinco, pasó a tener, a finales de los ochenta y principios de los noventa, un restaurante enorme en pleno centro de la provincia, pero a fines de los noventa comenzó a ver desinflarse sus esfuerzos. Jamás había aprendido a ahorrar y de números no sabía nada. Sus negocios habían sido todo un azar de la vida. Resume su suerte última él y su mujer afligidos comprando marcas de gaseosas baratas que semejaban el gusto de la Coca-Cola para rellenar botellas originales y servir las en mesas en las que ni siquiera podían poner mucho pan.

En la época de mejor fortuna, compraba autos y después los cambiaba, ahora debía comprar gaseosas de imitación de gustos a jarabe para llenar envases de Coca-Cola. Su primera mujer sufrió la suerte de los autos. Cuando el almacén prosperó, la cambió por una nueva y de menos edad, don Ricardo casi duplicaba sus años. Una chica de barrio, con todos sus encantos en flor y una sensualidad obscena. El hombre apenas la vio entrar al almacén supo que la buscaría y que sería suya, porque en ese entonces

nada era difícil para él. Comenzó a rondarla, le llevaba cosas del negocio que ella aceptaba gustosa; ella sabía cuándo este se encontraba solo, e inmediatamente le caía al negocio.

Don Ricardo era de esos hombres que hacen consecuentemente lo que sienten, por eso se puso raro con su mujer. Se enojaba por todo, y en las noches salía a buscar a la jovencita. A pesar de ello, nunca descuidaba el negocio. Siempre a determinadas horas estaba para hacer los pedidos y abastecerlo. Su mujer un día se enteró por las bocas que hablaban demás a sus espaldas. Ella solo oía los murmullos y eso era un mal signo. El chisme que uno no sabe es el peor. Una noche le revoleó unos platos en la cabeza, hubo gritos y rasguños, pero nada podía hacer, él ya había elegido. Ella lloraba desconsoladamente, pero para él ella ya no era nadie que valiera la pena consolar.

—Te ayudé en todo, desagradecido de mierda —le dijo ella con la vos deformada por el llanto.

Él la miraba como a una película sin color.

—Pero lo que me hiciste no es nada al lado de lo que vos vas a pagar. No se muerde la mano que te da de comer.

Don Ricardo se indignó cuando escuchó esta frase pero era un cliché de las provincias.

—Vos a mí nunca me diste de comer —respondió.

Ella se fue, y por suerte no habían llegado a tener hijos porque si no, se quedaba en la calle con los chicos.

Pero esos tiempos habían pasado y ni siquiera recordaba ya a esa mujer, solo tenía una especie de concepto: era muy

trabajadora. De su última mujer tenía en cambio, un odio atravesado que le hervía como un volcán en los pulmones llenos de nicotina. No podía negar que mientras a él le fue bien, ella lo amó locamente, y en realidad era sencillo. La conquistó cuando era un hombre poderoso, entonces, ¿por qué amarlo cuando ya no era ni la sombra de aquel cocinero famoso y adinerado? Luego del almacén, él se embarcó en un negocio de los más arriesgado. Vendió el auto, pidió un crédito en el banco y dispuso casi todo el capital del almacén a disposición de un negocio de comida en pleno centro de la ciudad. Fueron momentos de incertidumbre. Ella estaba temerosa de que eso no funcionara. Pero abrió su negocio y fue como una vela que se abre en el viento favorable. Los clientes llegaban de todos lados. Ella lo miraba como nunca lo había visto una mujer, además él le preparaba comidas especiales y ella degustaba con un placer que se mezclaba con lo sexual.

Su primera mujer lo había querido, lo cuidaba, le lavaba la ropa pero esto era distinto. Su segunda mujer lo miraba como poseída por un fuego que solo se saciaba con su cuerpo, así que apenas terminaban los servicios de las comidas y cerraban el local, ella le pedía que la tocara como él tocaba las cosas de la cocina:

—Quiero que me hagás un hijo Ricardo, quiero que me llenés, hasta que quede repleta y tenga un hijo que sea igual a vos. Que sepa cómo tocar todas las cosas.

A veces él se le acercaba y ella ponía cara de excitación y él no llegaba a diferenciar si era puro teatro o si realmente su presencia le producía ese efecto. Al poco tiempo quedó embarazada y la empezaron a llamar doña Zulma. Ahora era una señora y se sentía orgullosa.

La niña nació en una clínica privada y el afamado cocinero hizo grandes fiestas en su honor. A la joven Zulma le regaló una infinidad de tapados de piel, aunque en la provincia la mayor parte del tiempo es cálido. Por eso ella esperaba con desesperación el invierno para bajar del auto de don Ricardo al estilo de las películas de Hollywood. Bajo ninguna circunstancia permitía que su vanidad hiciera que su esposo se sintiera poco hombre, porque inmediatamente se ponía a su lado y lucía sus piernas jóvenes.

La única vez que se disgustó con él, fue cuando este le compró un Falcon blanco, le dijo que con ese color no podría usar su tapado de Zorro blanco, y que lo vendiera urgente y le regalara otro. Él se quedó muy resentido y le dijo que lo iba a vender por una baratija, así que al otro día lo puso en venta y un vecino del barrio de apellido Espatáfora se lo compró contentísimo del precio.

La segunda hija fue recibida también con grandes fiestas y fogones. Guitarreadas que don Ricardo no temía costear con su dinero. Luego de eso, los años que vinieron fueron de duro trabajo para él. Ella se encargaba solo de las niñas. Pero él no tenía descanso, además le gustaba mucho la cocina y tenía ayudantes y mozos, pero no le gustaba delegar mucho. Su suerte mejoró más aún. Un día una de las niñas llegó asustada a decir que había un hombre que rondaba el negocio. Era un joven cocinero. Un tanto atrevido le pareció a don Ricardo al principio, pero al poco tiempo demostró tener una habilidad excepcional, parecía un loco incansable que solo sabía cocinar. Jamás agradecía, ni hablaba mucho, pero era un hallazgo para su negocio. Así que gracias a este pequeño hombre generó mucho

dinero y pudo dedicarse a descansar un poco. Fueron los años de mayor prosperidad. Quizás como anunciando una adversidad próxima que don Ricardo no supo interpretar, un día el hombre desapareció de golpe. Parecía que la tierra se lo había tragado. Luego de muchas idas y vueltas, dieron con él.

Una tarde don Ricardo se apresuró a su encuentro. Su mujer le preparó la ropa y él se vistió y salió apurado. Volvió muy triste y con la mano vendada. Se sentó en una de las mesas del negocio y comenzó a llorar como si le hubiesen hecho mucho daño. La mujer lo consolaba, porque él no entendía qué era lo que había hecho mal con ese hombre. No se habló más del tema y las cosas siguieron como siempre. A los pocos días de ese suceso volvió la luz para él. Su mujer le comunicó que de nuevo estaba embarazada. Nació un niño, el dueño sintió ese día que podía abandonar el mundo en silencio. Cuando pensaba que no podía tener un niño, le llegaba este regalo de la vida. Le llamó Edmundo, y pasaba horas enteras despierto por temor a que su niño se ahogara, o le pasara algo. A partir de entonces, no le importaba dormir mucho, solo pensaba en el niño. Trabajaba incansablemente, porque comenzó a sentir que la economía del país se tambaleaba. De igual manera, seguía gastando en lujos, autos y fiestas, más ahora que su niño merecía los más célebres homenajes y él debía ver cómo se agasajaba a su sangre. Pero estaba cometiendo un grave error, nunca se le ocurrió invertir su dinero, ni comprar propiedades, pensaba que su prosperidad era algo duradero. Su horizonte no le permitía vislumbrar la crisis a la que él en otras ocasiones había sido inmune. Esta vez, la crisis de los noventa fue para sus ojos una película de ciencia ficción. Vio cómo de golpe nadie entraba al negocio, o cómo los productos que necesitaba se disparaban al cielo y su moneda no

le alcanzaba para nada. El niño, crecía y andaba por el negocio, mientras él lloraba al verlo porque todo se destruía de golpe. Seguía gastando de igual manera porque su mujer no podía renunciar a lo que él la había acostumbrado. Además, ella lo amaba en esas circunstancias en que lo veía gastar y hacer fiestas, aun cuando el país parecía caerse a pedazos.

Cuando el país había igualado su moneda con el dólar, su fortuna se había quintuplicado, pero de golpe, como si todo fuera de espuma, comenzaba a ver que algunas cosas no las podía seguir comprando, que algunas marcas de productos ya no eran accesibles, y tuvo que bajar la calidad de su comida. Y como si la gente comprendiera que el lugar había cumplido un ciclo, perdió a la mayoría de su clientela. En algunos momentos tuvo que tirar la comida porque nadie entraba al negocio. Al último, despidió a sus empleados, a otros debió indemnizarlos como pudo, porque le hacían juicios laborales improvisados y el estado los beneficiaba. Quizás no era necesario, porque don Ricardo siempre había sido bueno, pero los empleados temieron llegar a la ruina junto con su empleador y era mejor sacar provecho cuando todavía se podía. Terminaron trabajando él y doña Zulma de cocineros y mozos, y algún que otro amigo los ayudaba. Los niños a veces tenían un aspecto descuidado porque ella ya no tenía tiempo de tenerlos impecables como en otras épocas.

Y fue una mañana en la que él salió de la casa y se fue a trabajar al restaurant cuando sintió una corazonada. Ella le dijo que se quedaba en la casa con los niños. Él por alguna espina se despidió de las niñas y lo besó fuerte al niño. Cuando regresó en la noche, estaba la casa sola. Ella había tenido tiempo de

cargar toda su ropa y la de los chicos. Había desaparecido completamente sin dejar ningún rastro. Don Ricardo buscó por todos lados, salió corriendo por casas de amigos, conocidos, y parientes. Y así buscó varios meses el paradero de ella y de los niños. Hasta expuso su situación a la policía, pero nadie le dio respuestas.

Como todo, también esto fue pasando de a poco. En un sufrimiento inimaginable, don Ricardo deseaba profundamente acariciar a sus hijos día a día, y tener como siempre a su mujer en la cama. La cama cada día se oscurecía con su sudor solitario, y él nunca se dignó a lavar las sábanas ni las almohadas. Se sumió en una honda depresión. Cerró el negocio y entregó las llaves. Su casa era lo único que le quedaba. Llena de pasillos y con varias habitaciones vacías pobladas de utensilios de cocina y de ollas que habían quedado del negocio. En la noche apagaba las luces, se había acostumbrado a caminar a oscuras. Solo la luz de su cigarro iluminaba los pasillos.

JOSEFINA LUNA Y LOS HIJOS

Las cosas se habían puesto extrañas después de quedar embarazada. Una señora fue a tirarle las cartas. Y le dijo que el niño no iba a nacer. Ella se molestó con la señora, y le pidió que se fuera. A la noche le contó a Ernesto lo que le había dicho la mujer. Pero él no se molestó.

—Es pura superstición. Esa gente es embustera, no tendrías que traerla a la casa, seguro se roba algo.

Josefina se quedó pensando en la señora, porque no le parecía mala, sino que le había molestado que le haya dicho una cosa así. Los días transcurrieron con mucha calma. Ernesto era disciplinado, pero también era comprensivo. Sin embargo, ella seguía pensando en Felipe. La torturaba constantemente cuánto lo había hecho sufrir, cuánta tristeza debía estar pasando. Sentía ganas por las noches de ir a buscarlo. De decirle que ella hubiese preferido perder su virginidad con él y que también hubiese preferido quedar embarazada de él porque lo extrañaba mucho. Primero pensó que con el tiempo llegaría a sentir cariño por Ernesto, y que incluso lo llegaría a querer, pero comprobó con el paso de los meses que todo seguía igual. A las una del

mediodía lo veía llegar con el uniforme; a veces lo veía llegar de civil. No entendía eso. Al final llegaba solo de civil. Cuando le preguntaba ella acerca de su trabajo, le decía que no quería hablar de esas cosas. Josefina percibía que nadie quería hablar de cosas elementales, ni en la verdulería. Cuando estaba con Felipe, no lo notaba, pero desde hacía tiempo nadie podía permanecer en las calles hasta altas horas y ella se sentía muy sola hasta que llegaba su marido porque no podía ni mirar vidrieras.

Quizás el dolor más grande le vino cuando a los siete meses perdió su embarazo. Fue terrible, sentía que había fracasado. Su esposo también sentía esta pérdida, así que trató de consolarla, lo que pudo, hasta que ella volvió a quedar embarazada. Josefina, pensaba cada día en Felipe, en cómo estaría. Lo extrañaba y lo peor es que no había vuelto a saber de él. Era como si hubiese desaparecido. Cuando podía preguntaba disimuladamente de su vida como si no le interesara, pero nadie le daba respuestas. Un día salió a comprar para hacer el almuerzo, y en una verdulería vio a una prima de Felipe. Se le acercó y la joven se mostró amigable. Hablaron de muchas cosas, ella acompañó a la prima de Felipe unas cuadras para seguir hablando. Cuando estaban por despedirse no pudo evitarlo:

—Y Felipe... ¿cómo anda? —dijo. La chica la miró con cierta tristeza.

—¿No sabías?

—No —dijo con intriga.

Se quedó callada. La prima de Felipe, la miró a los ojos y continuó.

—Después de que vos lo dejaste, comenzó a tomar mucho. Estaba muy triste. Tomaba tanto que a veces la madre lo encontraba durmiendo afuera de la casa, porque no podía ni abrir la puerta y se quedaba afuera tirado. Después, un familiar se lo llevó a Buenos Aires a trabajar. Y desde ahí es que no se sabe nada de él. Allá era albañil. El hombre que lo había llevado dice que lo buscó por todos lados y nunca le dijeron nada. Yo creo que se buscó otro trabajo. O que capaz que está en otra provincia.

Al poco tiempo, Josefina perdió ese segundo embarazo; fueron varios los intentos. En ese tiempo no era posible tratar un caso como el de ella, o quizás sí, pero no lo hicieron. En el hospital, después del cuarto embarazo perdido le hicieron los estudios y le dijeron que tenía matriz infantil, y por eso no podía retener los embarazos. Había sido una suerte que el primer niño resistiera hasta el séptimo mes.

Y cuando todo parecía perdido, ocurrió el milagro de su vida. Su esposo llegó a la casa, increíblemente no con un niño sino con dos. Eran preciosos. Esta vez llegó con el uniforme, era como una ceremonia la entrega de los niños, uno era un poco más grande, tal vez seis meses, y el otro pequeñísimo quizás de tres. Y ella no sabía cómo agradecer ese hecho tan bello, tan increíble, que su marido le hubiera conseguido esos dos hijos. Por ese tiempo no era difícil adoptar a los niños, y ella comenzó a hacer rápidamente el rol de madre que tanto necesitaba y fue feliz con sus niños. Al pequeño le llamó Ernesto, como el padre. Y al otro le puso de nombre Julián Gómez, pero le decían el gordo, porque comía todo el tiempo y así le quedó. Ella los veía crecer. Ya no le importaba que su marido llegara a la hora que llegara, o llegara vestido de civil o de camuflaje. Solo le importaban esos

niños tan bellos, incluso comenzó a verlos parecidos a ella y fue tanto el amor, que olvidó a Felipe, su enamorado que se había quedado perdido en Buenos Aires.

FRACTUM

Puede que estos hechos estén falseados históricamente, pero qué importa la verdad. Estas historias son comentarios de otras personas, percepciones de gente guiada por el rencor o el regocijo, y por eso todos los hechos son reales como un paisaje que nos recuerda a otro paisaje ya conocido. Al comenzar esta novela, me preocupaba su forma, el tipo de narrador que escogería, o cómo llegaría a representar fehacientemente los hechos. También temí enmarcar la mirada de los personajes. Luego me di cuenta de que ese embrollo no tenía sentido. No importa si uno se mete en la cabeza del personaje o si habla por él, siempre es así, incluso con nuestros amigos o enemigos: los versionamos, los deformamos y los pervertimos. Este corrimiento hacia un pervertido realismo formal es una necesidad de desmentir la virtualidad de los procedimientos hipermodernos. La verosimilitud, la falsa experimentación, los narradores. Como si no supiéramos que todos los procedimientos literarios son convenciones y arbitrariedades, y como si no supiéramos que la literatura de estos últimos cuarenta o cincuenta años ha sido una reproducción prolija de los modelos de vanguardias. Tan antiguas y trilladas, respaldan una concepción de la literatura que se encuentra en los bordes de su desgaste y su eclosión.

FRACTUM 2015

Había presentado sus papeles en el tiempo de un mes. La universidad necesitaba cubrir el cargo de literatura de la región. Las exigencias no eran muchas. Él había sido un buen alumno, se había recibido con esfuerzo, y aceptaron sus papeles gustosamente. No entendía en ese momento la decepción grande que le chupaba el cuerpo como una tenia negra. De llamarse existencia, no hubiese imaginado que la palabra tenía una presión inmediata en los sentimientos y en el cuerpo. Sintió que le daba tristeza todo lo ocurrido. Tenía la sensación de que era algo que no había aprendido nada de su experiencia personal. Su camisa limpia olía a flores de los perfumes de supermercado, y pudo verse comprando en las góndolas con el cinismo que había aprendido de mirar los precios y de sacar cálculos, aunque no lo necesitaba. Antes de salir de su casa a dar la clase, había comido bien, su estómago era un depósito de fermentos desagradables. Al entrar al salón y ver los alumnos volvió a confirmar sus erróneos pasos. No sabía qué iba a decir, no sabía bien quién era él. Tenía la impresión de haberse levantado shockeado por un accidente de tránsito, pero sabía que se estaba traicionando, y eso era lo peor. Todos los caminos, todos los paisajes,

los ojos abiertos de asombro, los libros, las vivencias, las orgías y todo el amor no le servían para nada. Cuando entró a la clase quiso reconocerse en alguno de los estudiantes, quiso buscar a Marcos y a Miriam y no los encontró. Sintió nuevamente que no había palabras para decir su desidia:

—¿Cómo les va? —preguntó al auditorio de estudiantes.

Desde el otro lado, los jóvenes contestaron de manera despareja y tímida. Vio sus caras expectantes y miedosas, todos llenos de alegría, y él se sentía como un pelmazo, un trapo de piso fregando la realidad. Volvió a mirar al auditorio, los chicos esperaban que empezara la clase, los murmullos crecían suaves. Y desde la ropa le subió un olor a perfume y a limpio, entonces se abrió en medio de la clase un hueco similar a un túnel o una mina de minerales y recordó el hedor de los colectivos cuando viajaba mucho tiempo al lado de Miriam en los distintos pueblos de Latinoamérica. La gente subía sudada de trabajar en las cosechas, o de llevar cargas en la espalda, y algunos incluso llevaban animales, y los animales dejaban ese olor a bicho con pelos o plumas mojadas por el aire del colectivo. Subía también el olor a cuerpo agrio y pies sucios. ¿Qué había sido de todo aquello? ¿Acaso había sido un sueño, en el que él era feliz a pesar del olor? Quiso estirar la mirada hacia los bancos para buscar a Miriam o a Marcos. Recordó que ella estaba internada en una clínica psiquiátrica. Sintió que flotaba en el aire de la nada, como las plumas de los bichos de los colectivos, hediondo de pena. De Marcos supo que se había ido a vivir a otra provincia y que ya no había vuelto, sin embargo, los buscó a ambos desesperadamente como si quisiera averiguar las respuestas en el tiempo. Se había hecho viejo, ¿en qué momento? O no era tan viejo, pero sentía

todo el cuerpo antiguo como un pellejo de vino que usaron y usaron. Se le había pasado el tiempo, y ahora que era el momento de disfrutar de sus logros, estaba impedido, no tenía un territorio donde caerse y respirar en paz. Parasitado por un vacío enorme, quería renunciar a todo, dormirse, dormir una larga siesta y que el tiempo se apagara. Era el profesor de la cátedra y debía hablar de los escritores de su provincia. En un tiempo había pensado que era válida la literatura de su provincia. Se quedaba mudo frente a la clase y sus ideas se disipaban, tenía miedo y el miedo lo convertía en un monigote que debía decir algo necesariamente ante los alumnos, algo sin mucha categoría, algo que ya estaba en el aire de su cerebro todo digerido:

—Buenos días. Mi nombre es Edmundo, Edmundo Arias —se dio vuelta, escribió el nombre en el pizarrón y continuó—. Como todos sabemos, la definición de literatura regional es vergonzosa, nuestra literatura no tiene por qué limitarse a un solo contexto, el de la región. He discutido con otros profesores, y, sin embargo, el nombre de la materia va a ser este, por el momento. Vamos a leer y analizar en este primer trimestre el libro del escritor Charly Cepeda, el libro se llama *La roca sagrada*. Es un libro pintoresco y divertido. Sí, pintoresco. Situado en el contexto de un bar de mala muerte de la década de los ochenta. Dicho bar promovía lecturas literarias. También se realizaban allí exposiciones de cuadros de artistas oficialistas. Por esa época, el país salía de la dictadura. Es de admirar por lo tanto la temática del libro. La literatura menor, la de Cepeda, ha sido un poco inflada por su muerte, ya que como ustedes leerán, murió de sida, y a principios del dos mil, una ONG publicó el libro en Francia. En un comienzo se dio a entender que el libro había sido todo un éxito, pero no se sabe lo que pasó con los libros de

la primera edición, ya que dicen que habían sido editados, pero en Europa nunca se publicaron. Al parecer, alguna organización grande quería lavar dinero por medio de esta ONG, y lo de los libros fue una excusa muy buena, total acá en Salta, ¿quién iba a reclamar lo que pasaba en Europa con un autor que nadie iba a leer? A la familia la conformaron con unos cuantos libros, y le pagaron por adelantado algunas ventas, pero todo era una ficción que habían armado. Les habían prometido la inserción del libro en los mercados europeos y les pintaron que ganarían mucho dinero con los derechos de autor, pero el libro quedó en la nada.

”Bueno, a pesar de todos esos chismes, la literatura de este autor es pintoresca porque está llena de datos anecdóticos de las noches de nuestra provincia por la década pop. Charly Cepeda, a pesar de querer ser un libertino, incluso en la escritura, no se daba cuenta de que estaba escribiendo con mucha amabilidad provinciana. Se creía un bohemio, como todo provinciano artista. Literatura regional es el nombre de esta materia.

Edmundo miró a su auditorio, los jóvenes tenían la mirada atenta, él se avergonzó, no sabía por qué estaba allí dando clases en ese salón blanco; ¿cómo había llegado allí? En sus manos sostenía el libro *La roca sagrada*, se leía en la tapa que la primera edición había sido un éxito, pero los libros de la segunda edición, aún con toda esa publicidad, se amontonaban en los depósitos de las librerías llenos de polvo. Más servían para justificar una época triste, en la que el pop llegaba a la provincia y esta lo recibía admirada de las lentejuelas de Michael Jackson, sin oler los aires de muertes de miles de cuerpos desaparecidos en todo el país.

La Roca era un muestreo de lo desinformados que estaban los habitantes de la provincia, en *La Roca Sagrada* se notaba que

Charly Cepeda jamás se había enterado de nada. Era mejor no leerlo, ahora la literatura de todo tipo era mejor que ese anticuario que él había elegido para su clase, pero ese libro era barato y fácil de conseguir, los alumnos no tendrían problemas de hallarlo y él tenía varios ejemplares para regalar. Nadie se pondría a averiguar lo falaz de la literatura de Charly Cepeda, olvidada antes de ser leída. Miró de nuevo a los jóvenes, alguna cara se le confundía con la de Miriam o la de Marcos. Le dieron ganas de llorar. Sintió que su vacío era el castigo más justo. Al volver a su casa sacaría de la heladera la cerveza fría y recalentaría la comida comprada. Tenía ganas de no leer más nada, de no hacer lo que había amado tanto.

¿Dónde estarían Miriam y Marcos antes de enloquecer? Esos que él había conocido, ya no esa mujer arruinada, desdentada, que hablaba incoherencias y que tenía todo el pelo caído por partes porque los médicos no podían impedirle ni con pastillas que se echara agua oxigenada en la cabeza para teñirse, por eso se lastimaba el cuero cabelludo hasta quedar con costras. ¿Dónde había quedado ese chico que le brindaba su amistad a cualquier hora, que se llamaba Marcos y que fumaba porros y compartía noches enteras hablando tiernamente de animales y literatura? y ¿dónde esa provincia que ahora se le desfiguraba y se le rompía en la cabeza? Debía recordar cómo había sido todo, debía tratar de rearmar eso que se estaba despedazando como terrones de tierra en un lodazal, y fue que recordó cómo había comenzado todo:

“Todo está tan lejos y tan cerca. Una simple pared fina como un espejo separa el mundo de hoy del mundo de ayer. No hablo de la nostalgia. Esa pena desamparada nunca me causó placer. Hablo de sustancia, de sensaciones, de la parte más lógica de mi vida.”

J.M.G. Le Clézio. El africano.

EL VIEJO

En febrero del 2001 las calles estaban llenas de flores en donde vivía Edmundo, por entonces, había árboles enormes y majestuosos. Él nunca se había dignado a preguntar el nombre o la especie de los mismos, le parecía al vicio hacerlo, pero se tomaba unos minutos para ver sus troncos anchos, la corteza desprendiéndose y cayendo al suelo, como pieles secas que se iban a hacer humus. Al subir la mirada, en las puntas, luego de la frondosa copa de hojas, veía cómo se desprendían los furiosos amarillos y rosados. Se contentaba con observar cómo se desparramaban los colores, la luz los esparcía por todos lados, incluso el piso se iluminaba como en un bazar chino de gatitos dorados y muñecos rojos en el que el color de los objetos invade la vidriera. La casa donde vivía estaba descuidada, pero al menos tenía una casa.

Su padre, al cual no veía desde hacía muchos años, le había propuesto pagarle los estudios para que viviera con él. El hombre era viejo y estaba bastante enfermo, lleno de enfisemas por el tabaco. El avejentado padre tenía un respirador que lo acompañaba a donde fuera. A Edmundo se le representaba

cuando lo veía un pez al que llamaban vieja y que pescaba en el río cuando era niño con sus amigos.

Era un pez durísimo, lo sacaban con las manos del fondo de los canales que cruzaban su barrio, vivía principalmente en aguas barrosas. Era de un color piedra con escamas duras y, a pesar de los golpes que le daban con palos, sobrevivía y quedaba respirando hasta un día entero en la bolsa donde lo metían. Así se le representaba el padre. El cuerpo del viejo se había vuelto un signo de hacer bocanadas con desesperación en la mirada. En las mañanas, le pedía a Edmundo que lo acompañara a hacer trámites. En poco tiempo el joven se había vuelto un empleado. La estrategia del padre era pagarle la universidad a cambio de cuidados y compañía. Edmundo entendía que era un pacto justo, si no, se quedaba en la calle. Cuando el joven recién llegó a la casa, estaba muy deteriorada, así que con unos pocos pesos que llevaba encima compró yeso y cemento. Blanqueó las paredes y tapó algunos agujeros, pero no llegó a tapar todos los que estaban en los zócalos. Una noche en la que se había sentado a estudiar, quedó impresionado. Se le revolvió el estómago cuando vio cómo pasaban, por los agujeros que habían quedado, ratas enormes hacia la cocina. Se paseaban sin inmutarse. Fue la primera vez que las vio de cerca. Quedó con una fuerte sensación de asco. Colores oscuros, afilados dientes, colas anilladas, cuerpos repugnantes olfateaban, hurgaban y comían los restos de alimentos que quedaban de la cena de él y su padre. Tuvo que disponerse a resolver el problema. Se preguntaba entonces cómo mataría la plaga. La primera vez que le pidió dinero al viejo para eliminar los roedores se dio cuenta de que no sería fácil:

—Papá, necesito plata para comprar veneno para las ratas.

—No tengo —le dijo y siguió anotando números sobre un papel donde figuraban gastos.

—Nos vamos a enfermar. Ayer vi como caminaban cuatro ratas por nuestra mesada, pasan desde el terreno de al lado por los agujeros de los zócalos.

El padre lo dejó seguir hablando, pero no le contestó, luego se levantó con el papel de anotaciones y sujetó el carrito del cual se desprendía una manguerita de oxígeno hacia su nariz. Comenzó a caminar hacia su pieza y se encerró allí. A la tarde, Edmundo se contactó con un amigo reciente, le contó el problema y el chico le prestó dos trampas. Volvió a su casa apurado, preparó los adminículos con un sebo y los dejó cerca de los zócalos. Como ya era tarde, se fue a dormir. En la madrugada escuchó el clac de las trampas. Se levantó, pero no había nada. Las dos trampas se habían accionado y habían quedado sin sebo. Las trampas resultaron muy pequeñas para el tamaño de las ratas. Se quedó reflexionando cómo iba a atrapar tan grandes roedores. Pensó también en el tiempo que llevaban alimentándose en la casa. Y tal vez la casa no era de él, ni del viejo, pertenecía más bien a ellas que tanto tiempo habían estado allí como para crecer de ese tamaño y tener la familiaridad que tenían con el lugar. Recordó que cuando era niño, había aprendido a atrapar pájaros con una caja de madera. Dejaba la caja a punto de caer, solo sostenida por un palito que estaba atado con una soga y él en la otra punta de la soga, desde una distancia alejada se escondía y veía cómo el pájaro entraba a comer, entonces tiraba fuerte de la soga.

Buscó una caja, para su suerte encontró una vieja caja de lata donde antiguamente venían galletas, en uno de los lados tenía un vidrio por el cual se podía mirar el interior. La puso cerca

de los zócalos con un peso en la parte superior para que la rata no pudiera ladearla. Dispuso un pedazo de queso oloroso de sebo, colocó el palito y el cordel como lo hacía antes y se quedó esperando en la mesa del comedor con el cordel en la mano, mientras leía un libro que debía estudiar para la universidad. No tardó mucho en escuchar el ruido de la primera rata que se cruzaba por los zócalos. Era grande y de color negro. Cuando atravesó la pared, parecía que la cola gris y anillada no terminaba de pasar nunca. La rata se quedó a una distancia pequeña de la caja, luego caminó hacia ella, comenzó a oler el palito y el cordel, como si se diera cuenta de que la caja no pertenecía a su paisaje. Se acercaba, olía la arquitectura nueva de lata y retrocedía para mirar desde una distancia prudencial. Miraba el interior y el olor del queso la penetraba. Por momentos se erguía y se ponía de dos patas como un hombrecito para mirar todo el panorama, incluso con sus ojos retintos observaba hacia la mesa del comedor y alcanzaba a ver a Edmundo como a una masa difusa, pero no le resultaba amenazante porque no se inquietaba al mirarlo. Desde el otro lado Edmundo se quedaba quieto y sujetaba con nervios el cordel. Lo desesperaba la situación. Desde la rata se veía un ser con miedo pero inmóvil. Entonces la rata comenzó a ganar confianza, caminó de nuevo hasta la caja y se metió adentro. Del otro lado del cordel Edmundo tuvo paciencia, refrenó las ganas de tirar inmediatamente. La rata olfateó el queso y de golpe salió disparada hacia afuera. Volvió a quedarse a una distancia corta. El animal entendía que un queso tan limpio con olor a mano humana no podía depararle nada bueno. Pero tal vez sus pequeñas categorías de supervivencias eran débiles porque al entrar al cubículo había quedado prendada del olor. Movía el hocico y los pelos de su boca se movían de manera ansiosa,

Edmundo lo pudo observar incluso desde lejos. La rata comenzó a caminar despacio, haciendo pausas, pero siempre avanzando, desconfiando, pero sin poder resistirse al olor rancio. Esta vez no olfateó el palito ni el cordel y entró, fue directo al sebo y Edmundo vio cómo de la boca pequeña se asomaban dos grandes dientes delanteros que desgranaban el queso blanco. Entonces tiró fuerte del cordel y de manera seca la caja se apoyó en el suelo y la rata quedó encerrada. Edmundo se acercó despacio, en la caja parecía no haber nada. Era de noche y el silencio hacía las cosas más reales. Miró al interior por el vidrio, pero no vio nada. Dudó un momento, reflexionó que tal vez había escapado muy rápido, pero por el piso en el que se asentaba la caja observó una cola gris y anillada. Se quedó pensando cómo sacarla de allí para matarla. Ahora la había atrapado, pero eso no significaba nada. Esperó sentado. Se dio cuenta de que si levantaba solo un poco la trampa, el roedor quedaría libre, porque no había nada que separara la boca de la caja del piso. Esperó un momento. Quiso arrastrar un poco la caja hacia él, pero la rata sintió el movimiento y empezó a saltar violentamente y a emitir un chillido tan asqueroso que él inmediatamente tuvo que dejarla quieta. El sonido le erizaba los pelos. Edmundo sintió en ese momento que el pequeño animal era poderoso. Se quedó paralizado del miedo mirando la lata que sonaba estrepitosamente porque el roedor desesperado rasguñaba los interiores que crujían. Después de un momento en el que Edmundo se quedó quieto, el roedor mostró su cuerpo entero, y él la observó por el vidrio. La rata lo miró. Sus ojos eran negros y brillosos, como si el pequeño animal llorase. La noche parecía haber caído en los ojos del bicho. Asustados, tenían un brillo húmedo y esplendente que daban temor, pues producían la impresión de cierta humanidad. Edmundo sintió que el animal

le suplicaba que lo dejase ir. En ese instante primitivo de ambos, en esa circunstancia de animalidad, él se percató de que nunca había matado un ser que lo mirase con ojos suplicantes, que lo mirase como si de él y de esa noche dependieran todos los días y las noches de la tierra.

LA INICIACIÓN

Es versátil la moral, todavía no se ha llegado a una acertada definición y tampoco se sabe muy bien cómo tratarla, por su parte la jurisprudencia se las ingenia para manipular el término como un objeto extraño, como un pedazo de materia. Hablo de la palabra, ni siquiera de su concepto, ni de su uso práctico o útil. Tal vez su límite es el hábito. Edmundo no sabía en ese entonces que estaba empezando a modelar su moral, y que la ciudad también, que la moral de su ciudad estaba cambiando, y que él con una pequeña antena captaba esa energía sórdida y la ponía a funcionar en su cuerpo. Estaba nervioso. La rata se mostraba desesperada, tal vez en su pobre percepción se daba cuenta de que no le quedaban chances, y que su vida se acabaría sino salía rápidamente de allí. Todo ese interior metalizado y sus uñas queriendo en vano rasgar la chapa de esa caja vieja de galletas. Ahí, en otro tiempo, los chicos iban al negocio a comprar las galletas que se veían desde el exterior. Era un negocio pequeño pero vistoso, luego don Ricardo puso el restaurant y a la cajita de lata la usaba para poner dinero. Pero antes, en el pequeño negocio, su primera mujer atendía y él salía a la calle a fumarse un cigarrito. Ver a los niños amontonarse en el grueso mostrador de madera,

ver los estantes con mercadería recién comprada le daba placer. Su cigarro era la síntesis de varios logros. Cuando apenas tenía trabajo, Ricardo solo podía comprar un paquete para la semana y debía estirarlo para que le durara, a veces de la ansiedad no podía dormir. Ahora tenía atados grandes de cigarros y de las mejores marcas, y él sacaba cuanto quería para irse a fumar. Desde afuera miraba con satisfacción a los niños pedir galletas y veía cómo su mujer las sacaba de la caja. Podía ver claramente la mano delicada a través del vidrio limpio. Los niños veían el vidrio y se reflejaban sus caras ansiosas. Las galletas eran como el mundo de los niños y de los grandes, siempre estaba separado por un vidrio limpio.

Ahora la situación era otra, la rata miraba para fuera y Edmundo se veía preocupado porque no sabía cómo matarla. Esperó unos minutos, revisó toda la casa. Pensó que, aunque encontrara algo con qué pegarle, apenas levantara la caja, la rata huiría a toda velocidad por el piso y se escabulliría por la pared hasta estar segura. En los estantes de la casa solo encontró un martillo y clavos oxidados. Pero en uno de los rincones, había un viejo aerosol de insecticida. Aunque era para insectos con un contacto prolongado, moriría, seguramente. El tema era cómo hacer para que el insecticida entrara al interior de la lata. Entonces pensó que con el martillo y un cuchillo podía hacer un agujero lo suficientemente grande como para que el chorro de spray ingresara en la caja. Lo primero que hizo fue buscar el cuchillo, cuando lo tuvo listo golpeó el cuchillo contra la caja y la lata vieja cedió. La rata parecía no estar, parecía quedarse quieta esperando el momento indicado. Pero Edmundo era muy astuto y no dejaría que su primera rata se escapara tan fácilmente. Hizo un agujero en forma de cruz. Cuando estuvo listo, tomó el aerosol de insecticida y arrojó un chorro hacia adentro. El chorro se dirigió preciso por

el agujero, la rata permaneció quieta. Volvió a echar aerosol, pero esta vez apretó el aspersionador un tiempo más largo, entonces el animal comenzó a golpear decididamente en los interiores. Rebotaba de la forma más estrepitosa que Edmundo había visto en cualquier ser vivo. La caja se comenzó a mover, pero no había forma de que el animal volcara el cubo por el peso extra de metal que había previsto el joven. A Edmundo igual le dio miedo, se alejó un poco por temor y por el cristal alcanzó a ver un animal que se balanceaba desesperadamente y con sus manos pequeñas, que terminaban en garras, rasguñaba todo lo que podía. Incluso, por momentos, se paraba frente al vidrio que separaba su espacio del espacio ajeno. Edmundo tomó valor y se acercó de nuevo, volvió a echar insecticida, y por el vidrio miró como se iba llenando la caja de un aire blanco. Vio cómo desaparecía y aparecía la rata, y sus ojos dejaban ver la desesperación de estarse acabando la vida. Fueron varios procedimientos del mismo modo. La rata mostraba cansancio y cada vez parecía más fatigada al aparecer por el vidrio y al apoyar sus patas con menos fuerzas. Su pelo negro se puso húmedo, y entonces Edmundo se dio cuenta de que era un ser flaco. Mojada, la rata había perdido tamaño. Su pelo mojado de veneno la hacía ver débil y escuálida. Hasta que de tanto tirarle veneno no apareció más por el vidrio. Edmundo no supo si la rata disimulaba estar inerte o si realmente había muerto. Esa noche, no levantó la caja, lo hizo a la mañana del otro día, y ahí estaba, flaca, tendida con los ojos negros y opacos, los dientes salidos hacia afuera, y las patas hacia adelante con unas garras que parecían pequeños cuchillos. La caja serviría nuevamente para el resto. Pero esa primera muerte era la experiencia de exterminar algo que respiraba, algo que se esforzaba por vivir y escapar. Edmundo estaba confundido.

UN CONSEJO

Los árboles estaban en su punto justo, los tonos se habían puesto nítidos y el color dominaba las tardes. Edmundo alzó los ojos y se le llenaron de admiración. Caminó un trecho hasta llegar a un almacén que vendía golosinas. Compró cigarrillos. Tenía en la memoria los versos de García Lorca del “Romance Sonámbulo” que debía leer para la clase. Sintió en ese momento que su vida era bella, que lo perseguían los olores y los versos, “*Verde que te quiero verde*”, pronunció delicadamente. Le resonaban las palabras en medio de las cosas comunes y su alma se regocijaba en el paisaje y en los árboles floridos. La ciudad era nueva para él, al menos esa ciudad, y sabía que había sido una decisión acertada irse a vivir con su padre, aunque el viejo avaro le negara algunas cosas. Ese mes le había recortado el presupuesto para el colectivo y por esa razón salía cuarenta minutos antes para llegar caminando a la universidad. Igual, se complacía en la sensación de juventud de su cuerpo y se deleitaba viendo cómo se llenaba de colores la ciudad por la primavera cálida. El hombre que atendía el negocio parecía andar en cámara lenta. La lengua castellana, pensó Edmundo, devolvía a los oídos un sonido agradable:

Verde que te quiero verde, Verde mar, verde cielo.

Y había una doncella que había estado esperando en el poema, y era esplendente porque esperaba en el nostálgico y doloroso sonido de la lengua. Había sangre en el poema que rezumaba, y Edmundo hasta parecía oler la herida de quien venía a buscarla, pero en ese mismo momento en el que se producía en Edmundo la admiración por la lengua, otra sensación lo atravesó, difusa en un inicio y luego más clara, en la forma de una imagen grotesca. El recuerdo del poema se veía manchado por el intermitente recuerdo de la rata tirada en el patio de su casa al lado de la caja de lata. Incluso el olor de la rata se le había quedado pegado en la nariz y la primavera de su ciudad se mezclaba con el olor de la muerte. Mientras recordaba el poema con algo de esfuerzo y caminaba debajo de los árboles floridos, lo invadía involuntariamente el pensamiento del oscuro roedor mojado de veneno. Tal vez, el animal perduraba por contraste con los colores de la primavera. Prendió su cigarro, y dejó pasar el humo hasta el fondo de sus pulmones jóvenes. Pensó en el color rosáceo de sus pulmones. Caminó hasta la facultad.

Tomó ese día una clase de Literatura Española y salió hacia los patios. A esa misma hora, estaban allí Miriam y Marcos. Los encontró tirados en el pasto, al lado de unos pequeños arbustos que dividían el campo de las rutas que llevaban al centro de la ciudad.

—¿Qué tal?

—Bien —dijo Marcos—, ¿la noche no te trató bien?

—¿Por qué?

Miriam observó la cara de Edmundo que se terminaba de sentar cerca de ellos en los pastos.

—Tus ojeras son pronunciadas —dijo Miriam, y se acomodó para seguir el diálogo.

—Estoy combatiendo una plaga de ratas en casa.

—Qué asco —dijo Miriam.

—A mí no me dan asco —afirmó Marcos—, es más, me gustan, son iguales a nosotros los humanos. En verdad no las queremos porque son nuestros competidores directos en la evolución.

—A mí me dan ganas de salir corriendo y se me eriza la piel de solo pensar en esos bichos asquerosos.

Miriam encogió el cuerpo como un ovillo abrazándose las rodillas. Edmundo se rio.

—Anoche maté una.

—¿Era grande o pequeña? —preguntó Marcos.

—*Miriam, obscena, ¿cómo tienen los miembros tus compañeros?* —dijo la voz.

—Era enorme, casi del tamaño de tus zapatos —Miriam miraba con un gesto de desagrado—. Las tengo que matar, aunque no quiera, la casa está infectada. Se cruzan en cantidades por una pared de mi casa que tiene agujeros. La otra noche mientras dormía, me desperté porque algo sentía en la panza y cuando levanté la cabeza tenía una rata caminando encima de mí, enorme y con una cola larga y gris. Cuando sintió que me

moví, bajó a toda velocidad, pero después se quedó cerca de la cama rondando. Yo tenía miedo de que me mordiera, porque en esa casa parecen no temer mi presencia.

—Es que ya se acostumbraron, tal vez tu casa estuvo mucho tiempo deshabitada y ahora no te consideran un peligro. Cuando pasan mucho tiempo en un lugar con las condiciones necesarias, se reproducen muy rápido, y saben dónde están los alimentos y, además, funcionan muy bien en comunidades.

Marcos hablaba como si supiese todo sobre las ratas, y Miriam parecía estar a punto de vomitar, pero seguía escuchando la conversación.

—Sí —asintió Edmundo—, esperan una hora determinada en la que mi padre se va a dormir y comienzan a cruzar. Me da impresión ver cómo sus cuerpos peludos atraviesan los agujeros. Yo a esa hora me pongo a estudiar, pero últimamente me dificultan la concentración. Así que debo encontrar un método eficaz de eliminarlas rápido, antes de los exámenes.

—*Miriam tiene la vagina peluda como rata* —murmuró la voz.

—Lo bueno es que las ratas de tu casa están confiadas. Así es mejor porque cuando les administrés un veneno, no van a ofrecer resistencia, porque siempre están comiendo la comida tuya y la de tu papá, entonces no les va a resultar desconocido tu olor si le ponés algún veneno directamente al alimento. Pero igual huelen el veneno y desconfían. Además, hay una rata que prueba antes de que las otras coman, así, si esa rata se enferma las otras no comen, por eso tenés que buscar un veneno que las mate de a poco, así les das tiempo a probar a todas las ratas sin

que se alarmen. Hay un veneno que las enferma muy de a poco.

—¿Ah, sí?, ¿cuál es? —Edmundo se quedó interesado en lo que le decía Marcos— Después anotame cómo se llama que cuando tenga algunos pesos lo voy a comprar. Me tienen muy perturbado esos animales. Con decirte que me pongo a estudiar y siento sus garras rasguñando las maderas de los estantes y sus dientes masticando algún grano de legumbre en los rincones. Además, en algunos estantes, incluso los más seguros, encuentro mierda de rata.

Miriam se levantó y comenzó a caminar hacia las aulas sin despedirse.

—Tenés que tener cuidado, te pueden infectar la comida, son peligrosas porque defecan y orinan donde comen.

—Sí lo sé. Lo que ocurre es que recién me voy a vivir a esa casa y mi padre está siempre encerrado en su pieza, así que a mí me queda lidiar con los animalejos. Ahora tengo que ver cómo los mato con un método más efectivo porque anoche rocié una con un aerosol de insecticida, pero se me acabó todo y no tengo dinero para volver a comprarlo.

—Lo mejor es un veneno con hormonas sexuales, no pueden evitarlo, son unos granitos, las ratas saben que los granos están envenenados pero no pueden resistirse.

—Son como nosotros —dijo Edmundo con cara de gracia—, si a mí se me pone una mina desnuda, aunque tenga todo el cuerpo con veneno me le tiro encima —los dos rieron.

—¿Qué le habrá pasado a Miriam que se fue callada?

—Tal vez la conversación de la rata le produjo mucha impresión.

—Sí —dijo Marcos—, ella siempre está muy limpita y nosotros hablando de roedores de los más sucios. En la Edad Media, las tres cuartas partes de Europa murieron de formas terribles con hemorragias y granos en la piel, porque las ratas portaban la pulga que transmitía la peste negra, así le habían puesto a la enfermedad.

Edmundo se quedó mirando a Marcos, era un chico que irradiaba inteligencia y conocimiento. Pero admiraba más cómo le interesaban los animales y la naturaleza.

—¿Por qué no estudias biología, Marcos?

—Me gustan las ciencias naturales, pero para miraras en la televisión. No me interesa leer sobre animales. Me gustan las letras y la filosofía, me gusta pensar.

—Tal vez, en el fondo, como dijiste hace rato, no seamos distintos a las ratas. ¿Pensarán las ratas?

—Pensar racionalmente, no lo creo, pero que son astutas, lo son —Marcos hizo silencio un momento—. Si no tenés para comprar el veneno, después te consigo, tengo un amigo veterinario, me consiguió alguna vez algunas recetas que después te cuento. Pero lo que podés hacer es ahogaras, es económico, solo tenés que buscar un lugar donde haya agua y una trampa para que caigan, así las matan en algunos lugares de Oceanía. Las ratas caen y después se cansan de nadar y mueren ahogadas, solo pueden flotar un tiempo determinado. Lo que sí, el recipiente no tiene que tener los bordes ásperos, sino trepan y se escapan.

—Eso voy a hacer, voy a conseguir un recipiente grande, en casa vi algunos de lata.

Marcos revisó la hora. Se levantaron de los pastos, se percataron de que había pasado mucho tiempo y debían retomar la clase. Volvieron a las aulas. Había comenzado a soplar un viento cálido que traía olor a polen dulzón de primavera en las tardes de provincia.

EL MÉTODO

Era verdad, las ratas no podían flotar mucho tiempo. Edmundo se había levantado ansioso por erradicar la plaga. En su vida ni los estudios tenían un sentido tan inmediato de emoción. Había comido un poco y se había acostado a dormir una hora. Luego buscó los libros, los apuntes y los dejó sobre la mesa. La mesa tenía un hule viejísimo que tal vez el viejo nunca había sacado de allí, y quizás ni siquiera había puesto con sus manos. Le causaban impresión las cosas viejas que había en esa casa, pero no podía hacer otra cosa que tener paciencia y cambiarlas de a poco. Había pensado en buscarse un empleo de medio tiempo para poder hacer algunos cambios. Caminó hacia una antigua pieza por un pasillo que conducía a varias piezas abandonadas, todas tenían los techos altos. Él había ubicado una llena de objetos. Se metió allí, encendió la luz y sintió ruidos. Seguramente allí también había ratas. Pero a esa hora disimulaban y se quedaban escondidas. Pronto comenzarían a salir y debía aprovechar para matarlas. En esa habitación había muchas cosas viejas, botellas apiladas, trastos, muchas ollas de cocina, cubiertos, ropas viejas llenas de polvo, palos, escobas en desuso, y entre tantas cosas había una palangana de aluminio que en otro tiempo había servido

para lavar algo, no sabía determinar qué, tal vez alguien se lavaba la cara allí o lavaba cosas, como la ropa o las verduras para hacer la comida. Estaba en buen estado. Apagó la Luz, llevó la palangana hasta la cocina, cruzó una vez más el pasillo en la oscuridad, con mucho cuidado para no molestar a su padre que ya seguro se había acostado a dormir. En los últimos días lo veía solo para ayudarlo a levantarse, le buscaba la ropa y debía prepararle el desayuno y la comida. Era un empleado del viejo, solo que este empleado nunca le pagaba y además lo mandaba a trabajar.

—Ya sos grande, Edmundo, tenés que conseguirte un trabajo.

—Pero, ¡papá!, tengo que estudiar. Si trabajo me atraso en los estudios.

—Sí, pero no podés estar sin trabajar, no nos beneficia, y además tenés que aportar algo en la casa, mi jubilación es poca.

—Ya voy a ver. Si no, me voy de la casa.

Edmundo sabía que al viejo le daba vergüenza que él le dijera eso, porque le había prometido el pago de los estudios. Edmundo puso la palangana cerca de la pared donde estaban los agujeros. Con una botella fue llenando de agua la palangana. Luego en el piso, al lado de la palangana puso una madera lisa y grande que había pedido en una carpintería, y sobre esa madera la caja de lata con un peso adicional en la parte de arriba. Por supuesto, la trampa seguía funcionando con el palito que debía tirar desde la mesa con una pequeña sogá. Puso el sebo de queso y esperó. Se quedó en silencio. Era en vano esperar leyendo. Estaba muy ansioso. No tuvo que esperar mucho tiempo. A los minutos que se había sentado, sintió sonidos en la pared. Esta vez comenzó a

cruzar el cuerpo gris de una rata grande y mucho más gorda que la que ya había matado y apenas había pasado el cuerpo, pasaron por detrás dos ratas más de menor tamaño, pero más ágiles que la primera. Comenzaron a jugar con la rata grande, a veces se acercaban y cuando estaban cerca pegaban un salto como si fueran niños en un parque. La rata grande era más lenta y parecía contemplar los movimientos de las otras dos que se alejaban. Olían los espacios, los pequeños residuos. Las dos ratas más flacas se alejaban y también olían los rincones de la pared y rápidamente volvían a su lado. Las tres se separaban y se volvían a juntar, no se habían percatado ni siquiera un momento de la presencia de Edmundo. La rata más grande comenzó a olfatear hacia el lado de la caja. Fue despacio, las otras comenzaron a rondar la caja con el queso de manera nerviosa. La gorda se quedó parada, luego olfateó hacia donde estaba el queso, después olió hacia arriba y hacia los alrededores, su hocico parecía tener elasticidad, porque se movía como una pequeña trompita. Las otras entraban rápido a la caja y salían despavoridas, luego corrían hacia afuera y jugaban entre ellas, saltaban, era un espectáculo de pequeños seres alegres. La rata gris desde afuera de la caja olía el queso, cada vez se acercaba más. Hasta que quedó al lado del palito sujetado por el cordel. Increíblemente, mordió el palito. Edmundo sintió un poco de miedo al ver cómo los dientes grandes de la rata gorda hacían rasguños a la madera, pero la rata, al ver que el palito no se movía, se dirigió al interior de la caja. Allí permaneció inmóvil al lado del queso y miraba hacia afuera como si se diera cuenta de que entre el interior y el exterior hubiese una zona de fragilidad. Las otras seguían jugando y corrían por todos lados. En cierto momento, hasta corrieron cerca de la mesa en la que Edmundo esperaba con el cordel en la mano. Edmundo desde su mesa pudo

ver el momento en que la rata gris estiraba su cuerpecito gordo y le aparecían de la boca dos dientes enormes, con las patas que parecían manos como la de los dibujos animados, tomaba el queso y comenzaba a comer. Mordía el lácteo rancio y Edmundo veía cómo un éxtasis la empalagaba. Edmundo tiró fuerte del cordel. Otra vez se produjo el sonido seco cuando la lata golpeó la madera. Las otras se quedaron duras como si un rayo las hubiese petrificado, sus cuerpos habían quedado mirando la caja, luego de unas milésimas de segundo, corrieron a toda velocidad hacia los agujeros de la pared y se fueron.

Edmundo se acercó a la caja. Esta vez miró directamente por el vidrio y la rata gris y gorda se había quedado en el centro al lado del queso, estaba dura y respiraba con las manos en el pecho como si rezara. Edmundo sacó el peso de la caja. Con una mano sujetó la caja y luego, con la otra levantó la madera, como si fuese una asadera para pizza. Asentó uno de los lados de la madera en el medio de la palangana con agua. Con mucho cuidado, comenzó a deslizar la caja de madera para que se abriera una boca entre la madera y la caja; fue deslizando más y más el cubo de metal y por el vidrio veía a la rata atónita de haber sido atrapada. Cayó al agua primero el queso, y por detrás cayó la rata que chasqueó su cuerpo en el líquido. Al sentir su cuerpo en el frío del agua, la rata comenzó a patlear. Edmundo alejó la madera y la caja, y vio a la rata gorda nadar. Lo hacía con ese nado característico que aprenden las primeras clases los amateurs y que llaman nado perrito, porque imita el movimiento de los perros cuando flotan. La rata daba vueltas y vueltas dentro de la palangana con agua, mientras el queso flotaba en el centro. Él la miraba y la rata no tenía tiempo de mirarlo concentrada como estaba en seguir a flote, por momentos quería trepar por los costados de

la palangana, pero el aluminio no le permitía agarrarse y debía continuar nadando. Edmundo se sorprendió al ver la resistencia de la rata que daba vueltas y vueltas en círculos. Tenía los ojos tranquilos y brillosos como una bola de pool lustrada. La rata comenzó a cansarse pasados unos minutos. Edmundo controló la hora con un reloj pulsera que tenía, tal vez habían pasado siete minutos. Sus patas se habían mojado, el cuerpo gordo mojado había perdido un tanto de volumen. Ahora así, mojada, dejaba ver algo de inofensivo, parecía no importar le la presencia de Edmundo. Comenzó a hundirse, seguía nadando, pero se hundía. Quería permanecer a flote, pero no era posible. El resultado era que, una vez que todo su cuerpo se había mojado, se volvió pesada. Se hundía y el agua clara dejaba ver sus ojos mojados y abiertos. Su cuerpo oscuro por el agua y su cola como un timón inservible daban ya contra el suelo de la palangana. La rata llegó a hundirse tanto que quedó caminando un rato bajo el agua, parecía un buzo antiguo que camina en el fondo de un mar claro, o peor aún, parecía un hombre pequeño en la superficie sin gravedad de la luna. Caminaba e increíblemente lo podía hacer en la profundidad como si no dependiera su cuerpo del oxígeno, Edmundo comenzó a sorprenderse de la resistencia que tenía el animal dentro del agua, pero su sorpresa se convirtió en aprehensión. De repente, el roedor acusaba la falta de aire, y hacía la cabeza para arriba, como si quisiera encontrar oxígeno en algún lado, luego cabeceaba hacia adelante, y de golpe sacudieron su cuerpo estertores y sacudones en los que se estiraba y se doblaba enérgicamente. Esta vez, al estirarse, la rata miró a Edmundo, o tal vez fue la impresión o la culpa de éste, que pudo ver cómo se le apagaban los cristales negros, como si una noche bella fuese eliminada de la memoria.

AMIGOS INDIVISIBLES

En los pasillos de la universidad, conoció a Miriam y a Marcos. Dos “M” eran una señal de suerte. Como tres billetes iguales dados de vuelto tres veces en un mismo día, o la repetición de tres veces cinco en un ticket. Su suerte era una combinación de repeticiones absurdas como todas las combinaciones que ayudan a vivir a los hombres del mundo. Pero Miriam y Marcos serían sus amigos hasta el final del tramo, incluso más, serían como imanes que si se ponen de diferentes posiciones se repelen, y que además si se los hace girar de manera correcta producen energía. La historia de la silla eléctrica surgió así, con el movimiento rotativo de los imanes. La energía alterna no es otra cosa que la disposición del hombre de dar movimiento, luz o muerte a las cosas.

Ella tenía los ojos verdes y el pelo de color rojo, toda la furia del color se había depositado en su pelo teñido con tinte barata. El tono del cabello la hacía estridente a la mirada y ella era estridente hasta cuando hablaba en voz alta y los demás se daban vuelta para verla. Tenía la ropa vieja y unas botas al estilo militar, pero era más bien una imitación de milicia guerrillera.

Marcos, en cambio, era moreno, tenía los ojos y la boca como dibujada. De simples formas, pero proporcionadas, de una belleza tal vez arábica. Se vestía, se notaba, con descuido, como si no le interesara la apariencia. Edmundo pensó que él no tenía esa posibilidad, era un rejunte de ropas sueltas, de cosas que los demás habían dejado en desuso, por eso tal vez simpatizaban y se habían comenzado a hablar en la fila de la fotocopidora. Los tres eran el sobrante de ciertas posibilidades trucas, de no se sabía de qué clase económica, o de qué producto edípico, o de qué residuo de la historia. En el fondo, algo de orgullo les daba no pertenecer a lo definido. Miriam tenía una madre depresiva que no quería que ella estuviera mucho en casa por lo que pasaba mucho tiempo en la calle. La universidad le había interesado porque era el único lugar donde podía disfrutar del silencio yendo a la biblioteca, ahí sentada podía pedir silencio si lo deseaba. En su casa los gritos nunca cesaban. Su madre era una máquina de palabras rotas y de frases hirientes. Los padres de Marcos tenían mucho dinero, pero no querían que estudiara una carrera humanística como Letras. Lo dejaban entonces sin respaldo económico, ejercían un silencio de hierro por su decisión. El padre había intentado obligarlo a ser abogado, pero se resistió y fue por dos años a perder el tiempo a la facultad de derecho. El padre al fin se dio por vencido, pero le cortó los beneficios de darle dinero. Podía comer en su casa y dormir, nada más. Su madre también ejercía una indiferencia brutal, pero nunca había sido afectuosa, así que al joven le daba igual. Pasaba el tiempo en la universidad o en su barrio. Estudiaba en la medida que le permitía el dinero que le daba un tío de vez en cuando. Los tres habían elegido las letras como un destino ante la palabra negada.

—Esta tarde nos veremos con Marcos a las cuatro.

Miriam miró hacia un grupo de estudiantes que se dirigía a un banco para sentarse.

—Está bien. Voy también.

Edmundo se levantó de los pastos, se sacudió el pantalón y comenzó a caminar hacia su aula, Marco lo siguió. Miriam se quedó sentada, mirando a la nada hasta que una pareja de chicos se instaló en un banco frente a ella y se pusieron a hablar. El campo era enorme y con árboles diseminados, Miriam pensaba que no se diferenciaba de un campo de pastores de la lírica de Garcilaso, y le daba gracia. Se puso a mirar a los jóvenes que se besaban, notó que había algo incómodo entre ellos mientras se besaban, como si ella se negara a la situación. Había otros jóvenes alrededor, pero le llamaba la atención el joven alto que abrazaba de manera muy apretada a una pequeña chica y prácticamente la obligaba a besarlo como si en ese beso intentara recuperar el amor perdido. Ella no quería seguir besándolo y él le insistía. Ella se enojó y él la tuvo que soltar ante la mirada de Miriam que los observaba pasivamente. El joven alto quería hablar pero la joven hablaba en tono de despedida. Miriam estaba justo en el momento en que terminaba una relación. El joven tenía muchas ganas de llorar, pero se contenía. Y ella le decía cosas que desde la distancia de Miriam se entendían como un adiós sin afecto. La chica empezó a caminar alejándose y él se quedó mirando cómo se iba. Miriam observaba sin disimulo, y al chico ya no le importaba que lo miraran. Los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a sollozar. Comenzó a caminar en el sentido opuesto al que se había ido la chica. Su cuerpo alto se quería bajar un poco y se encorbaba al caminar. Su cuerpo decaído era un signo de su

tristeza. Todo dependía de un momento y podía uno quedarse sin la mujer que amaba. Miriam volvió la mirada hacia sus cosas. Tenía en las manos un libro de poesía del Siglo XV. Se preguntó si el amor era ese suceso doloroso e indiferente a la vez, si era esa cuerda tirada con intenciones tan diferentes. La chica con su rostro sin expresión aparente y el joven alto que se iba doblando de amor. ¿Qué se habrían dicho momentos antes?

—Salid lagrimas corriendo, ¡Oh, muchacha tornasolada y pequeña!

¡Oh, dejadme un día más morir entre tus piernas entreabiertas para que deposite mi cuerpo, hechura de ganas, que muero de anhelo!

—Hasta acá ha llegado mi deseo de ti, joven que no has podido complacer mi ferviente promiscuidad, que me quema las carnes, que me hace pedir pija.

—Y tus flacas carnes nunca podrán exprimir las mías, presas de una perversión mortal.

—¡Un día más, mi pequeña ninfómana de sucios pensamientos y pecaminosa carne! ¡un día más morir en tu rosada y negra soledad!

—Mas no es posible, muchacho escuálido, otros donceles esta misma tarde harán las veces de esclavos y de amos y mi sexo castigado por mil falos hasta la desesperación cabalgará.

Miriam se rio de su bucólica poesía deformada. Pero en el fondo, temía que sus personajes continuaran en el día hablando como le hablaba su madre en ese mismo instante. Hablándole

como una máquina que emite señales de aviones caídos y entrega mensajes de S.O.S y gritería de auxilio a una radio. Ella interceptaba lenguajes y reconstruía secuencias de diálogos e historias, lo había aprendido para defenderse de su madre que le clavaba frases malignas en el cerebro. Se quedó sentada unos minutos más hasta que se levantó para ir a clase. Había permanecido mucho tiempo en el pasto. Caminó hacia el aula. La universidad era un sinuoso laberinto de aulas y a los costados unos campos de árboles y pastos que permitían el relajamiento. Tenía las carpetas y los libros sujetos a sus brazos delgados. Caminaba suave. Un jean ajustado le marcaba la silueta mientras se deslizaba por el campo verde. Caminaba y el aire parecía hacerla flotar en sus propias sensaciones, el aire la convertía en un diente de león desprendido del centro y ella sentía que tenía palabras para defenderse. Por momentos, y solo por momentos, volvía la voz de su madre a decirle. *“Putá mal cogida, S.O.S una puta, siempre los hombres te van a usar como a un paquete, como a un descarte, como un recipiente, puta, S.O.S, Miriam, la más puta del barrio”*. Ella, entonces, recitaba versos de Garcilaso para defenderse.

EL TIEMPO VUELVE

Don Ricardo miró el lugar, se metió con la caja de oxígeno por la pieza de donde Edmundo había sacado la palangana. Observó varias cosas desacomodadas.

—¡Edmundo, hiciste un desastre con las cosas! ¡Y hay una rata muerta en la cocina!

Edmundo, con mucho sueño, le contestó que estaba matando las ratas y que no tenía dinero para el veneno, por eso tenía que ahogaras. El viejo respiraba agitadamente, acababa de levantar un plástico ancho que había dejado Edmundo para tapar el desorden de las cosas que no había podido acomodar. Luego de eso se quedó quieto, sus ojos se quedaron fijos en la pila de objetos y Edmundo vio que eran cosas importantes para el padre las que había en esa habitación. El viejo se acercó a las ollas de aluminio que habían quedado al descubierto porque el joven las había cambiado de lugar y acarició el plateado metal como si fuese un niño. Pareció por un momento no ser malo, no ser tacaño. Solo que su coloración se puso rojiza al principio y después de un tono violeta. Estaba emocionado y eso le hacía mal. Edmundo se le acercó, lo tomó del brazo y de manera

lenta lo llevó a sentarse a la cocina. Cuando pudo recuperar el aire, miró a la rata y volvió a esa expresión de odio que siempre llevaba.

—¡Sacá la rata! —dijo—, y si podes, cociná algo, pero algo que se pueda comer.

—Si me diera un poco más de dinero, seguro que podría hacer algo más rico.

El viejo se incomodó otra vez, esa mañana estaba más sensible que de costumbre.

—Sacá plata del bolsillo de mi camisa que está colgada en mi pieza.

El viejo miró a Edmundo y se quedó un tiempo tan prolongado observando sus facciones que él tuvo que bajar la cabeza por la incomodidad. Luego, le pidió que hirviera bien la carne, porque él a su edad no podía masticar mucho.

—¿Sabes cómo se hace una buena salsa? —le preguntó al muchacho.

—Creo que no.

—Te voy a enseñar. En un tiempo fui un gran cocinero, ¿lo sabías? Lástima que tu mamá te llevó en un momento en el que eras muy chiquito. Nunca te enteraste de todo lo que fui.

Edmundo compró las cosas. Se había quedado aturdido por las palabras del viejo. Nunca le habían contado nada de su vida. Solo le habían dicho que el tipo nunca se había interesado por él y sus hermanas. Es más, cuando apareció en su vida, las

hermanas no quisieron verlo, además ya estaban casadas y en otras provincias así que era en vano. En cambio, él sintió la oportunidad de irse. Había vivido en un pueblo toda su infancia. Su madre lo había dejado con su abuela y luego se había ido a Buenos Aires. Así que mucho registro no tenía de ella, y del viejo solo supo que había dado con él y que estaba muy enfermo. Al tiempo ya estuvo en la casa del anciano. La abuela lo despidió muy triste. Pero le dijo que estaba bien:

—Andá a buscar la vida —lo increpó mientras se limpiaba las lágrimas.

Eso fue todo. Algunas noches la soñaba. Y él sentía al despertar que todavía andaba buscando el significado de esa despedida. No sabía si andaba buscando la vida, o si la vida lo estaba haciendo dar vueltas como a un gallito ciego.

Cuando volvió de las compras, el viejo sacó unas ollas de esa habitación y ese medio día le enseñó una receta simple pero sabrosa. Mientras cocinaba, el viejo le miraba las manos, apenas tenía cumplidos los veintidós años. Luego, en un momento, le miró los ojos y se preguntó qué había sido del tiempo de conocerlo. Había vuelto grande a la casa ya desconocido. Él se había perdido un pedazo de su vida que nunca volvería y por eso odiaba la vida, y sin querer lo odiaba también al chico, porque hubiese querido tenerlo con él, sentía como una traición tenerlo cuando él, viejo, estaba despidiéndose de la vida.

EL NOVIO

Tanto Edmundo como Marcos deseaban a Miriam. Eran buenos amigos, pero desde que la habían conocido sentían otras cosas por ella. La miraban con ojos deseosos y constantemente la soñaban. Entre Edmundo y Marcos hablaban de ella, pero ninguno se atrevía a confesar abiertamente que pretendían más que una simple amistad. Se medían entre ellos de manera implícita y disputaban las actividades juntos para poder verla. Se esforzaban por encontrarla cada uno por su lado, sin que pareciera una obviedad. Por otro lado, no podían manifestar de manera clara los celos que sentían por el novio de Miriam, pero en algún momento se hacía evidente alguna crítica y entonces se volvían cómplices de un deseo inconfeso. La parte más terrible de tolerar para los dos era cuando llegaba el novio de Miriam y sin mucha cortesía se las arrancaba. Había ocurrido varias veces que ella estaba con alguno de los dos y de repente la venía buscar. Ella se despedía apurada y se subía en su auto. Ella parecía estar completamente enamorada de su novio, y aunque no lo dijeran, a cualquiera de los dos les hubiese encantado estar en el lugar de ese joven alto y de cuerpo atlético. Desear a una amiga es un castigo. Tal vez les pase a todos los hombres y las

mujeres del mundo. Tal vez la combinatoria se repita incesantemente de manera similar, desear y no ser deseado, amar y no serlo, pero es exquisito ese dolor y puede que sea la única posibilidad profética para los seres, es formidable las formas que toma el amor en los grupos. La combinación parece simple, lo que no es simple es cómo sucede la concreción. Ya Schopenhauer había sospechado que era la especie la que elegía por el individuo. Pero ese embrujo sigue en pie, y seguimos preguntándonos por las fluctuaciones económicas del amor, como veremos. El amor es el principio de la filosofía, de la economía y de la literatura. Ese tesoro, inexplicable, sigue comiendo y bebiendo en un banquete. Y a veces estamos invitados y son días de gracia y de ágape, y hay veces en que afuera hace frío y lo vemos desde la calle.

Ahora, sin embargo, el día era claro, los árboles afuera estaban cargados de flores amarillas y rosáceas, y por la ventana de la casa de Marcos se veía cómo el paisaje era cada vez más bello por la primavera. Se habían reunido los tres para hacer un trabajo para la universidad, a esa hora aprovechan la casa de Marcos porque en la mañana no había nadie. Los padres trabajan casi todo el día.

—¡Qué cómoda es tu casa! —dijo la efusiva Miriam, mientras por la ventana le daba el sol y su cabello rojo dibujaba en el relumbre posibles peces rosas en la pared blanca.

—Sí, lástima que últimamente no me llevo bien con mis padres y por eso cuando ellos están yo prefiero no estar.

Edmundo miraba por la ventana. Seguía pensando en los colores de los árboles y en la suerte de estar en una ciudad nueva con amigos recién conocidos.

—*Ellos pueden verte tus partes íntimas y no están bien aseadas* —dijo la voz.

—A mí me gustaría volver a llevarme bien con mis padres. Pero son inflexibles porque dejé la carrera de Abogacía y no les gusta que realice los estudios de Letras.

—¿Por qué? —preguntó Edmundo desde la ventana.

—Mi madre supone que no se gana dinero con la literatura, y mi padre dice que es de putos.

—Prejuicios antiguos —dijo Miriam.

—*No te pongas húmeda* —dijo la voz.

—Además, si te gustaran los hombres, ¿cuál sería el inconveniente para tus padres? —dijo Edmundo que se acercaba a sentarse en el sillón en el que estaba Miriam.

—No podrían soportarlo. Pero no te preocupes, soy heterosexual —dijo Marcos. La frase parecía dejarle claro a Miriam que estaba disponible.

—*Puerca* —murmuró la voz—, *puerca, puerca, cerda insaciable*.

Miriam se paró, se fue a la ventana y se puso las manos en las orejas, luego dijo:

—Por si acaso, Marcos, ¿tenés unas aspirinas?

—Sí, ya te traigo. ¿Te duele la cabeza?

—Sí, un poco.

Marcos la vio incómoda, así que le trajo las aspirinas y un vaso de agua fresca. Les preguntó a ella y a Edmundo si les preparaba café para que tomaran. Aceptaron gustosos. El día se prestaba para estudiar. Luego del café tomaron sus apuntes, los libros y pasaron una mañana agradable. Desde la calle venía un olor dulzón a polen, era la estación de las abejas y a medida que avanzaba la mañana, los insectos en el aire de afuera eran el termómetro del buen clima. Había algo en ese encuentro de a tres que les indicaba, con todo un conjunto de señales agradables, que sus vidas comenzaban a transitar por una felicidad nunca antes sentida. Ninguno había sentido antes esa sensación placentera de la compañía y el diálogo. Presentían que una historia enorme y magnífica los aguardaba. Habían sentido esa mañana que eran inseparables. Se conocían hacía dos meses nada más y ya podían hablar de muchas cosas. Todavía no se acercaban, ni se habían dado un abrazo, pero el cariño que sentían era como parte de una pintura que producían en sus cabezas esa primavera. Sus ojos desesperados de horizontes necesitaban creer que era buena la esperanza. Edmundo recordó que Séneca había dicho que la esperanza era el peor castigo o el peor de los males del hombre.

Terminaron de hacer las tareas. Marcos los llevó al fondo de la casa. Tenía un jardín increíble donde había rosales y dalias de colores. Miriam y Edmundo sintieron que Marcos les regalaba una visión inaccesible para ellos que no poseían dinero ni una casa tan bonita. Luego salieron al patio y permanecieron tirados en los pastos tiempo largo. En las provincias todavía podían tirarse en los pastos y quedarse esperando algo, nunca uno podía saber con precisión qué, pero era un estar de solo estar. Hasta que a ella le sonó el celular.

—Sí —dijo— estoy en la casa de un amigo.

Marcos y Edmundo sintieron que algo venía a fracturar esa burbuja de placer.

—¿Cómo es la dirección de tu casa? —le preguntó Miriam a Marcos.

—Soldado Cabral 1200 —dijo Marcos sin querer decirlo.

—Soldado Cabral 1200 —dijo Miriam, y después guardó su celular.

Siguió hablando como si nada pasara, pero su actitud había cambiado, un mínimo humor, que para los enamorados es perceptible. Permanecieron unos minutos más, esta vez en silencio. Edmundo trataba de aprovechar los instantes porque sabía que se despedirían pronto. Sintieron en la calle la bocina de un auto.

—Es mi novio —dijo Miriam.

Ella se levantó y corrió hacia la casa a retirar sus cosas. Pasó por los ojos de Marcos y Edmundo como una visión delicada. Su delgadez y sus carnes duras, sus músculos que le permitían saltar como una gacela joven y esbelta. Hubiese sido difícil para Marcos representarla en su maqueta de plastilina. Pasó por delante de los dos, no disimuló nunca la desesperación por irse en el auto de su novio. La acompañaron hasta afuera y, sin bajarse del auto, el novio con gafas oscuras los miró como si los despreciara a ambos. Miriam subió al vehículo, el chico la abrazó y la besó en la boca como para demostrarles que le pertenecía. El auto arrancó. Pasaron unos instantes parados en la vereda.

Edmundo se quedó inmóvil, como si no entendiera la escena, Marcos volvió a entrar por la puerta grande de madera lustrada. La puerta se cerró un poco y entonces apareció ante la mirada de Edmundo la totalidad de la casa, blanquísima, enclavada en el verde como una inmensa torta de boda. La visión lo llevó a imaginarse la boda de los padres de Marcos. La casa era un souvenir, y al final, había un chico solo entrando por una puerta. El pasado se había cumplido y le deparaba a Marcos, padres que trabajaban el día entero y al llegar a la noche no lo saludaban. Marcos dejó entreabierta la puerta para que volviera a entrar Edmundo y la madera brillaba con el sol de verano que daba de lleno en el barniz. Edmundo volvió a ingresar a la casa, tomó sus cosas y se despidió. Marcos quedó en un sillón central sentado y fumando un cigarro. Edmundo caminó varias cuadras. Otra vez lo asaltó la dicha de estar viviendo. No le importaba llegar a la casa vieja y apestosa de ratas para cocinarle al viejo y hacerle los mandados. Ya no le disgustaban esas cosas. Él le estaba robando a la vida un fragmento. Estaba comenzando a amar. Había una muchacha a la que amaba, aunque ella tenía novio. Había un amigo que lo apreciaba y con el que podía hablar de cosas sencillas. Había calles y amaneceres y libros. Y hasta había en el aire de esa mañana insectos que zumbaban entre el polen y los autos que bocinaban y llenaban de humo negro la vida como el ying y el yang de la tienda de los chinos.

LA PLAZA

Marcos el arábigo caminó varias cuadras hacia una plaza de un barrio que no conocía. Hubiese ido en bicicleta si no le hubiesen advertido que se la robarían. De todas maneras, el día estaba muy ventoso para ir en bicicleta, y hubiese tenido que inclinar el rostro para que la arena que levantaba viento no se le metiera en los ojos. Al llegar, varios grupos diseminados por la plaza se disputaban el dominio del lugar. A simple vista, parecía una plaza de barrio común pero se notaba en los cuerpos la ansiedad, y los diversos grupos parecían respetar una línea invisible y delgadísima que no debían atravesar. Si no se respetaban esos espacios invisibles, era inminente ser arrebatado o golpeado. Marcos estaba atento como un perro que se ha perdido. No quería dar muchas vueltas para no levantar sospechas. Era la primera vez que compraría el paquete por su cuenta. Siempre se lo conseguía un amigo o el amigo de un amigo. Estaba cansado de tener intermediarios y de los sobornos absurdos que debía llevar a cabo para obtener un poco de placer nada más. De uno de los grupos salió un muchacho muy flaco. Marcos lo vio acercarse y caminar hasta él. A poca distancia, el chico lo miró desafiante, con aire de superioridad, como si de él

dependiese su seguridad. Marcos sintió miedo, el chico era muy flaco, pero a diferencia de otros flacos que parecerían débiles, el cuerpo de este era una delgada carne de violencia que podía hacer aflorar un manojito grande de crueldad en cualquier momento. Además, los otros, aunque no pareciera, estaban preparados para lo que él pudiera hacer o decir. Marcos adoptó una posición de perro pequeño y subió levemente la mirada sin apuntar nunca los ojos directamente sobre los ojos del chico que se mantenía erguido frente a él. El flaco estiraba el cuello hacia arriba como una mangosta que observa desde un montículo de tierra. Parecían animalitos de una pradera, Marcos intuía que la maqueta de la pradera podía volverse sangrienta como en los programas de documentales.

—Me dijeron que acá podía comprar.

—¿Qué?

Las palabras no servían para nada, él no había sabido preparar una frase para su pregunta y temió arruinar la situación o ser mal interpretado. Uno de los peligros más grande era que pensaran que era policía.

—Algo para fumar...

El flaco cambió su cara de una pasividad de mangosta curiosa, a una cara de hiena enojada. Marcos se asustó. Su cuerpo temía que le pegaran. Pensó que tal vez se había equivocado al ir. Ya no podía disculparse, además, aunque corriera, los otros chicos eran como hienas que lo atraparían y se lo comerían a golpes. Marcos trató de continuar como si nada pasara, pero el flaco lo miraba a los ojos y se comenzó a acercarse hacia su cuerpo tembloroso.

Lo miraba cada vez más punzantemente. Entonces, Marcos no pudo más del miedo, retrocedió unos pasos lentamente y su cara se desfiguró de espanto. El hocico flaco comenzó a reírse y los otros que estaban en el costado se rieron también a carcajadas. Marcos no entendía. El flaco dijo:

—Te asustaste, ¿no? —hizo una breve pausa y continuó— soy el Farko, está todo bien aquí.

—Sí, me asusté —confesó Marcos.

El chico flaco le estiró la mano y pasó un instante hasta que él pudo levantar la suya. Respiró tranquilo. Se había salvado. En pocos momentos, el flaco le presentó a otros. A los nombres no llegaría a acodárselos nunca, pero la mayoría tenían nombres sonoros como el Faca, el Chusco, el Corte, Carie. Le daba la impresión a Marcos que habían armado esas palabras para que sonaran con dureza al pronunciarse, duras como ellos a los que no les importaban las palabras.

Marcos pidió lo que deseaba. El chico flaco sacó de una mochila un paquetito envuelto en papel madera y se lo entregó en el momento como una transacción de kiosco, le dijo el precio. Marcos pagó y se despidieron. Sintió por primera vez que llevaba algo importante, caminaba y le pesaba la mochila. Tal vez era su impresión pero por las calles todos lo miraban, todos sabían lo que llevaba en la mochila. Aceleró el paso para llegar más rápido a su casa, pero también consideró que levantaba sospechas. No sabía muy bien cómo moverse en la ciudad en la que vivía. De repente, al tener esa carga en la mochila, perdía el manejo de la situación. Era como si de manera mediúmnica todos los cerebros y los ojos se conectaran en la ciudad y ahora todos supieran

qué era lo que llevaba él. Su mochila adquirió un peso enorme. Debía llevar allí los elefantes y los rinocerontes de toda esa selva de plastilina que siempre había querido hacer en su infancia, y que constantemente armaba y rearmaba. Soñaba desde niño con llenar su casa de animalitos hechos de plastilina, había crecido entretenido viendo los programas de animales del Discovery y los documentales del History Channel. Sentía curiosidad por ver cómo el león agazapado esperaba a las gacelas de Thompson que bailaban sus danzas aeróbicas en el aire caliente de la sabana africana, por eso tenía en la cabeza tanta información que no entendía de dónde le venía, pero recordaba fechas de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y las biografías de infinidades de personajes de la historia. Pero lo que más le emocionaba era ver la forma de los dingos australianos, similares a los perros, sin embargo tan distintos evolutivamente; y esperaba horas los videos de los lobos de los bosques europeos y el programa de los osos polares que se sumergían por los agujeros de hielo a cazar a las tristes focas que semejaban trajes de goma. Trató de tranquilizarse, pero era en vano, una persecuta constante intrigaba sus ansias. Sin embargo, de a poco, pasó el tiempo en eso que iba a su casa y el miedo se le fue pasando, luego pasaron los meses y por mucho tiempo sostuvo esa transacción de ir a buscar el paquete. Era como todas las cosas, al final todo se volvía un trámite simple, y se acostumbró a ese recorrido. Con el tiempo compraba, metía las cosas en su mochila y se iba a cualquier lado, todo era cuestión de familiaridad. A veces incluso se olvidaba de lo que llevaba y dejaba la mochila en cualquier lugar. El miedo era algo que se iba pasando con los días si nada ocurría. Incluso el ir hasta la plaza de los flacos ya no le causaba temor, a veces se quedaba esperando a que se juntaran en la

plaza mientras leía un libro y no le importaba que otros grupos lo miraran desafiantes. Por algún motivo que no sabía, el grupo de los flacos le daba cierta investidura y nada le podía pasar. Su vida era grande. Él caminaba por la ciudad, conseguía su propia marihuana y la consumía en un placer callado, tan callado como la masturbación de un joven que recién comienza a masturbarse. La mudez caracterizaba a un placer tan agradable y las hebras ardidadas del cannabis lo desmembraban y lo volvían a juntar de a partes. Su cuerpo era una malla toda de hilos delgadísimos cuando lo atravesaba el humo. Sus padres no sospechaban nada. Y él estaba orgulloso de hacer lo que hacía. Para sus amigos y amigas también comenzó a ser alguien interesante, manejaba un poder entre sus manos como un fueguito encendido que animaba las fiestas, cuando él llegaba como un Prometeo que había robado a los dioses, y prometía acabar con la tristeza y la soledad de sus compañeros. Fumaban juntos y todo era como una canción de Edith Piaf: La vida se ponía color de rosa y nacía en ellos la alegría y la sensualidad.

INTERFERENCIAS

No solo eran frases las que Miriam tenía grabadas en su cabeza, también eran imágenes que le venían, pero con menor frecuencia que las frases hechas y mal hechas que daban la impresión, por momentos, de ser la voz de su madre, aunque estaban lo bastante deformadas como para comprobarlo. Por suerte, había nacido en la era MTV, y después fue internet, por lo que no le parecía terrorífico que algo la invadiera, que algo sonara a expensas suyas, le parecía casi una traslación de la red a su cabeza. Hasta sabía inglés sin haberlo estudiado. Se le hacía natural disponer de imágenes y de palabras y frases y de tantas cosas que eran su materia prima. Pero algunos días, las voces se ponían más espesas, más localizadas e incitantes y no podía pensar otra cosa, sino ser inducida por esas verbalizaciones. Entonces, ella inventaba fábulas, historias y canciones para no dejarse someter, con el afán de defenderse de la madre o de quién sabe qué cosa que la puteaba en todos los idiomas en su cabeza. Ahora, si bien la madre ya era vieja, estaba un tanto catatónica y por su estado ya ni siquiera hubiese podido insultarla como otrora. Miriam le dejaba la comida hecha antes de salir de la casa y la madre comía cuando se acordaba, a veces ni se acordaba, por eso estaba tan

flaca. Caminaba por la casa como un fantasma con su camisón roído y sus patas llenas de várices. Miriam la miraba con desprecio, pero no le importaba hacerle nada, por el estado en que la madre se encontraba. Miriam era la que manejaba la pensión de su madre, así que podía disponer del dinero de las cuentas y de la casa. Si no fuera por la madre, tendría que trabajar y no quería eso, quería estudiar. Fuera de sus problemas cotidianos, Miriam era muy atractiva, tenía un cuerpo delgado, con curvas definidas y una musculatura precisa, senos redondos y una voz sensual, pero a pesar de ello, como si fuese una contraparte, debía combatir con las voces con las que su madre le había prendado la cabeza desde niña. Ese mediodía, por ejemplo, escuchó un insulto:

—*Miriam, la menos deseada, por sus glúteos sin carnes.*

Ella siguió cocinando y le prestó atención a una regadera que había dejado abierta en el jardín y que ella desde la ventanita de la cocina podía ver. Veía como el agua se elevaba en granos transparentes, la voz seguía diciendo cosas, pero ella trataba de no fastidiarse. Parecía ser la voz de su madre nuevamente, pero cayó en la cuenta de que la voz era sensiblemente más joven, ya no era esa voz carrasposa y cansada. Otras veces, era un murmullo tranquilo pero ofensivo y destartalado:

—*Miriam, la vagina húmeda, la vagina húmeda, Miriam lava manzana, puta.*

Y Miriam trataba de que el arroz no se quemara por un descuido. Al terminar de cocinar, se fue hasta el grifo del jardín y lo cerró despacio, mientras veía como el agua terminaba de expandirse por el pasto cortado recientemente y el olor a vegetal herido le subía a la nariz. Volvió a meterse en la cocina, cerró

una puerta de color blanco y se sirvió un poco de arroz. De la heladera sacó una lata de atún abierta y se sirvió, dejó algunas cucharas para su madre. Era un ritual un poco estúpido, porque la madre nunca abriría la lata de nuevo, tal vez haría unos bocados de arroz y ya.

—*Miriam, delgada, las piernas chorreadas, atún, atún, olor a concha.*

Después de comer un poco, se levantó y buscó las cosas de su pieza. En la mochila cargó también una manzana para la tarde cuando le diera hambre. Antes de salir fue hasta el cuarto de su madre. Tenía la intranquilidad de ver cómo estaba aunque la detestara. Al llegar la vio tendida en la cama con los zapatos puestos. Tenía el cuerpo extendido de manera rígida y la cara hacia atrás con la boca un tanto abierta. Respiraba como si fuera a morir, pero estaba bien. Miriam sintió compasión por ese cuerpo, pero en otro tiempo le había hecho mucho daño, así que cuando le venía ese sentimiento de pena, retrocedía hasta esos años de maltrato y volvía a odiarla con fuerza, con pasión, era lo único por lo que sentía una gran pasión corporal, por esa mujer que la bañaba con agua fría en el invierno y la insultaba, solo porque el marido la había abandonado. Desde allí era que Miriam siempre arrastraba esa palabra, la perseguía la palabra “sucía” y se bañaba constantemente y se ponía cremas delicadas en el cuerpo para oler bien, para oler a flores y a cítricos. Alcanzaba la limpieza de un buda que solo comía naranjas en una montaña alejada de los hombres. Pero un día debería descender, porque necesitaría de los hombres y de las mujeres, y de todo lo que fuera otra cosa distinta y semejante a ella que estaba tan limpia, con su piel llena de cremas.

—*Miriam, la más arrecha de las Miriam* —dijo la voz.

La madre seguía abriendo la boca y respirando como un pez al que lo han sacado fuera del agua y dejado en la barca. Entonces se dio cuenta de que no era su madre la que hablaba, sino esa mujer de antes que estaba muy triste, muy triste cuando la abandonó su marido. Ya Miriam ni recordaba cómo era ese tipo al que le decía papá. Salió de la pieza, caminó por el pasillo, se sopló el hueco de las manos para calentárselas. La mañana estaba fría y sintió el olor a flores de la crema que se había puesto después de bañarse.

LO NUEVO

Marcos le acercó la mano. El paquete era de papel, un papel duro y grueso, se notaba al tacto. En la imagen había una rata atravesada por un rayo rojo.

—Este es el veneno que te decía —dijo alegre Marcos.

—Muchas gracias —respondió Edmundo—. Las estoy combatiendo, pero son muchas.

—A este veneno lo podés dejar donde sea que anden, como ya te dije, no pueden evitar comérselo porque tiene células sexuales. El veneno hace efecto unos días después para que las ratas que no lo comieron no se alarmen y coman. La muerte debe ser horrible, porque se van secando de a poco, así que mueren lentamente.

—No me importa, con tal que desaparezcan. El otro día antes de venirme a la facultad, dejé unos panes y una comida y me la olvidé destapada, cuando me acordé, tenían mierda de rata y tuve que pasar hambre toda la tarde. ¡Mirá si llego a comer una comida infectada! Encima hay olor a orina de bicho por todos lados.

—Las tenés que matar antes que te enfermés, además vos no disponés ni siquiera de una obra social. En el hospital mucha importancia no te van a dar.

Edmundo se quedó pensando que era verdad, que ni siquiera tenía asistencia médica. Si se enfermaba de gravedad, seguramente quedaría internado solo en algún hospital. Su padre estaba demasiado enfermo para ir a verlo. Se despidieron. En el camino sintió tristeza. La carencia de su estado lo hacía tener un sentimiento indefinido, pero molesto. ¿Por qué otros jóvenes de su edad podían disponer de dinero para salir en autos lujosos y él no? Podía verlos pasar los fines de semana hacia distintos lugares de divertimentos, con las luces encendidas, los estéreos que reventaban estruendosos dentro de los autos con ritmos monótonos. Y él pensaba todo el tiempo en cómo iba a hacer para cursar el próximo cuatrimestre y en cómo podría matar las ratas que se atravesaban por la pared. Comenzaba a comprobar que hasta los pares de zapatos que tenía se estaban gastando, sus pasos daban por el pavimento y entendía que el roce los devastaba. También devastaban sus esperanzas de estudiar y ser alguien o algo que tuviera un nombre distinto al de Edmundo. Es decir, le gustaba su nombre, pero le complacería más escucharlo como ajeno, como el de alguien importante que no era él, tal vez nunca iba a ser eso definido que soñaba, pero que en sus sueños se aparecía escapando de la pobreza y de la ignorancia de toda su familia. En el camino, observaba cómo su situación era privilegiada por haber podido ir a vivir a una ciudad nueva, pero era como estar en la entrada de una tienda sin dinero. No podía comprar nada de lo que exponían. La tarde comenzaba a dar aviso de desaparecer y las vidrieras encendían sus luces para que él deseara cada uno de los artículos que no podía comprar.

El sol se iba apagando como una antorcha a la que se le acaba el combustible y el color azul de la noche se ponía sobre las cosas, y las casas adquirirían una imagen de impenetrabilidad. Parecía que toda la ciudad era extraña a su cuerpo nuevo. ¿Cómo podía él a su edad, sin dinero, adueñarse de algo? ¿Cómo podía lograr que algo de esa ciudad le perteneciera, aunque fuera un solo instante? Solo disponía de un paquete de veneno en las manos, y tal vez su vida se estaba envenenando también. Por primera vez sintió que tenía mucha indignación, como si en el trayecto de su vida nadie le hubiese advertido que estaba en desventaja con respecto a otros, algo le habían arrebatado en el tiempo. Si otros odiaban a sus padres por razones familiares o del hogar, él debía odiarlo mucho más al viejo, que lo tenía como un empleado y ahora le había recortado el dinero para ir en colectivo.

Se tragó la rabia, caminó por una avenida que se extendía infinitamente como la boca de la ciudad. Las vidrieras, a los costados, nunca terminaban de pasar. Los autos espejaban sus pinturas y la música de los interiores no lo acogían como otras músicas que él escuchaba. La gente estaba bien, estaban felices de transitar, de aprovechar lo que les había dado la vida, y él, tal vez, debería disimular su amargura. El papel del paquete comenzó a humedecerse con la transpiración de su mano. Edmundo estaba en el centro de la ciudad como una boya en un trozo de mar desconocido. Guardó el paquete en uno de sus bolsillos, la gente no imaginaría su tarea sucia de matar ratas. Todos iban al trabajo, tenían novias, novios, amantes y amores, y él iba a matar ratas. La avenida se agrandaba en la distancia como el río Nilo a los ojos de los primeros egipcios y sus ojos eran dos pobres órbitas que miraban nada más las luces que lo encandilaban. La ciudad era sorda, la ciudad era luminosa de noche. La gente salía, por

todos lados, tenían paquetes con pinturas y diseños en sus bolsas de compras. Los rostros se iluminaban, los rostros brillaban y brillaban también los objetos, hasta los más diminutos, y las ropas de los hombres y las mujeres se le hacían imposibles al tacto, entonces, Edmundo deseaba a cada mujer, ya no por sus cuerpos, sino por sus ropas delicadas, como si una violencia económica lo importunara, una impotencia que deseaba vengar con su virilidad, entonces le venían ideas de arrancarles las prendas a las jóvenes ricas e inaccesibles y eyacular encima de sus pieles desnudas y cuidadas. Caminaba con los zapatos gastados. ¿Cómo haría para comprarse unos nuevos cuando se le gastaran las suelas? Los autos pasaban y no dejaban de pasar, como la circulación de la sangre de la ciudad.

LA INICIACIÓN

Miriam llegó a la casa del joven de cuerpo atlético. Él estaba lavando el auto en la vereda. Cuando llegó no la besó. Ella se quedó con sus carpetas a un costado mirándolo hasta que él soltó la manguera, cerró el grifo y decidió abrazarla. Ella se arrulló como hacen los niños que se han golpeado. Al parecer estaba enamorada de aquel chico, pero a veces no sabía determinar si era que le gustaba porque él la llevaba a todos lados en aquel auto que le había regalado su madre al terminar la secundaria. El joven había decidido tomarse un año de descanso y prometió a su madre que empezaría la carrera de medicina, pero ya habían pasado tres años y no tenía ganas de estudiar. De lo que sí estaba seguro era de que le gustaba cuidar su automóvil para llevarla a Miriam por ahí. Él también parecía estar enamorado de ella, pero no sabía muy bien cómo decirle cosas, cómo acercarse a ella. Esa era la sensación que producía con su piel tersa y su cabello rojo que contrastaba con los ojos verdes de color mate. Ningún muchacho podía acercársele con soltura, porque daba la impresión de ser atenta y locuaz, a la vez, su cabellera roja era difícil de sostener para cualquiera que tuviera la autoestima frágil. Para agregar, era elocuente, y cuando reía y decía frases inteligentes, era un castigo y no un placer.

Ese día comieron juntos en la casa de él. La madre del chico les había dejado preparada la comida. La madre no dejaba nada suelto en casa, podía hacer miles de actividades y nunca se cansaba. Después de hacerle el desayuno, le dejaba la comida hecha y luego trabajaba todo el día, además se pasaba juntando dinero para él, así a fin de año podía regalarle algún obsequio caro o vacaciones en algún lugar fuera del país. Así parecía querer tapar el agujero del abandono del padre. Se había ido hacía dos años y no habían vuelto a saber de él.

—¿Tenés ganas de que salgamos a pasear? —preguntó Miriam.

—Sí, preparo el auto y salimos, ¿dónde querés que vayamos?

—¿Podemos ir caminando a algún lugar?

—¿Para qué vamos a caminar si tenemos el auto?

Ella pudo observar en ese momento que para ese joven el auto era una extensión, casi como una prótesis con la que tocaba la realidad y las cosas. Un poco le desilusionó la idea y el capricho de salir a toda costa en el auto, pero accedió.

—Solo quiero ir en auto si me llevás a algún lado excitante, y en el que podamos estar solos —dijo Miriam. El chico no pudo entender bien qué era lo que deseaba ella, pero aceptó.

—Está bien, voy a preparar todo y salimos para pasar la tarde afuera, mejor si vamos hacia algún río o algún dique al aire libre.

—No —dijo ella mirándolo a los ojos—. Prepará esa salida para otra ocasión. Ahora necesito que salgamos y pasemos el día

y la noche juntos, y todo el fin de semana juntos. En la semana tengo facultad y ya no nos vamos a ver seguido.

—¿Qué sugerís?

—Un hotel.

El chico se quedó intranquilo, pero siempre había sido Miriam la que llevaba las cosas adelante, como esa vez que se conocieron. Él estaba sentado como un tonto en una barra. Tomaba una cerveza, pero la tomaba sin ningún fin. Ella se puso al lado, pidió un trago. La música sonaba a todo volumen, las luces del baile daban vueltas y los flashes relampagueaban en sus caras y sus figuras. Entonces ella volteó la cara, su pelo cambiaba de colores con las luces variadas, pero se notaba que era un torbellino propio su tono.

—¿Tenés fuego?

Él tartamudeó un momento hasta que pudo sacar del bolsillo del pantalón un encendedor.

Cuando quiso prenderle el cigarrillo, ella lo miró a los ojos y él se puso tan nervioso que le temblaba la mano y no podía dar con el cigarro. Ella le tomó la mano y comenzó a arrastrarlo hacia la pista de baile, ella llevaba un cigarrillo apagado en los labios, pero no le importaba. En la pista, él levantaba los ojos y ella lo penetraba con la mirada hasta que él volvía a bajar los ojos. Ella se sacó el cigarro de la boca y lo rompió. Comenzó a gritar:

—¡Bailá, bailá, bailá!

Y él se sentía como un mono de circo e intentaba bailar torpemente. Ella puso una de sus manos en la mano de él y la llevó a su cintura. Lo miró provocativa, luego giró y le apoyó su cola en la pelvis. Volvió a girar y lo miró hasta que él tuvo que agachar de nuevo la cabeza. Bailaron y bailaron mientras que las luces y los sonidos se mezclaban como se mezclaban en él las sensaciones, la vergüenza y el deseo.

Ahora el hotel era el objetivo. Él tomó de su casa algunos billetes y se dispuso a ir con Miriam a un hotel que conocía porque siempre paraba ahí el novio de su madre que era extranjero. Sabía que era un lugar agradable y que no era caro. Él trató de pedir lo más seguro posible una habitación, pero se le notaban los nervios. Era algo confusa la relación porque él, a pesar de su imagen siempre cuidada, tenía mucha timidez, y ella era una máquina de hablar, y de hacer cosas alocadas. Lo más extraño era que ella todavía no lo había dejado avanzar mucho en su cuerpo. En algunas ocasiones, al quedar solos él le había tocado los senos, y a ella no parecía gustarle, así que él trataba de no importunar la situación. Sin embargo, ahora, ella le había pedido ir directo a un hotel y era claro el porqué, pero todavía le parecía muy rápida la decisión.

El hombre de la recepción lo miró con cierta complicidad, y les dio las llaves, les señaló un pasillo y se dirigieron hacia una puerta con el número dieciséis. De repente estaban solos en una habitación olor a limpio. A ella le gustaba la sensación de esas sábanas y lo desconocido del lugar, era como estar escondida. Se desnudaron y se besaron un poco. Todo fue muy rápido, poco placer, la incomodidad del dolor para ella y su virginidad era cosa del pasado. Él no sabía qué hacer. Ella tampoco. Entonces

pensó ella que la situación debía ser diferente. ¿Acaso no era un momento especial? Quizás era una cosa tan tonta perder la virginidad, que hasta le urgía sacársela de encima. Quería pedirle a él un abrazo pero tampoco sentía que eso fuera a remediar la incomodidad. Se conformó con ir al baño, lavarse un poco y volverse a cambiar. Él también se sentía extraño, captaba que ella no estaba convencida, pero para él había sido una experiencia silenciosa y bella. Ahora bien, lo que le resultó extraño a él es que ella permaneciera virgen hasta esa edad. Ya tenía 18 años. Cuando iba al colegio, las chicas perdían la virginidad en el primer año de la secundaria, si no antes, la mayoría. Además, se preguntaba por qué había decidido perder la virginidad con él. Pensó entonces en la importancia de esa relación y en la unión que les deparaba ese hecho a los dos. Pero había mucha distancia entre ambos, él se había acostumbrado a no hablar, ella quería que se dijeran cosas, porque solo de esa manera se sentía viva. Hubiese querido que le dijera cosas sensuales, que llegara a conquistarla con palabras. El problema no era haber tenido su primera relación así con esa frialdad, era que le hubiese gustado que fuera diferente. Él se vistió también. Bajaron a la calle. Recién la noche comenzaba, eran tal vez las ocho o nueve de la noche. Y ella se despidió:

—Nos vemos otro día.

Él pensó que tal vez lo que le había ocurrido a ella era de una importancia determinante para su vida y debía pensar. Tal vez había quedado afectada emocionalmente y no podía dilucidar el hecho. Trató de decirle algo cuando iban caminando pero no le salió nada. Ella comenzó a caminar más rápido y a alejarse. Era en vano. Todo había sido verdad, su falsa expectativa y su cópula

fallida de amor y de placer. Las calles comenzaban a encender sus luminiscencias y le daban en la cara con cierta violencia. Todo era más real, pero la impresión era la de estar caminando por una ciudad de cartón pintado. Los ruidos incluso eran más fuertes. Cerro lo ojos y trató de acordarse de la cara de su novio y no pudo hacerlo. Le parecía un extraño. Hasta cuando él se ponía encima de ella y trataba de penetrarla lo sentía tan desconocido. Entonces ¿podía estar con alguien que no conociera y tener una relación por tenerla? Solo debía resolver el tema del placer, porque había pensado ese día en el placer y había premeditado lo del hotel, lo que no pudo hacer es que viniera el placer.

JUEGOS VERBALES

Cuando no había mucho para estudiar, se juntaban a charlar. Tomaban cervezas y fumaban un poco, a veces se excedían y entonces hablaban más de la cuenta y hasta terminaban llorando. Daba la sensación de que el grupo era un grupo de recuperación de adicciones más que de amigos. Pero de nada se recuperaban, en realidad el que podía se curaba a la manera freudiana por medio de la palabra, o si no empeoraba las cosas y se enfermaban de palabras como los poetas. Esas dos posibilidades tenían en un medio delimitado por la geografía de cerros y la poca estabilidad económica de la provincia. Además, estaba todo el tema de que eran jóvenes que no entendían el nuevo crecimiento de la ciudad y algo que les cruzaba el cuerpo como una necesidad de fuga y vértigo, como si fueran un territorio con un nuevo cableado y nuevas antenas y nuevas señales que sus cuerpos advertían y necesitaban expresar. Sin embargo, hubo una noche en que las palabras se pusieron oscuras, o a todos les quedó la impresión de haber escuchado palabras prohibidas, o muy viscerales. Fue en la que jugaron a verdad consecuencia en la casa de Miriam. Miriam terminó de darle las pastillas a su madre y luego de diez minutos hizo entrar a todos. Estaba Marcos,

Edmundo, Miriam y cuatro chicos más que no son sustanciales al relato sino como un sondeo sociológico. El juego consistía en elegir una verdad o una consecuencia. Decir una verdad consistía en decir una verdad fuerte o un hecho a partir de una pregunta que formulaba otro acerca de la vida del entrevistado. La pregunta podía ser, por ejemplo, si se habían acostado con alguien o si habían tenido alguna relación sexual extraña, pero casi nunca salía del orden de lo sexual. Lo raro es que repetían siempre el juego y nunca les parecía monótono o aburrido. Los chicos nuevos comenzaron a hablar porque eran los primeros en la ronda. Le tocó a Cintia, una chica tímida que había ido a la reunión un poco para sacarse la timidez de encima. Eligió verdad:

—A mí me pasó algo un poco incómodo cuando tenía quince años. Sexualmente hablando —dijo—. Vivía con mis padres todavía en Orán, un pueblo que ahora ya no es tan pueblo. Mis padres trabajaban en la mañana, así que me quedaba con mis hermanos, uno tenía siete y el otro era más chico, tenía cinco. Todo estaba bien hasta que el hermano de mi papá se quedó sin trabajo y lo dejó la mujer. Entonces mi viejo se lo llevó a vivir a casa. Al principio era muy bueno y cariñoso. Y nos trataba bien a mí y a mis hermanos, pero un día cuando se fueron mis viejos, se metió en mi pieza y cuando me desperté estaba acariciándome las piernas. Yo me levanté rápido y él se hizo el que nada pasaba y se fue a prepararme el té. Mis hermanos se levantaron al rato, yo tomé el té rápido y me fui a jugar. Cuando vino mi mamá le conté lo que había pasado y ella le contó a mi papá, pero él no me creyó.

En ese entonces, a todos les pareció un hecho afortunado que el relato se terminara allí. Cintia se había quedado callada, como

si todavía su memoria recabara incógnitas del hecho. Edmundo sugirió que volvieran comenzar el verdad-consecuencia con el siguiente participante, pero Cintia salió de su pausa y dijo:

—Todavía no termino. Ya mi tío no me molestaba porque yo le había dejado de hablar, y cuando estaban mis viejos y él hacía como que no pasaba nada. Pero esperó una vez que mi viejo tuvo que hacer un viaje de trabajo a Bolivia. Esa mañana, yo desde la madrugada que me quería levantar antes de que se fuera mi vieja y estuve desvelándome porque presentí que él se iba a aprovechar. Entonces, cuando me desperté estaba encima mío y yo estaba desnuda. Después que pasó todo, él salió como si nada, acomodó sus cosas y se fue. Cuando llegó mi vieja le conté llorando todo lo que había pasado y ella se puso a llorar. Ubicó a mi viejo por teléfono y le contó todo, pero él siguió como si nada pasara. Hasta llegó a decir que capaz que yo lo provocaba. Entonces, cuando terminé la secundaria, mi vieja para consolarme me preguntó si quería irme a estudiar a otro lugar y yo me vine a la capital. Desde ahí es que no le hablo a mi viejo. Mi tío dicen que desapareció y que nunca más volvió. De todas formas, en mi pueblo es algo muy común, a mis amigas en algún momento de la vida les pasó algo parecido y hasta peor.

Quedaron todos incómodos con el relato de Cintia, pero ella lo contaba como si fuera una película ajena. Entonces, Cintia comenzó a decir que ella también había comprobado eso con algunas compañeras de su escuela, que algún familiar en algún momento de la adolescencia se había intentado proparar y que incluso nunca habían hecho denuncias.

—No sé si es cobardía o qué. Pero cuando mi viejo no me defendió, y mi vieja tampoco, yo sentí que estaba sola en la vida.

Después, mi vieja le contó a una vecina. Y al poco tiempo todos me trataban como una puta —dijo y sorbió lo que le quedaba de cerveza—. Yo a Orán no vuelvo, si me va mal en la universidad me pongo a trabajar y me quedo acá.

El relato había sido un poco incómodo porque los jóvenes esperaban relatos para excitarse y esto les tocaba algunos principios que todavía les eran difíciles de ubicar, tal vez se excitaban, pero preferían no hacerlo con este tipo de tema. Luego de una pausa, un chico muy delgado, que le seguía, eligió consecuencia. Y lo hicieron tomar un vaso lleno de vodka. La consecuencia era siempre una acción por no haber dicho una verdad. A medida que avanzaba el juego, las horas pasaban y entonces también la desvergüenza se hacía evidente porque el alcohol comenzaba a destrabarles los sentimientos y las ganas, además, algunos evadían la verdad para que les hicieran hacer algo sensual, y era porque en algunas situaciones, se generaban besos o caricias y todo podía volverse un relato que estaba dentro de otro relato, porque si terminaban cogiendo, entonces en otro verdad consecuencia lo contarían alegremente y provocarían un efecto de posibilidad futura para una ocasión sexual nueva. Pero el caso es que el chico después de tomar el vodka empezó a sentirse mal. Se le había bajado la presión. Quedó semiacostado con la cara pálida, al margen del sillón en que se encontraban todos. Los otros siguieron jugando y las cervezas que habían sacado de sus mochilas y puesto en la heladera de la casa de Miriam se consumían a un ritmo muy acelerado. Marcos estaba alegre y armó porros. Las palabras entonces, no es necesario decirlo, estaban en remate o estaban desplazadas a un plano menos sujetado. Los otros chicos nuevos eligieron consecuencia y los hicieron tomar más vodka. Solo una de las chicas dijo:

—A mí me pasó que una vez estaba con mucha gente desconocida, no sé cómo fui a parar a ese lugar, pero me estaba divirtiendo y tomé demasiado. Muchísimo. No sé cómo fue, el tema que había llegado a la casa de un chico que yo no conocía. La casa era extraña porque estaba como abandonada por dentro. Lo único que recuerdo es que cuando me levanté me dolía muchísimo la cabeza y tenía los pantalones abajo y no había nadie. Yo estaba recostada sobre dos sillas, y tenía la mitad del cuerpo afuera y me desperté porque me hacía muchísimo frío. Tampoco le conté a nadie, y además agradecía esa noche no haberme quedado embarazada, porque no sabía quién me había cogido ni cuántos fueron.

La chica se empezó a reír, los otros no sabían qué hacer, pero también se comenzaron a reír y la veían y ella se reía con mucha alegría. La escena era tan extraña, pero ya en ese entonces comenzaron a excitarse con una turbulencia desconocida. Cuando le tocó el turno a Edmundo, contó la historia de una chica a la que había tenido de novia y la cual lo había hecho esperar mucho tiempo para tener una relación porque ella era virgen y creía en el amor y la pureza hasta el matrimonio; entonces, Edmundo concluyó en que lo absurdo había sido que después de esperarla dos años, tuvieron relaciones y ella lo dejó por un tipo más grande a los pocos meses. Confesó que le había dolido y que había estado deprimido mucho tiempo. Los otros lo acusaron de aburrido y le dijeron que su relato era el peor de todos y que daba pena, porque no excitaba y era patético. Edmundo se quedó callado, pero también sintió alegría de que su vida no era ese relato, porque ahora él era otro, y estaba en otra ciudad donde no lo conocían y hasta se burlaban como si eso no fuera para tanto. Miriam, por otra parte, contó un par de

experiencias con su actual novio, lo que le dio a su narración más veracidad, porque todos conocían a su novio y a ella, los habían visto, entonces podían reconstruirlos en sus cabezas enteros. Miriam encendió a todos en la noche, además ya estaban ebrios y ansiosos de que en alguna consecuencia alguien le pida a otro que se bese con un compañero o una compañera. Pero verdad consecuencia le tocaba a Marcos y se lo veía angustiado, en realidad Edmundo lo había visto así toda la tarde, desde que habían estado en la facultad.

—Verdad —dijo Marcos.

—¿Cómo fue tu primera experiencia sexual? —preguntó Miriam.

—Es un poco aburrida, fue con una novia o algo así del secundario. Estábamos en una fiesta, salimos afuera y ella me invitó a su casa porque no estaban sus padres.

—Más detalles —dijo un chico.

—Fue muy extraño porque fuimos a su casa y de verdad que no había nadie, un poco incómodo porque yo había estado todo el día en la calle, y cuando comenzamos a desnudarnos yo me saqué las zapatillas y el ambiente se llenó de un fuerte olor a pie. Aun así pudimos coger, pero era desagradable la situación. Ninguno de los dos sabíamos qué hacer.

A Marcos se le trababa la boca y estaba un poco confundido de todo el alcohol y el porro que había consumido, y porque había estado todo el día en la facultad y el alcohol le había dado un golpe fuerte.

Las intuiciones a veces son más fuertes en ese estado, o quizás las almas se saben leer cuando ya han pasado algún tiempo juntas. Edmundo le preguntó:

—¿Esa fue tu primera relación sexual? ¿Seguro?

Marcos lo miró, y fue como un llamado a su interior, miró a su alrededor y quiso evadir la verdad, pero era algo que le debía surgir por lo que dijo:

—No, no fue la primera vez. La primera vez, me enamoré.

—Qué bueno —dijo Miriam—. ¿Cómo fue?

—No sé si deba contarlo.

Todos comenzaron a cantar y a aplaudir como si fueran una hinchada de fútbol, decían a coro “que lo cuente, que lo cuente”, daba la sensación de que Marcos estaba en el punto de tiro de penal y estaba por ejecutar el gol definitorio del partido. Entonces prosiguió:

—Yo tenía catorce años, y ella dieciséis. Yo estaba muy excitado en esa época y ella se daba cuenta de que me iba mucho al baño a masturbarme, tenía todas las hormonas convulsionadas y una vez en que me fui a masturbar ella me cerró el paso en la puerta. Era como si leyera mi mente. Podía adivinar mis rutinas. Me dijo que era inútil que siguiera haciendo eso, que tenía que hacerlo con una mujer. Me agarró de la mano y comenzó a explicarme que no debía masturbarme mucho porque me iba a quedar ciego. Comencé a sentir miedo de quedarme ciego, y ella vio el miedo en mis ojos porque yo no podía dejar de hacerlo. Entonces, me dijo que me tranquilizara y me pidió que me

sacara la ropa. Yo le hice caso porque era mi hermana mayor, la que me había cuidado siempre, y luego se sacó la ropa ella y me hizo acostar en su cama. Fue una experiencia extraña, porque me puso encima de ella, pero no se movía y yo tenía la necesidad de moverme, pero no sabía cómo hacerlo.

Todos se quedaron callados. No sabían si Marcos mentía, pero estaban sujetos a su relato como por una maldición. Marcos también estaba perturbado y seguía convulsionado en su interior, aunque inmóvil su cuerpo, como queriendo reconstruir algo. Hasta que uno de los chicos le preguntó:

—¿Fue con tu hermana la primera vez?, ¿cómo se miraron después? —el muchacho no salía del estupor.

—Después de varios intentos seguíamos haciéndolo, pero yo era el que la buscaba, yo no veía la hora de que se fueran mis padres de la casa, para poder echármele encima. No sentía ninguna clase de miedo, ni sentimiento de culpa, sentía desesperación por su cuerpo. Mi hermana vivía echada en la cama, entonces no me costaba levantar las sábanas y ponerme encima de ella. Ella parecía estar muerta porque ni gesto emitía y le gustaba porque no decía nada y se quedaba en silencio hasta que yo terminaba. Una vez estaba encima de ella y de golpe mi madre entró a la pieza. Se había olvidado una llave de su oficina y pasó por nuestra habitación a decirnos algo de la comida, entonces yo cuando escuché el ruido me tiré a un costado. Mi madre ni siquiera se percató, solo preguntó por qué estábamos los dos en la misma cama, y mi hermana le dijo que estábamos contándonos algunas cosas. Se sonrió y se fue. Después con el tiempo mi hermana permanecía cada vez más en la habitación, como si esperara que yo la cogiera, como si supiera de mi

desesperación. Pero las cosas cambiaron. A los 17 le consiguieron un novio. Mis padres trajeron a su novio. Por contacto, como todo en mi casa, por contacto, y entonces de a poco me tuve que alejar de ella. Y ella se alejó de mí, o quizás se dio cuenta de que eso estaba mal. Nunca me escribió ni una carta desde que se fue con ese tipo a vivir al campo.

El alcohol y la marihuana no pudieron atenuar el relato. Fue como una orgía simple. Palabras orgásmicas y prohibidas con desconocidos. En la mañana tenían vergüenza de mirarse a los ojos. A primera hora tuvieron que irse rápido antes que la madre de Miriam despertara de las 5 pastillas que tomaba para dormir.

EL FINAL

Por la noche, había dejado montículos de granos por los rincones de la pared. Se sentó a estudiar. Preparó té porque ya no le quedaba café. No quiso pedirle a Marcos un poco, porque la semana pasada le había pedido dinero y además le había regalado el veneno. El té estaba caliente. Asentó la taza en la mesa y se puso a arreglar sus apuntes. Pero pronto tuvo que dejar de acomodar. Desde los agujeros de la pared sintió breves rasguños, y no tardó mucho tiempo hasta que salieron dos ratas grises y se pusieron cerca del veneno. A Edmundo le sorprendía la impertinencia de los bichos, pero nunca los había visto tan decididos a acercarse, ni con el queso más grande que ponía en la caja. Las ratas se mantenían alejadas pero pasó poco tiempo para que se acercaran y pusieran sus hocicos a mordisquear los granos envenenados. De pronto por los agujeros vio asomarse más ratas y le produjo miedo la cantidad que veía, tal vez eran 7 o 9 pero no las podía contar porque saltaban una detrás de otras, todas de diferentes tamaños. En un momento hizo ruido para ver si se iban, pero las ratas corrían hacia los agujeros y se quedaban en las entradas y al ver que Edmundo no proseguía en su amenaza, ni las seguía espantando, se volvían y seguían masti-

cando los granos. Jamás las había visto comer con tanto apetito, era un apetito que les llegaba desde otra necesidad, tal vez ni quisieran probar el grano era lo que deseaban, una forma siniestra de éxtasis las apresaba cuando masticaban los pequeños granos rojos y sus ojos diminutos brillaban encendidos. Intentó otra vez espantarlas, pero esta vez el trayecto que hicieron hacia el agujero fue más corto; algunas ratas, las más grandes, ni siquiera se movieron y siguieron comiendo, también ponían el cuerpo para que las otras no pudieran comer. Edmundo no importaba para la visión de los roedores, había desaparecido. No era siquiera una amenaza ese ser desprolijo y menguado con papeles que estaba cerca. Edmundo vio cómo se iban terminando el veneno y le dio pavor observar cómo comenzaban a morderse entre ellas, para sacarse de la boca los pedazos diminutos de granos que quedaban, y saltaban enloquecidas. Las más grandes abusaban de las más pequeñas que peleaban un momento y luego desesperadas se iban por los agujeros y aun así volvían como si no les diera miedo morir. Al final se quedaron oliendo los restos de partículas envenenadas que habían quedado. Olían y hociqueaban desesperadamente sin entender qué había pasado con el alimento. De golpe Edmundo las espantó, pero las ratas hicieron el amague de irse y volvieron inmediatamente al lugar vacío del veneno. Olían como si persistiese un fantasma en ese lugar, un fantasma que las llamaba, no hacia los oídos, sino hacia el cuerpo mismo. Edmundo, antes de irse a dormir, vio como otras ratas pequeñas salían de los agujeros y seguían oliendo el piso. Jamás había visto tantas ratas juntas. Alzó sus papeles, le dio asco el amontonadero de cuerpos grises peleándose entre ellas violentamente, pero se sintió tranquilo al marcharse, todas estaban condenadas a morir.

LA VIE EN ROSE

Primero fue todo gloria, Marcos entraba en las fiestas con el glamour que lo empezaba a caracterizar. Era sin querer una celebridad en la universidad. Había adquirido hasta movimientos exóticos y todos festejaban su modo de estar en el mundo, en realidad, Marcos era la fiesta misma. Una suerte de motor inmóvil, como diría Aristóteles, un motor al que todas las cosas iban y que hacía que todas las cosas se muevan sin él hacer nada. Mientras todos bailaban y tomaban y se besaban en lo abierto de la noche. Marcos armaba cigarrillos de marihuana y repartía. Era un chico inteligente, armaba los porros que iba a regalar con las tucas y así entonces parecía un rey de la abundancia, un cuerno que derramaba placer, y todos en el fondo amamos lo que da o derrama como una madre o como un padre. Marcos entonces fumaba y un caudal de alegría los recorría a todos en presencia de él. La gente se le acercaba y las chicas coqueteaban con él. Sentía en su ingle el cambio de su fortuna, pero de todas maneras le incomodaba un poco que Miriam, su frágil amiga, lo mirara igual que siempre y hasta llegara a las fiestas con ese chico de cuerpo atlético que se quedaba asustado en los rincones mientras ella lo animaba, porque a él le daba miedo ese ambien-

te. Edmundo, al igual que Miriam, lo seguía tratando de la misma manera, era como si ellos dos supieran que el joven Marcos era un sensible estudiante, y que nada tenían que ver con él sus posturas y mascaradas. Pasados los días, volverían a hablar con él y sabrían que seguía adorando la vida de los animales de la selva y contaría encantado sus ilusiones de irse alguna vez a la sabana africana o a la selva amazónica a conocer en persona a esos animales salvajes. En esas noches, todo se transformaba como una metamorfosis, las caras, a medida que avanzaba la noche, se ponían anhelantes de algo que jamás llegaba, o quizás era solo eso y ya habían alcanzado la dicha pero no lo sabían. Las caras se abrillantaban de tonos primarios, porque los jóvenes armaban pequeñas luces improvisadas con algunos plásticos, el resto era escuchar rock y cumbias latinoamericanas. Eran extremadamente amistosos y habían hecho renacer la década del sesenta en una especie de hipismo romántico. Ya era el año 2005 y Hendrix y Janis Joplin se mezclaban con Totó, la momposina y con la música balcánica que traían los nuevos films de Kusturica. Afuera, para la mayoría de las personas la vida seguía improvisando sus formas de moda, la música igual de siempre que consumían en los autos los jóvenes a la moda era la muestra de una situación enérgica de vacío, el cargado percutor de un ritmo electrónico o en algunos casos melosas melodías que repetían la forma de la novela mexicana de las tres de la tarde.

Quizás ellos, Marcos, Edmundo, Mariam y todos los universitarios, en sus pequeños grupos, habían logrado un renacimiento de la década de los sesenta de los yanquis disidentes contra la guerra de Vietnam, porque era una manera de recordar los muertos de una dictadura que se había cargado miles de cuerpos en su tierra. Pero a la vez, tampoco podían

recordar mucho, era un sentimiento difuso, porque en la escuela las políticas educativas de sus años de primaria y secundaria nunca habían hablado del tema con amplitud, así que la mayoría se fue a enterar en el comienzo de la universidad del estrago del terrorismo de estado y de sus lagunas históricas y culturales, entonces, les venía un odio retroactivo, pero ni siquiera de las matanzas, sino más bien del poder invisible que incluso les había administrado la información de esas muertes muchos años después y de manera dosificada para atenuarles el rencor hacia los militares. Marcos fumaba y el humo se dispersaba por sus ojos negrísimo. Las fiestas en sus declinar se ponían más imponentes, porque cuando estas fiestas declinaban todos los cuerpos estaban extasiados, adormecidos o excitados, entonces todos podían aprovechar para conquistar y acercarse sin ser vistos como agresivos o desubicados, y las bocas se abrían en delicadas sinfonías narcóticas y se estiraban las lenguas hasta que tocaban puntos de contacto con mujeres y hombres sedientos de una alegría más corporal. Después, cada cual improvisaba un rincón, una oscuridad y los cuerpos copulaban dócilmente, sin grandes extravagancias, como si una regla moral les impidiera hacerlo a cielo abierto.

EL INICIO

Miriam fue a su casa. Tenían que realizar el práctico de una materia. Mientras hacían el trabajo, ella se reía y él no sabía si reírse o no, porque siempre había tenido vergüenza de sus dientes disparejos. Por la ventana, de vez en cuando el día se aclaraba y en las cortinas pardas de un tono que ya no se reconocía por tan viejas, se transformaba la luz y les aclaraba los rostros cuando el sol le ganaba al día nublado. Miriam igual reía y Edmundo se quedaba duro y temía que ella lo observara mucho. Le daba miedo que hubiese quedado alguna rata viva y arruinara la situación en la casa a la que ella de buena gana iba a hacer sus tareas. Pero parecía que las ratas habían muerto todas, en algún lugar estarían diseminadas pudriéndose aniquiladas por el veneno. Coincidían por suerte las ganas de Miriam de ir a visitarlo justo cuando Marcos había dejado de asistir regularmente a la facultad, por eso podían hacer el trabajo juntos y él sentía que estaba más tiempo a solas con ella.

—¿Sabes por qué me gusta la literatura? —le preguntó Edmundo. Miriam lo miró esperando la respuesta, Edmundo prosiguió— Me gusta porque toda la vida me pasaron cosas que

no pude explicar y, en algunos momentos, siento que los libros de literatura dicen lo que yo no pude decir, como si hablaran por mí, como si me dieran la posibilidad de volver a hablar.

—Amí me pasa algo muy parecido: me pasa —dijo Miriam— que quisiera hacer algunas cosas arriesgadas y que solo cuando algún personaje de alguna novela que estoy leyendo lo hace me parece que es posible, que quizás tengo que tomar más valor, y aprender a ser como un personaje de literatura. Decir las cosas como me viene en gana y hacerlas también como las siento. Pero a veces me salen demasiado grotescas y arruino las cosas.

—Puede ser que la literatura sea una forma de todas las vidas que queremos realizar. Un día hay que probar decir y hacer todas las cosas que dicen algunos personajes de novelas, ¿no crees? Por mi parte creo que me da mucha vergüenza decir y hacer todo lo que me viene en gana, pero qué más, de todas maneras, la vida es larga como para remendar lo que se hace mal.

Se quedaron un momento en silencio. El sol afuera le volvió a ganar al día nublado y por las cortinas relumbró un tono violáceo que les daba a Edmundo y a Miriam unos colores casi de muñecos pintados.

—Vos me gustás —dijo ella.

—*Te gusta su pija* —susurró la voz.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Que me gustás —repitió Miriam.

Edmundo se quedó sin habla, de golpe respiró, temió haber escuchado un delirio y que ella estuviera diciendo otra cosa. Su

casa era turbia, vieja, descuidada y contrastaba con esa chica delgada y bella de pelo rojo.

—¿En serio? —preguntó Edmundo y esperó unos instantes eternos que pasara algo, no sabía si eran palabras las que debía esperar.

—Desde que te conocí en la facultad es que me gustás. Sos muy sencillo y me das ternura. Sos muy lindo y agradable cuando hablás.

Edmundo aguantó un minuto haciendo un gran esfuerzo para sostener la mirada, aunque la mirada de ella era insostenible para sus pobres ojos.

—Y tu novio, ¿no lo querés? —preguntó temeroso de que la respuesta fuera afirmativa.

—Sí, un poco, pero creo que me gusta más andar en su auto. En cambio, por vos siento algo que no tiene que ver con cosas ajenas a vos. De todas maneras, si me das un beso ahora lo voy a saber mejor —dijo ella. Y Edmundo quedó crucificado como un sapo de laboratorio. No sabía cómo acercarse, ni cómo proseguir la charla. Entonces tomó valor y se acercó a sus labios rosados y la besó. Luego siguieron besándose. Se abrazaron. Desde una radio, afuera, sonaba una bonita canción, *don't speak, I know just what you're sayin', so please stop explaining, don't tell me 'cause it hurts*, así que quizás fue por eso que se rindieron a estar juntos y a vivir algunas cosas compartidas como si fueran novios.

LOS SÍNTOMAS

Pasó un tiempo. Ninguna rata salió por los agujeros mientras él estudiaba. Sus apuntes por fin los recorría con tranquilidad, ahora toda la filosofía y la literatura europea las podía leer con la seguridad de que no aparecería ninguna alimaña, ahora los sistemas filosóficos se le presentaban con claridad y las grandes obras de la literatura le empezaban a ser familiares, hasta soñaba aprender inglés o francés en alguna academia cuando mejorara su situación económica. Daba la impresión de que se habían muerto todas porque no había ruidos ni golpeteos en las paredes y los estantes. Acomodaba los papeles, leía sus hojas gastadas y levantaba la mirada, acostumbrado a sentir el rasguño de las ratas en los agujeros antes de salir, pero nada de eso pasaba. Hasta sentía alguna incomodidad de haber terminado con esa situación, al parecer estaba acostumbrado a cazarlas. Pero una noche, sin que lo esperara, salió la primera rata, era distinta en apariencia a todas las ratas que había capturado y matado antes en su caja y en la palangana. Esta caminaba muy lento, su cuerpo era desprolijo, tembloroso y más delgado, a punto de la desaparición, era un esqueleto de rata que caminaba, y la presencia de su persona no le afectaba. Parecía haber salido a comer

granos nuevamente. Edmundo había echado la última porción de granos de veneno por si acaso alguna quedaba. Vio cómo por los agujeros salían otras ratas por detrás de la rata escuálida. Eran también de la misma manera, pero no podían retraerse al gusto de esos granos. Las ratas esta vez no se amontonaban, porque sus cuerpos se habían vuelto menos ágiles, pero se acercaban incorruptibles a los granos, sus hocicos se habían vuelto pequeñas trompas que giraban persiguiendo ese olor que tal vez no era un olor, sino un hechizo que les entraba al cuerpo y las arrebatava de sus miedos. Sin ningún tipo de temor, devoraban y masticaban cada grano como si hubiesen perdido el instinto de conservación. Edmundo intentó espantarlas por medio del ruido de sus hojas, las cuales sujetaba en una mano y sacudía en el aire, pero esta vez no lograba ni siquiera perturbarlas en su tarea de comer los granos. Ni siquiera se movían de sus lugares. Permanecían masticando el veneno. Edmundo tuvo un poco de temor, pero al fin se dio cuenta de que los roedores habían sido reducidos a seres sin vida. Diminutos seres murientes buscaban el veneno como si hubiesen perdido las células palpitantes de la vida y hubiesen encontrado un repentino sabor, mortífero, pero más dulce.

EL LÍMITE

En todas las cosas hay un límite, un hilito de algo. Me gusta la palabra algo. En verdad, no soy un buen narrador porque me meto en los temas principales, pero escribir es como la voluntad pura, es como el esfuerzo del toxicómano por mantenerse en pie en el viaje a pesar de la sustancia. Es decir, en todo hay un límite fino, como de humo. Quizás a esto me refiero cuando pienso en Edmundo,

¿Edmundo era un amigo preciado? ¿O soy yo que me acuerdo de mi vida como si fuese un extraño? Pero no un extraño con sentido, sino un extraño destartado por el tiempo. Además, ese Edmundo ya no existe, porque finalmente él llegó a ser algo que quería, y eso para la narrativa no tiene provecho, es el pobre que salió de pobre, es el estudiante que se esforzó y se recibió. Ya no importa, porque al mismo Edmundo, el que ahora toma vinos finos, y come buena carne, no le importa esto que yo cuento con nostalgia.

Coincidió que cuando ya se habían muerto las ratas, también murió don Ricardo. Se acabó don Ricardo como se acaban las cosas. Por fin en el velorio y en la búsqueda de papeles para que lo

velaran, Edmundo encontró fotos y documentos de ese hombre casi desconocido para él. Era su padre y a la vez no era nada. Al fin y al cabo ¿qué es un padre?, una pregunta que le sonaba como deformada en la cabeza. Lo veía en el cajón y la palabra padre le era ajena como el muerto. Él pensaba en lo bueno que había sido matar las ratas y que los familiares no las vieran. Fueron amigos y parientes de don Ricardo y le daban los pésames a él que no tenía ganas de recibir gestos de piedad. Pero la gente de las provincias es así, goza de esa ritualidad. Ahora debía resolver qué haría en ese lugar solitario, con pasillos y piezas llenas de ollas y estantes de negocio. Los días que siguieron sintió mucha soledad, no se había dado cuenta de que la presencia del viejo era una costumbre, que contaba con ese deambular del anciano por la casa. Que la rutina del viejo de comer y de irse a dormir a determinadas horas le daba un sentido y un horario a él. Ahora estaba despojado de esa presencia, hasta extrañaba su negativa de darle dinero. Al menos podía echarle la culpa a alguien de su miseria. En esas semanas se apresuró a presentar papeles para alguna beca y buscó infructuosamente trabajo, pero la ciudad se había hecho grande y ya no había trabajos temporarios o de medio tiempo como él pretendía, sino que buscaban jóvenes que sintieran el compromiso de pertenecer a un lugar y de vender como si el producto que ofrecían fuese el último del mercado. Todavía le quedaban algunos alimentos pero ya no le bastaba comer arroz y fideos que también se iban a acabar pronto.

LA CRISIS DE LOS PIMIENTOS

El padre enojado de Marcos soltó el diario, dejó a medio tomar el café. En la mesa había frutas y podían pedirle a la madre desde licuados hasta infusiones. Había adquirido todas esas costumbres en los viajes a los países centroamericanos. Marcos pidió té. La madre le trajo una taza grande con tostadas y un poco de ananás de esos enlatados que podían comprar del súper, no sabían como los naturales de otros países, pero esas mímisis les hacía sentir a los padres de Marcos un tipo de pertenencia distinta a la provinciana. Y así iban contando a sus amistades sus particularidades alimenticias, aunque Marcos y el padre terminaban el té o el café y dejaban las frutas para la basura. Marcos agarró el diario y pudo leer:

“Es extraño admitir en una provincia que vive de los cultivos la vergüenza de la escasez de una verdura como el pimiento, y cómo en estos últimos meses el precio de este se disparó a cifras exorbitantes. Pareciera que el pimiento es la madre de las verduras ¿cómo concebir que se traiga el alimento del país limítrofe boliviano cuando nuestras tierras son extremadamente fértiles? ¿La escasez del pimiento es un nuevo invento del mercado o una realidad? El problema del pimiento

es un tema que cuestiona la ética de todo un sistema de cultivo, la recolección, el empaquetamiento y la distribución”.

Marcos soltó el diario y salió afuera, caminó varias cuadras hasta empezar a ver las casas más descoloridas y los alambrados improvisados con tachos y escombros desparramados en la entrada. Levantó la cabeza para saber por dónde iba. El resto era dejarse tapar la cara con una capucha del buzo que le cubría parte de los ojos en la postura que conservaba, un poco doblado y con las manos en los bolsillos se adelantaba para llegar a la plaza. Cruzó la calle y vio en la plaza niños que se balanceaban en las cadenas que quedaban de los juegos de las hamacas rotas. Se sujetaban de las cadenas y se tiraban hacia el otro lado. Otros niños esperaban el regreso del cuerpo para volver a empujarlo. Era raro, pero al fin parecía que la plaza cumplía su cometido porque nunca veía niños en ella. Siguió caminando, esta vez estaba el Farko fumando un cigarrillo solo en un banco de cemento y madera, también llevaba una mochila de color rojo. Al ver a Marcos, le pidió que caminaran. Siguieron caminando juntos sin decirse nada por unas cuadras más. Parecía extraño, pero así se daba en ese mundo la palabra, a veces los silencios indicaban el grado de importancia de los acontecimientos.

—¿Cuánto querés? —dijo el Farko.

—Un paquete —contestó.

—Esta vez vas a tener el tuyo y dos más, los vas a vender entre dos y tres semanas. Me tenés que dar solo la mitad del valor de cada paquete. El resto es tuyo, vos los desarmás y los vendés como quieras. Si querés los paquetes enteros, los dividís y vas a tener más ganancias.

Siguieron caminando, no parecía, pero era el Farko el que dirigía el camino. Doblaron por un callejón. Las casas comenzaron a ponerse más precarias aún. Marcos sintió extrañeza de no conocer esos recovecos de su barrio pero recordó que eran lugares peligrosos desde la visión de su familia, por eso nunca se había asomado por allí. Miraba las casas hechas de bloques de cementos semi derruidos y las chapas que se apuntalaban a esas paredes con pesos de piedras y palos. Interpretaba lo que decía el Farko, mezclado con el sonido del ladrido de los perros. En todas las casas había perros, pequeños y grandes, ladrando desde los alambrados instalados con desechos de maderas y metales clavados a la tierra. El polvo se levantaba de las patas de los canes que amenazaban morderlos si los alambrados cedían.

—Yo no quiero vender. Solo me gusta comprar y fumármela —Marcos se rio, y espero que Farko comprendiera.

—No te estoy preguntando —dijo sin rencor, sin molestarse—. Te doy los dos paquetes ahora, o después, si pensás que es arriesgado te los dejes yo en tu casa, no hay problemas. Los tenés que vender. Yo no manejo estas cosas. Solo se dieron cuenta que vos tenés contactos y que la podés distribuir mejor y más rápido.

—Sí, pero mi familia me va a matar, además se me arma un flor de quilombo, mi viejo y mi vieja son abogados.

—Si vos venís a un lugar como este a comprar, tarde o temprano vas a vender. Por lo de tus viejos no te preocupés, mientras hagás las cosas bien nunca se van a enterar. No te tenés que dejar agarrar y todo va a estar bien.

Cuando el Farko dijo esto, a Marcos se le representó un disgusto, se le hacía que el grupo del Farko lo estaba chantajeando y que el flaco no tenía derecho a ponerlo en esa situación, porque además él era el que más les compraba y les pagaba al contado. También por momentos sentía que la trama de ese instante era el de una película, pero quizás las películas de drogas y tráfico que se habían puesto de moda en esos años comenzaban a ser un modelo elegido por estos flacos que frecuentaba. Se armó de valor y le dijo que por el momento él no tenía ganas de vender. Le pidió al Farko que comprendiera la situación porque su familia no sabía siquiera que él consumía y lo estaba metiendo en un problema grande. Farko detuvo la marcha y él se quedó sin saber qué hacer. Miró a los ojos al flaco y pudo ver en detalle esas órbitas hundidas y ojerosas. Mientras el Farko lo miraba con cierta indiferencia y antipatía, se dio cuenta de que sus palabras no valían nada, ni sus decisiones. Vio como el otro sacaba de su mochila los tres paquetes. Estaban en una bolsa negra todos unidos y pegados con cinta como un cubo. Marcos estaba contrariado, el Farko no estaba respetando su decisión, pero la mirada del muchacho escuálido le imposibilitaba toda rebeldía. Quería poder liberarse del mandado, pero cuando miraba hacia esos ojos hundidos, le parecía que estaban alejados de su realidad. En lo profundo de la cara del joven cadavérico, había algo de falta total de animosidad, como si no sintiera nada, ni incomodidad, ni respeto, ni nada. Si era verdad que los ojos son la ventana del alma, el Farko debía tener un alma oscura a la que no le llegaba mucha luz porque tenía esos ojos hundidos en un rostro escuálido que solo sabía estar despierto de noche y dormir de día. Marcos, sin quererlo, recibía los paquetes; se percató al instante de que debía guardarlos de inmediato, y así

los hizo. En la cara del Farko había un aire de satisfacción, y en la cara de Marcos una molestia que no podía eludir. Sentía impotencia, él solo quería volver a su casa, consumir su parte, no tenía por qué ofrecerla, ni venderla, ni arriesgarse a nada. Pero ya tenía los paquetes en su mochila. El flaco se puso la suya y siguió caminando. Él lo seguía a una distancia cercana, dieron una vuelta y las casas adquirieron un aspecto menos carente y de nuevo como por arte de magia estaba en la plaza. Los niños habían desaparecido y solo unos perros jugaban en ella.

—Nos vemos.

Marcos no tuvo tiempo de reclamarle nada, ni de darle la mano porque ya el otro se alejaba como un dibujo japonés en la niebla. De repente, estaba solo en la plaza, con tres paquetes pesadísimos como mil elefantes de plastilina. Esos que nunca había terminado en su maqueta infantil. El que más le gustaba de practicar era el cocodrilo, porque las escamas las dibujaba en la piel de la plastilina con un tubito de lapicera, y entonces marcaba el lomo del cocodrilo escama por escama, lo que le daba un efecto muy realista. Pero ahora su mochila estaba demasiado pesada y tal vez todos los cerebros de la ciudad volvían a conectarse. Todos los ciudadanos entonces sabrían lo que llevaba en ella. Sintió ganas de correr pero sería peor, tal vez algún buen vecino llamaría a la policía, o tal vez alguien pensaría que había robado algo. Su cabeza volvía a traicionarlo y comenzaba a perder las seguridades. Respiró profundo. Comenzó a caminar. Los perros lo olfateaban, uno de los perros le ladró y bastó para que el resto le ladrara por la cuadra por la que pasaba. Era de mañana, los perros ladraban a su paso, y él caminaba más rápido. Las calles se hacían más largas. Los trancos que daba eran torpes y trataba

de estirar los que más podía las zancadas pero las distancias eran interminables. Por el camino, observaba la gente que se iba al trabajo, a los que salían a regar la vereda con una manguera y le parecía una vida en orden

¿Por qué él no podía ordenar sus cosas? el Farko seguramente se había ido a dormir, porque su noche era el día. Y él andaba con paquetes comprometedores en su espalda.

Por una de las avenidas principales comenzó a sentir más soltura, sabía que esa avenida era muy transitada, lo que lo ayudaba a mezclarse con el resto y no sentirse solitario. De a poco recuperó el control de la situación. Ya estaba a dos cuadras de su casa, y de golpe sintió una mano en la espalda. Todo su cuerpo se erizó de pánico y de unas profundas ganas de huir, pero escuchó la voz de Miriam.

—Tan tempranito en la calle. Qué chico madrugador.

Su rostro por un instante se había puesto del color de un papel. Se apoyó en sus rodillas y expiró todo el aire que tenía en los pulmones como si toda la vida se le fuese, lentamente adquirió ese tono moreno en el cual se dibujaban unos labios rojos.

—Ah... Debía hacer unos trámites —contestó para salir del apuro.

—Debían de ser trámites muy especiales, ¿no? —dijo Miriam con su sonrisa de niña insidiosa y juguetona.

Marcos dudó en responder pero asintió.

—Sí, eran trámites muy delicados de papeles y burocracias.

—Debés ser muy influyente para que te hagan papeles burocráticos un día feriado.

Miriam rio de nuevo y Marcos no supo qué decir. Su cabeza estaba quieta como una maqueta de plastilina. Las que más les llevaban tiempo de hacer eran las garzas en el lago pintado con crayón. Y era porque nunca sabía cómo sostener los débiles cuellos de los cuerpos y cómo hacerles las delgadas patas y clavarlas en el telgopor que usaba para la base de su paisaje selvático.

—No importa —dijo Miriam—. Se me hace que tus trámites son una linda chica —volvió a reír la joven y sin mucho aviso, se despidió en la esquina de la enorme avenida. Marcos vio cómo se alejaba y cómo cruzaba la calle con su pelo rojo que parecía detener los autos a su paso. Y él con paquetes como cadenas en la espalda, mientras Miriam era la más suelta de las chicas del mundo, tan suelta como una pluma de garza que cae en el aire. Una pluma, así era. Llegó a la casa, guardó el paquete en un escritorio, sacó del suyo para fumar pero esta vez pensando en lo que debía hacer no sintió tanta alegría, era una mezcla de placer con preocupación y dolor en el pecho. El humo que le entraba tenía un color gris como el rinoceronte de plastilina que estaba solo en la maqueta porque debía utilizar mucha plastilina para hacer uno siquiera de su tamaño.

LOS PAPELES

Llegó a la casa, entró, había demasiado silencio, pasó a su habitación. Por el pasillo, vio a la madre como siempre con la boca abierta al dormir. El día la había tratado bien, la facultad estaba muy tranquila con el tema de los exámenes y ella aprovechaba para pasar más tiempo con Edmundo y trataba de complacerlo sexualmente, porque ella sentía que, si no hacía eso, Edmundo se iba a aburrir y se iba a buscar otra chica. También le hubiese gustado complacerlo a Marcos, pero de seguro que se armaba un problema entre él y Edmundo, y eran muy buenos amigos, aunque Marcos cuando podía le insinuaba cosas o la miraba con ojos distintos y a ella le daba pena dejarlo así todo deseoso. De todas maneras, ya era tarde para que su madre estuviera en la cama, por más cansada que se encontrara, a esa hora siempre estaba haciendo algo en el jardín o en algún lugar. Se cambió de ropa, pero antes de ponerse las nuevas mudas estiró la mano hacia una repisa y se puso crema en la piel de las manos, la cara y el cuello. La madre la había acostumbrado a ese ritual de ponerse cremas, porque los hombres no la iban a querer si se hacía vieja, se lo repetía siempre cuando se terminaba de bañar desde niña y ella quería irse a jugar, no sabía qué era eso de que los hombres no la iban a querer.

—*Ponete crema en el sexo* —dijo la voz—. *Untate, Untate, bien adentro.*

Ella no le llevó el apunte pero la voz insistió. A veces, si quería, la voz, podía insistirle mucho tiempo y era cuando más se turbaba Miriam y se le hacía que estaba en un pozo sin escapatoria. Comenzaba a sentir miedo de muchas cosas, sobre todo de no poder controlar eso que hablaba y hablaba. Pero esta vez fueron pocas las repeticiones y ella se sintió alegre de que se terminara pronto. Salió de la pieza, al caminar por el pequeño pasillo, vio que su madre estaba pálida, por eso entró a la pieza. Se dio cuenta que la palidez y la rigidez de su rostro no era normal. Entonces comprendió que la madre había muerto.

Había pensado que, al llegar ese momento, iba a llorar repentinamente pero no. El cuerpo de su madre estaba en frente y ella no se animaba a tocarlo, como si fuese un pedazo de algo, una madera o un objeto de la calle que no debía tocar porque era extraño a su cuerpo, pero acercó su mano y quiso levantar el brazo de su madre, había adquirido cierta dureza. Salió del cuarto y llamó a la atención médica. Estaba segura de que ya había muerto, pero se quiso cerciorar. El tema que le preocupaba era que no sentía ninguna clase de pena. La realidad seguía siendo igual que siempre. El día continuaba como un reloj. ¿Qué podría estarle pasando a ella para no estar a los gritos? Pensaba que debía ponerse triste en algún momento, pero nada de eso ocurría, estaba más preocupada porque no sabía cómo iba a sostener la casa. Era una vivienda pequeña pero debía pagar los impuestos, su comida, debía ir a la universidad y no tenía un trabajo. A los pocos minutos, llegó la ambulancia.

El doctor entró a la casa con aire de autosuficiencia y además con cierto recelo de investigación. Miraba el lugar pero por la forma en que estaba el cuerpo, en la cama, se dio cuenta que el deceso era una cuestión de rutina para su trabajo. Rápidamente llamó a la policía y así, en pocos minutos, la casa se llenó de gente extraña. Una mujer con delantal que ella no supo si era psicóloga o asistente social la abrazó y comenzó a preguntarle sobre su vida. En un momento ella dijo que solo vivían las dos en la casa y todos se acercaron como si quisieran consolarla, pero ella no estaba triste. Estaba extrañada, le parecía estar viviendo en un escenario de teatro en el que ella no sabía cómo debía actuar, porque nunca había actuado. Le pasó por la cabeza que si no lloraba iban a pensar que ella la había matado por lo que improvisó unas lágrimas. La mujer del delantal la volvió a abrazar. Era como si le hubiesen designado un papel y ella no estaba enterada pero era siempre así, su vida entera, hasta cuando hacía el amor con Edmundo y podía pensar en tantas cosas. A veces, por supuesto que también tenía sus momentos de placer. Sentía en la situación esa de la muerte que cuando todo terminase el telón bajaría y la gente aplaudiría su farsa. Entonces, el médico se le acercó y le preguntó si la madre tenía los papeles del sepelio al día. Y en ese momento se dio cuenta de que había vivido una vida sin contacto con papeles, ni responsabilidades. No supo qué responder:

—No sé.

—*Pequeña perversa, querés coger con el doctor.*

—Tenés que buscarlos y revisar los papeles en la casa y hacer rápidamente los trámites del funeral. En caso de que no

tenga papeles, vamos a destinarle una forma de entierro en un cementerio municipal, que es donde van los que no tienen sustento económico, de eso se encarga el hospital.

Cuando el médico terminó de decir esas palabras, ella comprendió que no podía dejarla ir así. Se dio cuenta ahí de que la quería, a pesar de los maltratos, a pesar de los años, y a pesar de que ella profesara que no creía en dios ni en religiones, ni en rituales, comenzaba a pensar que un cadáver no era una simple cosa, que el cuerpo era como un objeto sagrado y que había que hacerlo ir con una ceremonia de cuidados. A ella le había tocado ser la guardiana del cuerpo de su madre, debía asegurarse de que nadie la viera rendida en su camino a la muerte. Buscó los papeles. No le fue difícil encontrarlos, porque su madre era sumamente cuidadosa. En la búsqueda encontró una pila de boletas de luz, gas e impuestos en diversos lugares, todos ellos acomodados por año y meses, hasta la última boleta y al lado de todos esos papeles encontró una caja que la hizo llorar. En ella había una nota de puño y letra de su madre:

“Querida Miriam: cuando encuentres esta nota debes tener cuidado de dos cosas, por un lado, de no ser descuidada con los números que hay ahí para comunicarte con Juárez, el abogado que tiene todos los papeles que te permitirán cobrar el dinero de un seguro de vida que te dejo, eso para que terminés tu universidad, seguramente tardarás un buen tiempo en cobrar porque esos trámites llevan tiempo. Por otro lado, te dejo ahorros que he juntado durante muchos años y que te los va a dar el mismo Juárez, que fue un gran amigo de mi juventud.

Sé que no hemos sido las mejores madre e hija, pero la vida me golpeó demasiado y mi personalidad es una lástima, y nunca

he podido con mi estado de ánimo ni con nada. Tal vez este dinero compense un poco el descuido en el que te he tenido afectivamente y te pido perdón por todo lo que te hice pasar desde que se fue tu padre hasta el día de hoy. Tal vez, esta es la única manera que tengo de decirte que te amo, que no he amado a un ser con tanta devoción como a vos. Y que no he podido demostrártelo nunca. Tanto silencio, mi niña, para que nunca pueda decirte nada, incluso me cuesta escribir estas palabras porque siento que es en vano. Espero que te sirva el dinero, Miriam. Sé que en cualquier momento tendrás que leer esto y será la única carta que te he escrito en toda tu vida y lo más sincero que le he escrito a alguien. Adiós, hija.”

Miriam soltó la carta y se tiró a la cama y le bajó una tristeza al cuerpo y a los ojos como esos días que de solo estar se nubla y se cae el cielo a pedazos.

LITERATURA REGIONAL

Edmundo entró a la clase ya empezada, tenía un poco de hambre, pero estaba alegre y expectante. Había leído a los autores de su provincia con mucha alegría, había pensado que era valdiero que se preparara, que podría escribir críticas sobre las distintas obras que se producían una vez que se recibiera y publicara en algún periódico o libro, no había mucha narrativa pero creía que con lo que había bastaba para hacer de la literatura provincial algo importante a nivel nacional. Tal vez era su tarea, su destino, la validación de todo un arte oculto, que a sus ojos se desperdiciaba en el olvido de las grandes editoriales. Había tenido suerte porque había descubierto que los escritores de su provincia no eran menos que los de la capital del país, pero se compadecía de que los intelectuales de su provincia hubieran tenido mala suerte de haber nacido en el lugar equivocado para ser intelectuales, para ser escritores o artistas. Sin embargo, él podía, si se preparaba bastante, armar una historia de la crítica y de las obras de su provincia lo suficientemente relevante como para que las grandes editoriales la leyeran y se interesaran. Todo podía pasar a su edad en sus expectativas. Miró al hombre parado al frente de la cátedra y le pareció simple, un hombre común,

sus palabras le parecieron, a medida que avanzaba la clase de los más anodinas, quizás a su mirada le faltaba pasión, y le daba pena aquel sujeto almidonado.

—*La Roca Sagrada* —dijo el profesor— es un gran libro salteño. Es un libro que no es menos que los grandes clásicos. Por suerte, en este momento una editorial ha sacado el libro en Europa, se lo han llevado para publicar, el libro de este autor, de Salta, de la provincia de Salta, primero va a ser reconocido internacionalmente, para nuestra suerte. Una ONG ha concedido publicar la obra olvidada y perdida de Charly Cepeda. Así que se le hará justicia, supongo que después se publicará una edición nacional, pero tenemos la suerte de que haya llegado a publicarse en Francia.

Los alumnos quedaron admirados de que un libro de su tierra llegara primero a publicarse en Europa. Edmundo, por otra parte, se sentía alegre de tener que leer el libro, pero le producía pena la mirada vencida y el descreimiento del profesor que dejaba traslucir un aburrimiento que se desbordaba por toda la sala a pesar de lo que decía. Y él sabía que podía escribir y decir cosas mejores, que solo le hacía falta llegar allí, ser profesor y tener su cátedra.

—En estos próximos meses habrá un revuelo porque saldrán las obras completas del escritor. Va a tener la suerte de ser difundida por una organización de ayuda a países tercermundistas, es una editorial que descubrió a Charly en una antología de escritores muertos de sida a finales de los ochenta y principio de los noventa, y que se impresionaron con la calidad de los cuentos de nuestro escritor. Charly Cepeda es un escritor polémico e interesante de la década de los ochenta,

que vivió de una manera libre e incluso se lo relaciona de manera arbitraria a los ámbitos de la homosexualidad lumpen. Pero en los países europeos llamaron la atención esos comentarios, además, se quiso poner énfasis en la situación contradictoria de una provincia en la que los hombres se jactan de supermachos, y tenían en la sombra a un escritor gay. Entonces, voy a dejar el libro en la fotocopidora para que todos hagan sus copias y lean para la semana que viene los primeros capítulos. Sepan que el libro es una primicia porque me lo regaló la familia del mismo escritor hace poco y ni siquiera está en las librerías.

Los jóvenes sintieron, incluso Edmundo, que estaban en presencia de un acontecimiento único, tenían la suerte de presenciar un evento histórico en la provincia y Edmundo estaba contrariado, ya la literatura provincial empezaba a ser vista incluso en Europa y pronto en la nación como algo importante, debía apurarse, estudiar mucho, recibirse y no quedar afuera de todo ese movimiento artístico.

MARCOS, EL DIOS

Al contrario de lo que siempre había creído Marcos, las orgías eran hechos arcaicos y poco sofisticados. El Marqués de Sade lo había engañado, la literatura francesa había creado una ficción inverosímil del placer. Él había pensado en una orgía como un rito de violencia, de sometimiento y lujurias infinitas, sin embargo, cuando ocurrió, fue simple. El desenfreno era hasta tímido y algunas veces miedoso y egoísta. Los cuerpos se buscaban pero también se repelían, la gente, al igual que en la vida, mostraba su peor lado cuando estaba excitada y era una economía triste, porque no podía haber un socialismo sincero de los cuerpos y sus ansias a pesar de su buena intención. El hombre, al fin y al cabo, era un ser triste hasta en la libertad, pensó Marcos. Pero también era dócil ante una voz como la suya que se había vuelto extraña, él incluso sentía que tenía un poder desconocido, como el de un brujo o el de un dictador. Las fiestas empezaban a tener un sesgo más sexual porque los que iban ya conocían un entramado, una voluntad de algo corporal. Marcos, por ser el más intuitivo, lo descubrió de a poco, fueron delicados indicios que él pudo interpretar y le bastó con ello. En cierta ocasión entró a una de las habitaciones, esa noche la fiesta había

sido en la casa de Edmundo, que por su aspecto ruinoso parecía estar decorada de decadencia, y eso hacía que todo se volviera más suelto, sin cuidado de cosas que se podían romper, sin miedo a ensuciar algo. Estaban sentadas en un sillón viejo dos chicas, una estaba llorando y a Marcos le pareció que actuaba, ya que según ella el novio la había traicionado; las dos estaban lo suficientemente alcoholizadas como para sentir la empatía de abrazarse por un hecho tan desconectado. Él se sentó y ellas lo miraron. Mientras hablaban, él sintió primero un pinchazo en su ingle y una especie de comunión con ellas. La chica que lloraba dejó de hacerlo:

—El muy hijo de puta, me dejó por otra mina, ¿podés creer?

Marcos volvió a sentir eso que ya se le había presentado en otras situaciones. Pensó que lo que le decía la joven era otra cosa. Esa chica le estaba diciendo que necesitaba de su cuerpo o de su compañía, necesitaba sentirse querida o deseada, porque la frase de que la habían dejado le sonaba a Marcos como que la habían dejado para él en la vida, que su cuerpo estaba pidiendo que alguien la tomara y Marcos lo escuchaba tenue como una voz que venía de los senos de esa chica. Por otra parte, la otra joven en el sillón estaba con su cuerpo abrazando a la amiga y dejaba ver un escote abierto, también lo miraba a Marcos como compadeciendo a su amiga pero él también interpretaba el gesto como otra habla, como un habla subidiomática que decía un significado de pocas cifras pero certero. Y el otro cuerpo decía quiero una acción directa de tus manos o de tus dedos. Marcos sabía que las cosas no podían ir de golpe, que esos anuncios debían ser respetados, porque si aceleraba el curso de los hechos, las cosas podían perder un habla en común y sabemos

que los babilónicos comprobaron el desastre que es la gritería de las lenguas. Entonces, les habló, sintió que era el momento de asumir algo, de asumir un gesto de respuesta.

—Tal vez tu novio necesitaba del placer también —dijo y las mujeres lo miraron—. Todos necesitamos del placer, pero no lo queremos decir, por eso nos vamos, y por eso se fue tu novio, no sabía cómo decírtelo. Vos también podrías disfrutar de eso.

Marcos tenía un vaso de vino en las manos y tomaba sorbos pequeños, la chica con las lágrimas en los ojos le pidió vino y él le dijo que la condición era que él le daría el vino pero de su boca. La chica del costado miraba con ojos expectantes, pero no decía nada, era como una pintura de Gauguin aguardando en lo tenue y estaban deseosos los tres de algo que se intuía en la oscuridad. Entonces, la chica le dijo que podía hacer lo que quisiera y Marcos elevó la apuesta, con mucho tacto, acercó su copa al hombro de la chica que lloraba, comenzó a ladearla y dejó caer un chorro finísimo de vino a los hombros. El vino se desparramó suavemente hacia sus senos, y Marcos se abalanzó y comenzó a chupar el líquido de su cuerpo. Las jóvenes se miraban excitadísimas, y Marcos sintió las manos de la otra chica en su espalda. Y entre los tres comenzaron a besarse. Sabía Marcos, que las cosas no debían sobrepasar por el momento el límite, sabía que el poder era eso, saber cuándo retirarse, así que las besó a ambas con pasión, se acariciaron un buen tiempo y luego, se paró y les dijo que había sido un gusto que se dieran ese amor tan delicado y salió de la pieza. Las chicas no dejaban de hablar del suceso y Marcos comenzó a tener el poder de un brujo que manejaba en sus manos el fuego del deseo. En otras noches, en cambio, las cosas fueron más arriesgadas, pero más logradas,

y se colmaron sus expectativas. Fue por eso que Marcos erró después, porque le habían hecho ver que tenía poder. Todo se trata de tener un poder ingenuo, un poder que no se sabe del todo que se tiene, porque si no, los sujetos se confunden y sufren la inclemencia de un fuego indomable, de un fuego de vergüenza.

OTRO VELORIO

Al velorio fue poca gente. Todo terminó muy rápido, algunos familiares que nunca había visto se le acercaron a contarle anécdotas de su madre que ni siquiera tenían sentido. Ella se acercaba de vez en cuando al cuerpo tendido en el cajón y vestido como para una fiesta y con la luz del día parecía un paisaje impresionista que adquiría expresiones diferentes por el efecto de la luz. Al principio, había estado dura, su piel tensa, pero al cabo de unas horas se puso más suave. Miriam no quería mirarla mucho, se le hacía que esa no era su madre. Cuando llegó Edmundo, ella lo abrazó como si supiera que él era un lugar seguro donde podía posar su cuerpo y su incertidumbre. Pero él no hacía nada, se quedaba mirándola y quieto, con una tristeza propia y bien demarcada. Los dos sabían que cada uno tenía su muerto, ya que solo hacía dos meses a Edmundo se le había muerto el padre. Y estaban en una competencia muda, como en una guerra fría, porque se habían quedado solos casi a la misma edad, y empezaron a sentir desconfianza de sus propias tristezas y sus propias miserias. Debían demostrar quién estaba sufriendo más y no sabían cómo llevar a cabo el plan. Cuando la tarde comenzaba, por la puerta de la sala del velatorio entró Marcos y

Miriam se abalanzó hacia él dejando la sala llena de comentarios. Parecía que Marcos fuera su enamorado por la forma en la que ella lo abrazaba y lloraba en sus brazos. Los que estaban en la sala comentaron el hecho con una forma propia de las provincias, que se parece a una acusación en forma de murmullo. Edmundo se quedó mirando y luego se reunieron los tres. Comenzaron a hablar de otros temas que no redundaban en la muerte de la madre de Miriam. Después de un tiempo corto a la llegada de Marcos, unos hombres subieron el féretro en un auto negro lleno de coronas de flores a los costados. Dieron un breve paseo por la ciudad y la enterraron rápidamente como si todo hubiese sido un trámite. Ni llantos, ni palabras alusivas, su madre había desaparecido de la misma manera en la que había vivido, siendo insignificante para el mundo. Lo que le sorprendía a Miriam era el cansancio que tenía en las piernas, porque los trámites burocráticos para el velorio eran un suplicio. Los agentes debían corroborar todos los pagos año por año y verificar cada una de las cuotas para los gastos del cajón y del cementerio. Luego, sellos por aquí y por allá, para pedir actas de defunciones, ir al hospital, y tantos papeles. Así que lo único que pensaba era que cuando todo terminara se iría a dormir. Ese día no sintió la voz en todo el día. Y en los días siguientes no la volvería a escuchar.

EL CAMPUS Y EL FLACO

Una tarde en la facultad, vio en el campus, a los lejos, a alguien que no encajaba con los estudiantes. Caminaba despacio y desaliñado, pudo ver que era el flaco Farko y no entendió por qué motivo le dio alegría verlo. Tal vez lo estaba buscando para cobrar lo que él le debía, pero no le preocupaba en absoluto la deuda, él podía mentir algo en casa y conseguiría dinero si no lo tenía. Se paró del pasto y fue al encuentro, entonces el flaco lo vio y se encaminó hacia él. Esta vez las cosas eran diferentes, la cara del flaco era una especie de calavera viviente. Si antes había tenido los ojos hundidos y ojerosos, esta vez parecía un personaje de película zombi. Tenía los ojos saltones e inyectados de venitas rojas. Las ojeras se le habían pronunciado tanto que parecían tocarle el hueso de la cara. Pero eso no era para asustarse, lo que le produjo impresión fue que cuando Farko comenzó a hablar Marcos vio que los dientes delanteros de la boca del chico estaban a punto de caérseles, estaban prendidos apenas por una herida que eran las encías.

—¿Cómo estás? —preguntó Marcos.

—Todo bien, ¿tenés para pagarme lo que me debés?

—Acá no, pero nos encontramos y te llevo la plata —el flaco se impacientó con el cuerpo.

—Bueno —le dijo—, pero esta misma tarde.

En sus palabras se reflejaba el desgano por ese diálogo.

—¿Dónde estabas? Te busqué muchas veces —dijo Marcos.

—Ya no vayás a la plaza. Me pagás lo que me debés y listo. Y ahora vas a tener que tener cuidado, te van a buscar. El problema es que te vieron con nosotros y nosotros estamos debiendo bastante guita. De todas maneras, quedate en tu casa que vi que es bastante segura. El otro día, los canas casi me cagan a trompadas, parece que tu viejo pesa en la policía —dijo sin emotividad.

Acordaron el lugar y el flaco se fue caminando, hasta que desapareció en un horizonte atestado de chicos de la facultad que andaban con apuntes y carpetas en las manos.

LA SEÑORA QUE INSULTA

De tanto andar consiguió trabajo en un almacén, de los pocos que quedaban sin que los fagocitaran los supermercados. Así fue que a las dos semanas de la muerte de su padre estaba trabajando mañana y tarde. Por suerte, había terminado bien el primer año de su universidad. La señora que lo contrató al principio le dijo que era un trabajo tranquilo porque el almacén quedaba ubicado en un barrio, así que había horarios en los que la gente iba y otros en los que no iba nadie. Pero con el tiempo lo hacía trabajar en cosas que no estaban estipuladas. Él no podía decirle nada porque no tenía otro ingreso. Cierta vez le faltaba media hora para terminar su horario. Era fin de semana, estaba haciendo planes para aprovechar su tiempo. No había ido mucha gente. La señora apareció y le dijo:

—Edmundo, hoy no ha venido gente, no has trabajado nada. Ahí te dejo un balde y un trapo, lávame el auto de mi esposo, así en algo compensamos.

Edmundo adujo que su formación personal lo salvaría de esa confusión:

—Señora, la verdad es que me niego a hacer el trabajo, eso no era lo que acordamos.

—Si no querés trabajar, ahí está la puerta —contestó la mujer. Luego salió del negocio diciendo entre dientes—. Muertos de hambre, no quieren trabajar. Así es acá, por eso vienen los bolivianos y se llenan de guita. Está lleno de vagos este país.

Edmundo quedó en estado de indignación, pero era extraño, porque nada de los grandes discursos armados, podían tener un efecto en la señora, no existía, ni se había inventado la dialéctica para ella, y ni Hegel, ni Marx, ni Foucault lo podían ayudar en esa situación. Había estudiado los efectos de la dominación, las hegemonías, pero la señora ni siquiera representaba un poder demasiado tormentoso, no representaba además una forma que él pudiese clasificar de tiránica o de dispositivo o maquinaria o de alguna escabrosa forma de dominación, pero la humillación de lavarle el auto la sentía como un látigo en su alma. Comenzaba a sentir que la vida era algo difícil de tolerar con toda esa información en la cabeza. Trató de resistirse. En un momento, pensó en romper de una pedrada el vidrio del auto y luego salir corriendo con un gesto revolucionario, pero al final se comió la rabia y agarró el balde con agua que ya estaba dispuesto al lado del auto. Cuando terminó de lavar y se fue a la casa, la señora ni siquiera lo saludó al salir, era como si ella estuviera ofendida por el comportamiento de él. Tal vez era así, la vida era un manojo de arbitrariedades y comenzaba a darse cuenta de que el saber que había adquirido era verdadero, pero era verdadero para los que podían hacerlo valer; en su caso, era una farsa

EL MIEDO

Marcos ya le había perdido el gusto a la universidad, pero seguía yendo porque no tenía mucho qué hacer. Ahí podía verlos a Edmundo y a Miriam y podía hablar con ellos de cosas distintas. Porque los otros solo lo buscaban para comprarle drogas y no hablaban mucho con él. En su casa todo el tiempo tenía que parecer inteligente, si no, el padre lo criticaba y la madre tenía siempre la mirada correctiva.

Cuando llegó la nueva sustancia todos sintieron que había algo extraño en ella. Más aún él que siempre había sido muy perceptivo y tenía la necesidad de gozar con una sensibilidad exquisita, pero no era siquiera que le retribuía un placer prolongado como la marihuana o la cocaína. Era tan momentáneo el placer y el encanto consistía en multiplicar infinitas veces un ritual efímero. Fumaban muchos cigarrillos armados con pasta base. Marcos pensaba que no podía ser cuantitativa la medición, porque de ser así, un solo porrito o una sola línea de cocaína bien picada les estiraba la fiesta por un tiempo prolongado, pero con el residuo de base debían armar muchísimos cigarrillos mezclados de tabaco con pasta para obtener minutos de

sensación. Entonces, en las fiestas empezaban también a buscar un lugar para consumir, porque no era una droga que tuviera un espíritu dionisiaco, ahora permanecían en cualquier habitación prestada al margen de la fiesta, porque incluso el olor de la pasta era desagradable, como una goma quemada, o algo así, y allí empezaban a armar cigarros tras cigarros y a fumarlos uno tras otro. La ansiedad los devoraba y debían mirar y esperar su tiempo y ver cómo se acababan los cigarros y la pasta sin que se les terminara esa sed de algo doloroso y vacío, pero que nunca perdía su poder de llamado. Y, por otra parte, a diferencia del aura que la marihuana y la coca le habían dado a Marcos, la base lo ponía en un lugar de desconfianza y de peligrosidad, entonces notó que la misma gente que lo quería antes empezó a huirle, y hasta a veces no lo invitaban a algunas reuniones. También comenzó a ser frecuentado por un público de compradores un tanto más pobre que lo buscaban en cualquier lugar y no tenían ningún tipo de discreción, en la universidad se aparecían guiados por una sed desesperada. Sus aspectos eran diferentes y en una oportunidad pudo huir a tiempo cuando dos jóvenes le quisieron robar la mochila en una transacción. En este punto, Marcos comenzó a impacientarse, ya no se sentía cómodo en la facultad, ni en su casa, y si alguna vez había pensado que era algo bueno la paz de disponer del silencio y la soledad, ahora lo sentía de manera concreta, todo el tiempo estaba atento, pero no como un león o un guepardo de esos que cazaban en los documentales, ahora estaba atento como una presa en la noche de la ciudad.

Había pensado en dejar de ir a la plaza, la última vez ya no le dieron marihuana, solo pasta: paquetitos en bolsas de polietileno que parecían pequeñas pelotas deformes de yeso. Y él no quería venderlas ni consumirlas, pero lo terminaba haciendo. En su

hogar no podía evitar las ganas de irse al depósito que había en una pieza al fondo de la casa para encerrarse y elaborar la ceremonia monótona de mezclar cigarros con pasta. Sentía que la nueva droga lo estaba estafando, en medio de las bocanadas de humo químico se daba cuenta de que no había viaje, ni tránsito de ninguna clase, era como subirse a un colectivo que nunca arrancaba pero en el cual siempre había que subirse porque prometía y prometía. La pasta cambió la economía del juego. En poco tiempo, otros más fuertes y violentos ganaron la plaza, y él tuvo que dejar de ir cuando se enteró de que el mismo Farko y todos los otros flacos andaban perdidos y nadie sabía dónde estaban ni qué les había pasado. También se enteró de que si llegaba a ir le darían una golpiza porque había quedado pegado con los flacos y a ellos los andaban buscando. Marcos comenzó a temer que lo fueran a buscar. En ese entonces debía varias bolsas al Farko, pero estos no aparecían por ninguna parte, al menos para hablarles y devolverles su dinero. Una mañana mientras tomaba el té y su madre cortaba con un diminuto cuchillo el ananá, su padre tuvo que llamar a la policía porque un chico flaco de capucha estaba parado en la vereda del frente. Miraba hacia su casa y se movía de un lado a otro como un gato encerrado. Marcos sintió ganas de que el mundo desapareciera, de que una bomba nuclear o una mano enorme hicieran restablecer un orden distinto. Sentía la necesidad desesperada de volver al pasado para elegir otra opción. Pero en el fondo, pensó que elegiría lo mismo y entonces era bueno que llamaran a la policía.

CANSANCIO

Legó sumamente tarde a la clase. No iba a ir, pero puso toda la voluntad que le quedaba de trabajar en el almacén. Tomó el colectivo y se bajó con la ropa sudada y olorosa. Entró en el salón. Vio de nuevo a ese hombre dando clase, él no quería respetarlo, le parecía un hombre muy bien cuidado, muy bien vestido, sentía que no debía admirarlo pero se sentó y lo notó emocionado al hablar y supuso que debía escucharlo:

—Y por, sobre todo, porque aún hay una novela del autor que no se publicó y que tal vez se encuentre en algún momento —dijo el profesor—, comentaba el mismo escritor, que era su mejor novela, pero se perdió. La novela se trataba de un obrero, o algo así, que soñaba con ser escritor, un sujeto muy pobre, de esos que admiraba Cepeda. El argumento era sencillo, el obrero tenía una familia y en los tiempos libres quería ponerse a escribir, pero estaba muy cansado o golpeado por alguna situación que lo excedía en la empresa de construcción en la que trabajaba. En sus explicaciones personales, Charly me contó que era una suerte de paradoja, que se le ocurrió, a mi parecer, una paradoja más alegórica que realista, yo estuve en el momento

de producción de esa novela. La voz del profesor se entrecortó, trató de disimular, pero ya era tarde, estaba emocionado al borde de las lágrimas, y Edmundo desde los bancos se sintió tocado por el comentario.

—No creo que sea una paradoja, ni una alegoría, profesor —dijo con valentía.

El profesor giró su cabeza y lo miró extrañado. Otros jóvenes también se sorprendieron del comentario pero él continuó.

—Estoy pasando por una situación similar, quiero ser escritor de crítica literaria y literatura y trabajo en un almacén. Me pagan muy poco, apenas puedo venir a la facultad, pero no es paradójico, me sueño más escritor que vendedor, pero en este último tiempo estoy cansado para ponerme a escribir algunas ideas.

Edmundo generó en el público admiración por lo sincero de su comentario. El profesor lo miró y se enterneció. Le dijo que lo felicitaba, que era un ejemplo. Todos asintieron con la cabeza. Edmundo sintió en su corazón que había valido la pena llegar cansado a la clase y poner su empeño en no abandonar.

—Continúo —dijo el profesor—. Charly era un bohemio de esta provincia cuya apariencia era un tanto desgreñada. Fue el primero que logró cierta narrativa excepcional, podríamos decir, el primero que pensó en la provincia como una posibilidad de contarse como algo verdadero y maravilloso, con la incipiente forma de narrar la pulsión ciudadana.

—¿Sobre qué escribía? —preguntó una chica del fondo.

—Sobre hombres y mujeres que no se ajustaban al mandato social. Gente que vivía de noche cuando terminó la dictadura. En sus cuentos hay un encanto de esos sujetos, es más, Cepeda los muestra más inteligentes de lo que son.

—¿En qué época se murió? —preguntó un estudiante.

—A finales de los ochenta se enfermó de inmunodeficiencia, además llevaba una vida bastante descuidada en lo que respecta a la salud, así que vivió hasta entrados los noventa; cuando llegó al hospital estaba ya muy consumido. Por ese entonces, en la provincia, nadie pensaba que se podía morir de sida. Fue uno de los primeros, y la familia hizo todo para que no se lo relacionara con la enfermedad, pero en la antología de sus cuentos el prologuista puso ese dato para que llame la atención y lo logró, porque primero la antología era de escritores de los ochenta. Los relatos de Charly tuvieron más repercusión por ese comentario ligado al chisme. Después se lo relacionó a la homosexualidad en la década del ochenta en una provincia moralista en extremo.

—¿Era homosexual?

El profesor tardó en contestar la pregunta.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó una muchacha en los asientos del medio.

—Conocí a Charly en la década del ochenta cuando yo apenas era un estudiante. La universidad no llevaba más de dos décadas funcionando. Me ayudó mucho. Era muy amable.

Ciertas risas corrieron en el aula por lo bajo, los jóvenes hacían bromas dando a entender alguna relación erótica entre el profesor y Cepeda por aquellos años. El profesor, sin embargo, pareció no advertir las burlas, más bien quedó sumergido en una leve abstracción mental como si recordara cosas, luego siguió dictando la clase. Al final de sus anotaciones dijo:

—Lo interesante de la literatura es que a veces tiene incidencia en la realidad. Sino fuese por los cuentos de Charly, la semana próxima no exhumarían sus restos. En primera instancia, la familia había querido desentenderse del cuerpo, por eso no hicieron mucho hincapié en el velorio, para no llamar la atención. Lo velaron lo más rápido que pudieron para no levantar comentarios y lo enterraron en un cementerio que no era el cementerio privado de la familia. Ahora, la familia reclamó el descuido en el que el gobierno y la cultura habían tenido a uno de sus miembros más célebres e incluso con el dinero que van a ganar del libro que se va a vender en Europa, piensan crear una asociación de ayuda a enfermos de sida la cual, si observamos bien, y llegase a funcionar, recibirá grandes montos económicos de varias ONG internacionales. La familia lucra con los derechos de autor de la obra y se encarga de promocionar la tragedia de un escritor tercermundista. La semana que viene quizás vaya a ver la exhumación porque van a llevar su cuerpo a un nuevo cementerio. Fuimos muy amigos.

Edmundo se quedó mirándolo y vio cómo se le transparentaban los ojos de lágrimas, parecía que ese hombre se había sacado la máscara de profesor y hablaba de un amigo al que extrañaba mucho.

EL TORO

Marcos salió de la casa, ya había perdido el miedo de salir, porque en dos meses nada había pasado, no lo habían buscado. Llegó a la universidad, ya había quedado libre en casi todas las materias. Solo podía cursar literatura regional, clase donde encontraba a Edmundo y a Miriam. Y allí estaban sentados alegres de escuchar la clase y de seguir rindiendo y él iba perdiendo las ganas de todo. La clase llevaba veinte minutos de empezada. Él entró, buscó un banco y se sentó cerca de sus amigos. Veía como Edmundo y Miriam tomaban apuntes.

—Como todos sabemos, la definición de literatura regional me parece ignominiosa, vergonzosa, es como si nuestra literatura no pudiera pertenecer a otro contexto que al de la región. Hemos estado discutiendo con otros profesores, pero bueno, así ha quedado la denominación de la materia. Hoy vamos a retomar el libro del segundo trimestre, porque veo que hay algunas confusiones en los parciales. *La Roca sagrada*, de Charly Cepeda. Saben ya que el contexto de ese libro es realmente el boliche de mala muerte que en la década de los ochenta se llamaba “la

Roca” y que había promovido los recitales de rock alternativos en la provincia y que daba lugar a exposiciones de cuadros de artistas desconocidos. Era de admirar que en ese entonces el país salía de la dictadura y esos movimientos culturales estaban todavía temerosos del poder, sin embargo, pareciera que lograban una sofisticación y un ocultamiento bastante complejo para no ser tomados como antros, tal vez son particularidades de provincias. El caso de Charly Cepeda es extraño porque no sabemos si ya sabía que tenía una enfermedad terminal, o si era irreverente porque así nomás era su personalidad, pero su literatura está llena de esos datos anecdóticos de la noche de nuestra provincia y a la vez se encuentra plagada de escrituras fosilizadas de escritores de nuestra tradición, aunque él parecía oponerse de manera tenaz. Él mismo no se dio cuenta de que estaba escribiendo con mucha amabilidad provinciana y con mucho romanticismo, se pensaba un bohemio total. Su última novela se perdió, allí daba un salto interesante de temática y de estilo. Se sabe porque el escritor leyó capítulos en algunos lugares públicos. Pero nada más. Por mi parte, creo que tampoco hubiese sido decisiva esa novela en la historia de la literatura del país, a Buenos Aires no le interesa revisar la literatura de las provincias y ellos son lo que tienen el poder editorial y el poder cultural. La mayoría de los concursos provinciales ni siquiera tienen contacto con esos núcleos de editoriales de la Capital. Si observamos cuáles son los artistas de las provincias que tienen un reconocimiento importante en comparación con los escritores de la capital veremos que los podemos contar con los dedos en ese mar de escritores nominados como nacionales. Tal vez el nombre de literatura regional esté bien para esta materia, han encapsulado la literatura de estos lugares en un nombre que

le cierra las posibilidades de leerse de otra forma que no sea la anecdótica.

Marcos pensó que la clase era un bodrio, y que no podía escuchar más. Una sensación extraña como una comezón interior lo invadía, a tal punto que no podía pensar en otra cosa que en tomar un cigarrillo, sacarle el tabaco del papel, diseminar pedacitos de pasta base por el tabaco y volverlo a llenar. Hacer eso varias veces hasta tener veinte o treinta cigarrillos de pasta y prender el primero para que una bocanada blancuzca le quemara esa comezón de su ser, y fumar, y fumar, y entabacarse y empastarse hasta que todo se volviera una visión durísima de pedazos de realidad quebradas como concreto, aunque al otro día le doliera el pecho y la cabeza. Salió como pudo del banco, trató de no hacer ruido pero se llevó una silla por delante y la tiró. El profesor tuvo que detener unos instantes la clase y él vio a Edmundo y a Miriam tratando de retenerlo con la mirada. Los vio y se dio cuenta de que ya no le importaba pasar ratos con ellos, ni hablar de nada. Se fue caminando. Por la entrada de la facultad su ansiedad crecía, caminaba lo más rápido que podía. Se dirigió a la parada del colectivo y allí lo estaban esperando. Uno de los flacos del Farko estaba con otro tipo muy robusto de campera negra, al estilo rock pero se notaba que lo de la campera era casual. El flaco apuntó a Marcos. Él siguió caminando y el tipo lo siguió con la mirada clavada. Cuando llegó a su lado, Marcos saludó al flaco pero este bajó la mirada. También, al igual que el Farko tenía un aspecto muy demacrado y pudo observar un detalle singular, tenía en la boca una circunferencia manchada, como si se hubiese quemado los labios, también le había visto esa marca al Farko. El tipo se le acercó. Era todo lo opuesto a los flacos de la plaza, tenía un aspecto demente, la cara redonda,

oscura y los ojos inyectados de una furia que él no conocía, pero estaba a punto de comprender.

—¿Vos sos Marcos?

—Sí, ¿qué es lo que necesitás? —preguntó, de manera amable.

—Necesito la guita que me deben vos y tu banda —dijo el tipo.

Marcos se sorprendió. Lo miró y supo que estaba en un problema ajeno del cual no podía escapar.

—¿Qué banda? Yo no pertenezco a ninguna.

—Mirá, loco, no te hagás el pelotudo. Vos y tus amigos de la plaza me deben guita de la cantidad de pasta que se quemaron. A este lo encontré de casualidad y me dijo que vos tenías la plata. La hagamos sencilla, me das la plata y yo no los jodo más ni a vos ni estos hijos de puta que se escapan como ratas.

Marcos miró al flaco que lo había involucrado, pero el otro tenía cara de pocos sentimientos y tal vez había dicho eso para tener una alternativa.

—Decile —dijo Marcos mirando al flaco que se hacía el de no mirarlo—, decile que yo no tengo nada que ver.

El tipo, antes de que pudiera seguir complicando las cosas, lo sujetó del cuello. En un instante Marcos observó un antebrazo que parecía la extensión de una máquina y sintió en la garganta los dedos que le aplastaban la tráquea. El tipo lo arrastró del cuello hasta una pared y allí lo siguió apretando. Marcos comenzó a

sentir un miedo que nunca había sentido, que le subía desde las piernas hasta el cuerpo y le hacía latir fuerte el corazón que le sonaba en la aorta del cuello contra los dedos del tipo. El otro flaco también estaba espantado. Marcos comprendió que la banda de los flacos era fantoches. Eran pobres pibes de barrio que se estaban deteriorando quién sabe por qué causa. Cuando el tipo paró la presión en su cuello Marcos levantó las manos para poder hablar. El flaco a su lado miraba la situación quieto. El tipo lo soltó y Marcos siguió sintiendo la presión de los dedos, aunque ya estaba libre. Pensó que llegaría a un arreglo.

—Te digo la verdad, yo no soy de ninguna banda.

Y cuando quiso seguir hablando, comprobó que andar en la calle no era una película, ni él un personaje de cómic. Tal vez había confundido las cosas, o hasta ahora nada le había salido mal, porque sintió en una milésima de segundo el crac y el golpe sordo que le daba la cabeza del tipo en el centro de su nariz. Luego todo se puso violeta y pequeñas luces diminutas en la órbita de sus ojos le hacían constatar el aturdimiento. Después un gusto salado y un dolor que se iba incrementando. El dolor y el temor de morir lo volvieron a la realidad.

—Sé dónde vivís, y sé por dónde andas. Te doy un mes para que me consigas la plata o la pasta. A vos y a este flaco, les advierto, si no la van a volver a ligar y la otra no va a ser tan suave.

Marcos quiso decirle que él no tenía nada que ver, que ni siquiera sabía cuánto debía darle, pero se quedó callado por miedo a que le volviera a pegar.

—Está bien —contestó temblando del miedo y con lágrimas en los ojos.

El tipo se fue caminando y se quedaron él y el flaco solos. Se le acercó y lo ayudó a caminar por una avenida frente a la universidad. Los estudiantes comenzaban a salir y Marcos pensó que no le gustaría que Miriam y Edmundo lo vieran así golpeado, ensangrentado y llorando. Se ayudó del flaco y salieron para el barrio.

—A mí también me golpeó, y me dijo que los entregara a todos los de la plaza, pero los otros están reventados, los iba a matar de un golpe.

—¿Y preferiste que me matara a mí? —contestó como pudo Marcos.

—No, pensé que vos ibas a tener algo de plata. Vos tenés plata.

—Llévame donde están todos los flacos —le dijo.

—Te llevo, pero demos unas vueltas por si acaso nos esté haciendo la guardia el toro.

Caminaron una hora, hasta que el flaco lo llevó a un barrio que parecía todo hecho de chapas y de palos apuntalados, ni siquiera parecía haber calles, era como si a la gente se le hubiese ocurrido hacer guaridas de chapas donde había espacio, o como si las hubiesen puesto en la medida que el terreno lo permitía. Mientras caminaban, por las esquinas veían gente ingiriendo bebidas alcohólicas de las botellas, eran rondas bastantes festivas que encendían baffles con música con el volumen altísimo. Marcos sintió que era un mundo totalmente oculto, él nunca lo había visto. El flaco lo conducía y su mirada estaba como despedazada y su boca era una carne viva. La gente miraba a Marcos porque

estaba vestido diferente, pero al verlo ensangrentado aceptaban que caminara por esos espacios de vida. Llegaron a un galpón abandonado. Parecía no haber nadie dentro porque estaba oscuro. El flaco le pidió que esperara y Marcos se quedó afuera. El flaco entró y rápidamente volvió a salir.

—Pasá, nomás —le dijo.

Marcos, con la cabeza dolorida y con la nariz que sentía rota en muchas partes, entró caminando. Entonces vio algo que quizás no volvería a ver nunca. En el galpón estaban todos los flacos y otros hombres y mujeres tirados en colchones viejos y sucios. Por el suelo había desde basura hasta electrodomésticos abandonados de otro tiempo. También se diseminaban colchones sucios y frazadas viejas olorosas de orina y hasta materia fecal. Y en ellos, tirados jóvenes de edades diversas pero que no llegaban a los veinte años. Había incluso algunas mujeres semidesnudas derramadas y dormidas, y la mayoría de los flacos estaban también acostados. Los cuerpos se amontonaban y daban la impresión de una película de guerra a medio empezar. Entre ellos estaba el Farko. Lo vio mucho más flaco, parecía un esqueleto y lo miraba como perdido. Marcos se acercó, y a todos se les despertó cierta agresividad de su presencia. Se paró Farko y lo saludó.

—¿Qué haces acá? —le preguntó sin nada de emoción.

—Farko, la vez pasada te pagué lo que te debía, pero ahora me fue a buscar un loco que me golpeó para que le devuelva lo que vos y los otros le deben. Me dijo que me va a seguir buscando.

—¡Ah! Es el toro. Así le dicen, es bastante loquito, te puede llegar a matar. Acá no viene porque sabe que lo van a clavar. Pero

tené cuidado, si te encuentra de nuevo y no le das plata te va a reventar.

—Pero Farko..., si yo no les debo ni a ustedes ni a nadie.

—No importa, el tipo cree que estás con nosotros, nosotros vamos a seguir aquí pero vos andás afuera.

El Farko se fue hacia el centro del galpón. Se acercó a una mesa de madera a la que le faltaba una pata y allí abrió una bolsa pequeña con pasta. Sacó un poco y picó, los otros flacos y las chicas como si se despertaran de un letargo se acercaron y miraron, pero esta vez no tenían cigarrillos para desarmar, entonces el Farko sacó un paquete de virulana de una bolsa, separó un rollito y le puso pasta arriba, y metió el pedazo de virulana en la punta de un tubo de metal. Al otro extremo lo metió en la boca y de un bolsillo sacó un encendedor. Comenzó a aspirar el tubo y la virulana al otro extremo se iba encendiendo hasta que comenzó a hacer chispas y un humo blanco se diseminó por el galpón. La virulana hacía chispas como un pequeño fuego artificial y a todos se les encendían los ojos como una llamarada de alegría. El tubo iba pasando de boca en boca, se cambiaba la pasta y la virulana a medida que se gastaba y las bocas apagaban en su piel pequeñas chispas del metal ardiente. La mayoría había perdido los dientes de la parte delantera y hacían chistes, se reían, luego paraban, y se disipaban las bromas y caían en un nuevo letargo. Marcos se despidió del Farko y de los otros, que le pidieron plata y la campera antes de irse. Ya le habían pegado y quebrado la nariz en ese mismo día, así que dejó la campera y todo el dinero que tenía, que no era mucho. Los chicos se sentaron de nuevo en los colchones y él salió. Llegó a su casa todavía asustado y el padre lo vio.

—Estás desfigurado, Marcos ¿qué te pasó? —le preguntó con mucha preocupación.

Marcos pensó que no era nada, que en esa tarde había visto lo que era la desfiguración de una cara humana, en pocos meses los flacos estaban totalmente cambiados, y seguro que seguirían peor en unos meses más.

—Tuve un accidente papá —le dijo. Y se largó a llorar—. Hoy pensé bien en mi vida, creo que me equivoqué. Quiero volver a abogacía, pero quiero que sea en otra provincia, acá siento que terminó un ciclo para mi vida.

—Así habla un hombre, hijo —le dijo el padre y lo abrazó fuerte y lloraron. El padre salió a buscar unas gasas en su auto pero no las encontró, así que volvió a entrar y le dijo a su hijo que no se preocupara, que ya volvía, que en alguna farmacia encontraría remedios y gasas. Marcos asintió con la cabeza y lo vio salir al padre por la puerta, luego se fijó que no estuviera despierta la madre y se fue al fondo. Entró a la pieza del depósito, desarmó varios cigarrillos y sintió la pasta atravesarle su cuerpo golpeado. Con el humo blanco iban desapareciendo las preocupaciones, el padre, los flacos, el toro, las chapas, todo.

LA RUTINA

Ella comenzó a ir seguido a su casa y se quedaba los fines de semana. Preparaban té, su diversión al principio parecía tonta y sosa. Pero les daba alegría hablar. Hablar de muchas cosas. Estar en la cama, fumar tabaco, marihuana, y tener relaciones. Era una vida monótona, olor a café y sexo en las manos pero para Edmundo era el amor, ese agujijón humano antiguo y triste. Pensaba Edmundo en Schopenhauer y el engaño al que la especie sometía a los seres por medio del amor, pero le interesaba muy poco ser engañado, se sumía bello y alegre a las piernas de Miriam y cuando reía pensaba que las partes, sus dientes, su pelo rojo y sus piernas eran el engaño más sofisticado de su especie, un embrujo. Ella, en cambio, sentía un poco de alegría, pero nunca podía precisar bien. Desde niña le pasaba que no podía clarificar los sentimientos, ni las sensaciones. Si algo bueno, o vertiginoso, o doloroso le pasaba, sentía un poco de dolor o un poco de alegría, nunca algo que la desbordara emocionalmente. Podía estar en zonas confusas de los sentimientos. Pero no podía delimitar ni hacer que crecieran más de la cuenta. Por eso también cometía errores, porque le parecía que los otros invertían mucho tiempo y demasiados sentimientos en una sola

acción o en un solo propósito. Por eso tampoco había tenido relaciones hasta los 18 años, porque nunca le había pasado nada con que le “metieran mano”, como decían sus amigas. Ella solo sentía las manos por su cuerpo y era como si le tocaran las rodillas que le tocaran el sexo. Así le ocurría siempre hasta que la gente que la frecuentaba se ofendía de su antipatía y se alejaba. Esta vez, con Edmundo estaba tratando de sobrellevar la situación. Sentía alegría pero también reía y sentía placer que con el chico atlético no llegaba a ser siquiera una sensación. Cuando el joven del auto le pedía que fueran a la cama, por ejemplo, ella sentía sus manos por sus senos, incluso en su interior el miembro de él pero hasta podía pensar en otras cosas cuando todo eso ocurría, era similar a lo que le había contado una amiga cuando le realizaron una cirugía. Le habían puesto una inyección epidural. Todo el cuerpo le había quedado anestesiado y podía sentir las manos de médico entrando, cortando y sacando, pero nada más. Así le pasaba a Miriam.

Con Edmundo, al menos, podía lograr alguna afinidad que a veces la hacía disfrutar del sexo. Eran momentos agradables, no inolvidables, pero sí con un gusto duradero en la boca y el cuerpo, como una palabra pronunciada lentamente. Por su parte, Edmundo estaba muy emocionado. Había conseguido un trabajo de medio tiempo en una estación de servicio que le permitía trabajar y estudiar. Entonces los fines de semana se encerraban con Miriam y veían películas, o salían de viaje y sentía que la amaba. En ese tiempo, trataba de estudiar en las horas que le quedaban, pero su rendimiento académico había disminuido, de todos modos, él pensaba que valía la pena. Hacían las cosas que les permitía el dinero de Edmundo. Tanto ella como él tenían la casa que les habían dejado los padres, pero a ella su

casa le parecía tétrica después de la muerte de su madre, por lo que pasaba más en lo de Edmundo. Marcos, había dejado de ir a la universidad, solo iba de vez en cuando por aburrimiento y para cruzarse con ellos, cuando Edmundo le contó que estaba de novio con Miriam no podía creerlo.

Marcos también comenzó a frecuentarlo en su casa. Su amistad era algo ilimitado. Ahora el triángulo estaba desencajado, a veces cuando se juntaban a hablar, Marcos seguía mirando a Miriam con otros ojos, pero era una costumbre y entonces, Edmundo no le decía nada. Sabía que Marcos estaba pasando por una situación delicada. Lo perseguía un tipo llamado “el toro” para matarlo. Andaba con miedo, entonces la casa de Edmundo era un buen refugio para esconderse. A veces, Edmundo se iba a la facultad y sentía celos porque Marcos y Miriam se quedaban solos en su propia casa hablando quién sabe de qué cosa. Pero al final disipaba los celos y permitía que su amigo y su novia se refugiaran de los demonios que los perseguían.

LA EXHUMACIÓN

Cuando sacaban los restos humanos, primero recordó el color de los ojos de Charly Cepeda. Ahora allí estaban las órbitas vacías del cráneo. Trató de llenar esos huecos, pero le fue imposible. Lo que hizo fue apartar la vista del esqueleto sucio de tierra y recordar sus cejas pobladas y la prominente frente que se mantenía seca en cualquier situación. Esa percepción inmaculada no lo abandonaba. ¿Por qué había ido a verlo desenterrar? Antes de salir de su casa tuvo miedo de lo que podía llegar a ver. Esta vez se preguntó ante esa visión: ¿Cómo podía un hombre deteriorarse dos veces? ¿No le bastaba un solo deterioro? Lo vio declinar, tenderse cada vez más flaco tocándose el estómago y mirándose en su cama a sí mismo. La perplejidad de la mirada de su amigo era hasta hoy una pesadilla para él. En la exhumación, desde un espacio lejos de la familia del escritor pensó en las lecturas que le emocionaban a su amigo, por eso conjeturaba que la escritura de Charly era una mezcla finamente disimulada de ironías inglesas, angustias rusas, entrelazadas de personajes en los escenarios de las noches que frecuentaba. Recordó que, en vida, Charly había tenido fama como escritor, pero era una fama pequeña de personaje excéntrico. Salía en las

noches a beber y a hacer escándalos. Nadie creía ya en esa pose desgastada. Le vino al recuerdo las noches en que lo veía quedarse hasta la madrugada en su escritorio:

—Tenés que dormir.

—¡A tu salud, mojigato!

Respondía Charly sosteniendo un vaso con vino barato.

—Ya has trabajado bastante.

—No he trabajado nada. Trabajar es quedar tirado del agotamiento.

Ahora en el cementerio se le proyectaba en la cabeza esa voz. Le dieron ganas de llorar.

—Te vas a enfermar. Hace mucho frío.

—Nadie se muere de pulmonía a esta edad, solo los grandes, como Paul Cezanne, mueren de pulmonía por ir a pintar un día de lluvia. Eso es trabajar, que ni siquiera el riesgo de la muerte sea un impedimento. Creo que estoy escribiendo mi mejor novela. Esta, de verdad, no se parece a las otras o a los cuentos que escribí anteriormente. Esos, por supuesto, están bien, son correctos, incluso suenan bien. Pero esta novela, es un tanto incómoda para mí. Es distinta, tiene mucho que ver conmigo, pero no habla de mí.

—¿Y por qué pensás eso?

—No sé explicarlo. Esta novela se trata de un obrero que tiene ganas de escribir. Su padre lo incentivaba a escribir desde

niño. Y entonces él sueña con ser escritor. Pero ya ves... para ser escritor, necesitás dinero. Y él es pobre.

—Creo que sí entiendo.

—Tal vez exagero con esta historia, quizás no es verosímil que un obrero se sueñe escritor, pero no es imposible, y ese obrero no soy yo, ese hombre es realmente infeliz. Ese obrero va a su trabajo y allí mientras hace su esfuerzo piensa y se llena de ideas, y cuando llega a la casa no puede sentarse a escribir pues su cuerpo está cansado, y a su mujer y a sus hijos a veces los odia, al igual que a su mismo trabajo porque le dificultan la tarea de escribir. No quiero que pensés que ese hombre es malo. Su afán es noble, lo que le aflige es el tiempo y su sueño postergado que le hace desear cosas malas, como a todos. Enloquece de tristeza como cualquiera que no da con sus sueños.

—Dormí Charly, mañana te voy a dejar preparada la comida para cuando despertés.

EL INCIDENTE

Salió del trabajo a las doce del mediodía. El día había estado pesado, había muchos autos y no le habían dado descanso desde las 8 de la mañana. Llegó a casa. Se hizo unos huevos con arroz y salió a la facultad. Volvió con ganas de dormir, pero lo estaban esperando Miriam y Marcos. Las dos M. Era día viernes.

—Salgamos a algún lado, no seas aburrido —le dijo ella.

—Está bien —respondió él.

—Así me gusta —dijo Marcos—, ese es mi amigo.

Marcos sacó marihuana y armó unos porros. Miriam y Edmundo fumaron. Él de entrada se sentía un poco cansado, pero con las cervezas comenzaba a sentir que su cuerpo se revitalizaba. Observaba a Miriam y su risa dulce, y a Marcos elocuente y tierno como siempre. Nada había cambiado, el tiempo le dejaba ver a sus dos primeros amigos que seguían ahí. Por supuesto, ahora ella era su novia, pero nada había cambiado en ese estar pasando el tiempo de manera agradable. Afuera el aire seguía siendo bueno para sus pulmones, solo que ahora estaba cansado

de trabajar y de cursar. Siguieron así. En un equipo de música que era de Marcos y que le había prestado a Edmundo pusieron música y Marcos eligió sus canciones preferidas. El rock volvió a sonar en sus oídos y las cervezas y los porros seguían un compás chirriante pero benigno de las guitarras eléctricas, así eléctricos eran ellos y más Marcos que ya no fumaba marihuana armaba para él unos cigarros de pasta. No les importaba el olor a goma quemada, se abrazaban y estaban alegres y cada vez se abrazaban más, de a ratos Miriam se sentaba al lado de Edmundo y de a ratos se sentaba al lado de Marcos, y así los porros, la base y las cervezas pasaban y la música como un vendaval eufórico les hacía sentir que todo era posible. Miriam se acercaba y besaba a Edmundo, este tenía los músculos adormecidos y se dejaba estar en el sillón destartalado, luego vio que Miriam besaba a Marcos ¿pero acaso se besaban? Ya no entendía bien, la situación era caótica y extasiada, tan irreal pero a la vez algo estaba bien en esa geometría, en realidad debió ser así siempre. Sentía Edmundo que al haberse puesto de novio con Miriam había alterado una simpática geometría, sin embargo, le jugaba en contra algo del orgullo y un sentimiento incómodo le recorría el cuerpo, pero no podía hacer nada, su cuerpo lo abandonaba. Edmundo sentía que lo hacían beber y fumar como un muñeco de monigote y sus ojos se cerraban. A veces ya su bragueta estaba abierta y Miriam estaba sobre él y otra vez despertaba y Marcos estaba encima de Miriam y ella tenía cara de placer. Luego vino la mañana, como una ráfaga insoportable de realidad y de una sensación nunca antes sentida por Edmundo. Ella permanecía desnuda y dormida en el sillón. Marcos ya no estaba y no lo volvió a ver. Ellos siguieron en silencio. Nadie más habló del tema.

LOS VIAJES

Ni los viajes sirvieron, porque cuando los hicieron era porque Edmundo no quería perderla y ella estaba desesperada por irse a cualquier parte que fuera lejos. Entonces, primero se iban a lugares cercanos, a algunas provincias cercanas, donde pasaban algunos días y así parecían contener ese tedio que les daba estar juntos. No sabían ya de qué hablar y hacían los mismos chistes siempre y se reían de lo mismo. Miriam lo miraba y él representaba una cosa tierna, realmente tierna que se le iba de las manos. A veces quería dejarlo y lo pensaba varios días, pero también le tenía miedo a la soledad. Con él, al menos había aprendido a compartir cosas, a saber que también se puede reír y aburrirse, pero estar en tranquilidad. Tenía miedo también, porque con Edmundo las voces habían desaparecido, solo la habían molestado pocas veces y cuando la empezaban a frecuentar ella lo buscaba y entonces él no se daba cuenta, pero hablaba efusivamente de algún libro que estaba leyendo, y ella se distraía. Nunca supo de dónde le salían esas ganas tan buenas y sanas de hablar de libros, quizás por eso era tan saludable y andaba de acá para allá como un niño que quería descubrir el mundo. Ella también quería descubrir algo que la alegrara, pero

no sabía qué, ni dónde y por eso había decidido viajar y él iba por detrás penosamente. El último viaje fue a Bolivia y Perú. Ahí fue cuando los dos se dieron cuenta de que hay otras cosas, que hay otras realidades, que hay mercados grandes llenos de frutas, montañas, punas y selva. Y que por sobre todo hay cuerpos que se conectan a la tierra como hace miles de años los hombres sabían leer en ese lugar signos, pero no signos, me expreso mal, me expreso con palabras europeas, cosas, o señales o fuegos perdidos que laten en la tierra. Por ejemplo, Dionisio se caracteriza por ser un dios errante. El dios de las cosechas. El dios de las uvas y del vino. El vino en ese sentido es altamente erotizante, y, sin embargo, es como una simbología que él no entendía de la misma manera, quería sentirlo así pero él era un pobre joven del norte de Argentina, amando a una muchacha que lo había dejado de querer hace mucho y se daba cuenta, pero quería ser algo similar en esos viajes al Dionisio de los mitos, aunque le costaba verse así. Lo bueno es que en América Latina, el vino barato y malo se lo compra en cualquier negocio pero endulzaba sus almas que en esos viajes se despedían. No tenían mucho dinero para comprarlo, lo bueno es que no faltaba, en cualquier lugar de América Latina se hallaba. Lo toman los obreros, los estudiantes, los padres, las mujeres, los hijos, los trabajadores que vuelven al pueblo o que viven en las ciudades, en Bolivia, por ejemplo, los mineros toman vino, pero a esta apreciación se agrega una deidad y Edmundo ese día sintió un encuentro con esa divinidad que no era europea: el Tío. Cuando consiguieron un tour clandestino, a bajo costo para ver las minas en Potosí, lo vio, vio sus ojos rojos y su mirada viva. Esto lo recordaría mucho tiempo después y con la misma vivacidad, al principio lo invadió un sentimiento de terror, alguna fobia había despertado esa

entidad en su pobre cuerpo y hasta la palabra fobia lo remitía a la psicología occidental, pero no tenía otro término disponible, y Edmundo sentía esto en pleno Bolivia en la altura, con la puna tapándole la respiración, con todo el cuerpo molesto, la fobia y Dionisio lo perseguían porque estaba errando con Miriam. En un momento, en un pasadizo de la mina que estaba oscura y bajo tierra, sintió que se podía desprender la tierra y quedar atrapado como los cientos y miles de mineros que habían perdido la vida en esas minas desde que los españoles las habían usurpado y usurpado la libertad de esos hombres. El miedo le venía porque la voz del guía de la excursión explicaba que eran incontables los cuerpos atrapados en las minas bolivianas y hasta sintió que esas presencias, esos gritos incrustados en la tierra, estaban allí latiendo en las vetas saqueadas de la mina. La entidad, el Tío, solo representaba una figura enana de ojos rojos a la que los mineros le daban de coquear y fumar, y le pedían que la tierra no los sepultara, pero también pedían riquezas. ¿Por qué?, se preguntó Edmundo. ¿Por qué debía él pensar todas estas cosas con palabras europeas? Bolivia debía tener otros términos y los tenía, tenía una lengua que habían hablado los incas pero él sentía que a estas alturas aprender la lengua era tarde, él ya era grande y tonto siguiendo a una mujer delicada y triste. El quechua que la gente hablaba en los mercados no le era accesible y se lamentaba seriamente de haberse esmerado en la universidad tanto por el latín, el francés o el inglés. Para su horror, debía volver a un punto en el que nada lo atrapara en sus redes universitarias. El Tío era algo terrible, podía dar riquezas, podía sepultar, había que pedirle permiso para entrar a la mina. Él estaba aterrado, pero cuando pasaron por un corredizo debían ir agachados y él estaba muy agotado, entonces le pasaron vino y sintió como si fuera

un alivio, como si el Tío le hiciera un guiño o una seña para que dejara de preocuparse y de penar. La vio a Miriam porque iba delante de él y vio cómo ella se agachaba y en su espalda estaba la tierra toda apisonada. La deseó como nunca. Estaba perdidamente enamorado de sus ojos, y ahora de sus nalgas blancas en la tierra negra, se imaginó que si la desnudaba en la tierra oscura y le hacía el amor así, podía volverse loco de la felicidad, aunque muriera agitado por el mal de montaña.

Pero ya había pasado aquello, entonces ahora le quedaba contar estas cosas con bronca y resignación. En la entrada de una de las minas, no recordaba bien, había alcanzado a ver a ese siniestro hombrecito petiso, su deformidad. Bolivia a partir de allí representó para Edmundo la verdad. En Argentina, la gente quería negar su pertenencia a lo latinoamericano, las oleadas de inmigrantes españoles e italianos en el sur de Argentina le habían dado al norte la ilusión de ser un tanto europeo, pero el norte está más cerca de Bolivia y se parece más, y Bolivia para Edmundo era la verdad, sus familiares le habían hecho sentir vergüenza de su cara, con más rasgos coyas que europeos, pero allí, por primera vez, sintió que encajaba con su cara redonda y sus pómulos salientes. Quizás debía averiguar su origen, pero luego comprendió que la genealogía era cosa europea también, y él solo quería soñarse de la tierra. Pero no tenía palabras para expresar eso, sentía que la universidad lo estaba deformando, tenía, tristemente, para todo parámetros europeos, y se sentí feliz de querer renunciar a ellos. Miriam estaba incómoda, los mercados enormes de Bolivia y sus olores a condimentos y fruta la exasperaban, seguía siendo una chica que al volver al hostel quería ponerse cremas y sacarse el olor a mercado, a comida, a fritura y a calles con verdura y cáscaras de frutas tiradas. En cambio, Edmundo sentía por primera vez que

quería ser eso parecido al Tío, y en su miedo se dio cuenta que se trataba no de un miedo a ser sepultado, sino de un miedo de abandonar para siempre lo europeo, un miedo a querer olvidarse de que sus estudios de letras estaban tan lejos de ese aire de la mina y que si elegía la tierra debería peregrinar y aprender quechua, y vivir como la gente simple. Pero asumir la verdad es nacer de nuevo, y se arrepintió. Un terror de hundirse en la mina de su extrañeza, en la profundidad de otro vientre lo invadió. Sintió que el Tío se había enojado con él. Por eso salieron rápido y él argumentó que se estaba quedando sin aire. Con los días, sintió vergüenza y otros sentimientos mezclados. Miriam estaba cada vez más incómoda con el viaje y cuando llegaron al límite con Perú, Edmundo sintió todas las emociones entreveradas, pero una, en realidad, era la más fuerte. Una especie de orgullo que nunca había tenido. Quería volverse a Argentina, sintió que Bolivia era la cifra que condensaba sus preguntas, sus búsquedas. Que si existe la soledad, existe en esos parajes inhóspitos y no en la ciudad. Se supo exitoso, estaba terminando la carrera y había sido un tonto al seguir a Miriam, se dio cuenta de que él tenía una ventaja con respecto a ella y a Marcos. Él estaba por alcanzar algo que quizás lo salvaría en la ciudad. Pronto dejaría esa vida pobre y tendría un sueldo y eso le aseguraría dinero, bienestar, y si quería hasta podía buscarse una mujer que quisiera que la mantuvieran. Entonces, a qué hacerle a esa relación. El Tío le había enseñado un valor. En un hotel cualquiera le dijo:

—Me vuelvo, yo no sigo, un día volveré solo a hacer este viaje. No estoy preparado todavía para tamaña verdad.

Miriam se preocupó, y le vio por primera vez la mirada que pensó que él tendría hace mucho tiempo atrás, era una mirada de

rencor mezclada con desprecio. Había desaparecido todo gesto de tristeza que había tenido desde que el viaje había empezado.

—¿No vas a ir a Perú?

—No.

Edmundo se quedó parado como un chico empacado que no quiere seguir caminando.

—No te preocupés —dijo Miriam—. Yo tampoco quiero ir.

—No. Yo no sigo en este viaje, ni en ninguna cosa. Ya no quiero que estemos juntos. Me vuelvo, vos seguí.

Miriam sintió que algo estaba pasando. Algo extraño, Edmundo se arrepentiría seguramente de lo que estaba diciendo, porque a ella en el fondo la decisión de Edmundo la libraba y quizás Edmundo había entendido que eso ya no tenía vuelta. Luego todo siguió en silencio. No hubo llantos, ni reproches. En la terminal, Edmundo comenzó su viaje de regreso y vio cuando el colectivo de Miriam se iba a Perú. Era verdad, después se arrepintió, pero sabía que había tomado una decisión correcta. Le dolía mucho el alma, le dolía como si fuera un niño solo, pequeño, se acordaba del viejo, de su abuela, de aquellas cosas que había olvidado hace mucho y volvían las voces, *“Andá a buscar la vida”* ahora se lo repetían en el colectivo cuando estaba volviendo a su casa para buscar eso que había olvidado. Tal vez el Tío le había dicho una palabra que él no entendía, pero era lo mismo, debía buscar la vida de nuevo, empezarla donde la había dejado.

LA ROCA

Cómo haría para borrar el recuerdo de que a su amigo lo sacaban por partes? Lo desenterraban y él quería ubicar la carne que faltaba en esa osamenta. No era eso ya. La grandeza de su amigo no podía estar reducida a esos huesos dispersos y olorosos.

En la temporada en que lo conoció, observó que estaba mal alimentado, la vida desordenada que llevaba, lo poco que le duraban sus relaciones. En la noche del 24 de diciembre del 88, muchos que no tenían familias con quien festejar se congregaron para celebrar Navidad en el bar “La Roca”. Esa noche, el rey de la fiesta fue, sin dudas, Charly, que hablaba en voz alta y brindaba con euforia. Como si eso de encontrarse con otros solitarios le diera un sentido distinto a su noche. Él estaba sin querer cerca de Charly y este le invitó una cerveza.

—Acercate, hacete amigo.

Ese gesto inesperado le hizo dudar, había escuchado que no era un buen tipo. Aceptó el trago y luego pagó varias cervezas. Volvió a su casa sin dinero, pero le alegró haber gastado su

dinero hablando de cosas que le interesaban. Era estudiante de literatura, conocía algunos de sus relatos, y reconocía su talento. Cuando él le refirió a Charly esas lecturas a este se le dibujó una sonrisa grande y le preguntó:

—¿Escribís?

—He intentado, pero son escritos muy malos.

—Está bien entonces que estudiés —le dijo Charly—, leer es más saludable.

Las cervezas circulaban por las narices de todos, el lugar se había llenado de personas y algunas mujeres bailaban y tomaban alegremente por los espacios iluminados con diferentes luces que ahora se habían encendido y le daban al lugar la apariencia de un baile.

—He escrito algunos análisis de obras, y he publicado ensayos en la universidad.

—¡Muy bien! —le contestó Charly palmeándole la espalda Para publicar se requiere de valentía ¡Brindo por eso!

Esa navidad fue inolvidable, un escritor le daba confianza de buenas a primeras. Se siguieron viendo, y cuando Charly se enteró de que era un estudiante del interior, lo invitó varias veces a comer a su casa, hasta que un día le propuso que se fuera a vivir con él. Entonces llevó sus cosas y se instaló. No pensó en ese momento que el beneficio de no pagar un alquiler tendría sus costos. La vida disipada de Charly lo pondría más adelante en situaciones molestas. Recordó que a veces estaba durmiendo y Charly llegaba ebrio a contarle el argumento de su nueva novela.

Pero lo peor comenzaba las noches en que él estaba estudiando en su cuarto ya de madrugada y se escuchaba que Charly entraba a las risotadas con algún amigo, luego se metían al cuarto. Él no podía concentrarse pues desde su pieza se escuchaba todo lo que hacían. Al principio se quedaba allí callado pero con el tiempo cuando lo veía llegar salía antes. Caminaba hasta la puerta, encendía un cigarrillo y andaba unas cuerdas por las luminosas calles del barrio. En el invierno eso era menos divertido por el frío. De todas formas, agradecía el hecho de que Charly lo dejara vivir en su casa sin cobrarle nada, lo agradecía limpiando y cocinando para que Charly pudiera escribir tranquilo. Se acordó de que otro de los beneficios que obtuvo viviendo en esa casa era que podía leer los libros de la biblioteca. En el último año de su carrera, se le ocurrió que podía escribir su tesis sobre la obra de Charly. Tenía todos sus libros a disposición, hasta sus manuscritos. Quizás con ese regalo pagaría todo. Charly se pondría tan contento de que él lo homenajeara de esa manera... Se dispuso entonces a averiguar las posibilidades de llevar a cabo ese estudio. En la universidad le dijeron que la idea era buena.

Una noche, Charly llegó afligido. Él ya estaba por irse a dormir. Lo vio sentarse y sacar del cajón del escritorio un alto de hojas manuscritas. Lo miró y le dijo:

—¿Te conté que estoy escribiendo una novela?

—Sí, Charly, esta es la décima vez que me lo decís —dijo con una taza de té caliente en las manos y sonriéndose—. También me dijiste que se trata de un obrero que sueña con escribir.

—Sí, de eso se trata, es de un obrero que es pobre ¿te das cuenta?

—Creo que sí, tu novela es algo socialista.

—No, no —se apresuró a decir Charly—. No es una novela marxista, ni socialista, yo no puedo escribir así, no creo en eso, no sé si existe una literatura de esa clase —dijo Charly y siguió revisando su manuscrito.

—¿Cómo que no? —le preguntó admirado.

—Existe la literatura —contestó sin preocuparse demasiado—, es lo único que tenemos, después están los intereses, las interpretaciones y lo que se pueda llegar a decir, pero la virulencia de la literatura consiste en hacer estallar las convicciones. Si la literatura tiene algo que hacer es traicionar al mundo y sus posibles reivindicaciones. Por ejemplo, uno se emociona cuando lee un escritor conservador y que sin embargo crea un mundo distinto al que quería justificar. La belleza nos traiciona. Uno se da cuenta de que esos autores ni sospecharon que estaban destruyendo sus convicciones políticas.

Él se tranquilizó pensando que su amigo era un artista y que no podía entender algunas cosas, por eso daba esos argumentos tan endeables.

—Pero, ¿acaso pensás que las obras que buscan un cambio social no sirven? —le preguntó con ánimo de discutir.

—Que la literatura tenga una causa específica es un problema. Cómo explicarte. No puedo precisarlo, pero hablo de una traición interior que tiene que habitar a toda literatura, como si algo se desarticulara todo el tiempo en una buena obra, sin importar de lo que habla. Esa desarticulación es por sí misma la belleza —Charly no supo cómo seguir llevando

esa conversación. Se quedaron callados, recordó que él se fue a dormir un poco molesto con la postura de Charly. Lo siguió escuchando renegar un tiempo largo en su escritorio mientras revolvió los papeles.

EL NIÑO

Estaba asustado, era un miedo que incluso tenía olor. Cuando se le hacía que lo estaba buscando el Toro se le erizaban los pelos de la espalda y de su cuello subía olor a transpiración caliente. El padre le regaló un auto. El miedo lo había llevado a decirle que volvería a la carrera de abogacía, solo así podía cambiar sus recorridos y no ser agarrado. Lo mandarían, seguro, a estudiar a Córdoba o Tucumán. Marcos sintió que no le hacían ningún favor regalándole el vehículo, era como castigarlo por su mentira descarada. Deseaba profundamente que desapareciera toda su familia de golpe para que a nadie le pasara nada; en algún momento lo iría a buscar. Ya habían muerto dos de la plaza, un flaco llamado Chusco y el Farko. Al Farko lo habían encontrado en un canal, lo habían ahogado, en el diario la foto lo mostraba con los ojos abiertos y todo flaco. O sea que el Toro pronto aparecería a cobrarle lo que debía. No entendía qué estaba pasando y tampoco quería ir a averiguarlo a la plaza; además poder darle dinero al Toro no era garantía de nada. Porque uno de los flacos se había enterado que los buscaba a todos por igual y les pedía dinero y luego los reventaba a golpes. Al Toro no le importaba el pago, quería matarlos. Eran los residuos de

la pasta lo que hacía a estos sujetos tan frenéticos, les quitaba el hambre y les insuflaba ansiedad. A Marcos tampoco le importaba ser el rey de las fiestas, ni que se le acercaran las chicas. Pensaba en la pasta. Tenía miedo de ir a la plaza porque ahí estaba el Toro y él no sabía cómo decirle que le iba a comprar y pagar lo que debían los flacos sin problemas.

Marcos había descubierto que el padre tenía una caja fuerte en su pieza, la clave estaba en una anotación en uno de los escritorios, siempre lo había sabido, pero nunca había querido arrebatarle nada. Ahora era distinto, podía matar por un poco de pasta. La ansiedad se le mezclaba por momentos con lo que le quedaba de razón y entonces le agarraba un miedo de chico al que lo muerde un perro. Pensó mucho antes de ir a buscar más pasta y dio vueltas y más vueltas hasta que se decidió a pesar del miedo. Llevaba una semana sin consumir nada, vivía con los requechos que conseguía de vez en cuando esquivando dificultades y haciéndose humillar. Esa mañana tomó valor y fue en el auto a buscarlo. Algunos que estaban ahí lo reconocieron y lo miraron mal, él andaba en el auto despacio, por fin aparecía en su verdadera forma de chico rico y los otros lo sentían como un insulto. En una de las esquinas preguntó por el Toro. Le dieron la dirección, ya sabían para qué iba. Llegó a una casa de la villa que parecía estar abandonada, dudó un momento antes de bajar del auto. Cuando tocó la puerta esperó alrededor de 15 minutos afuera, salió por una ventana sin vidrios la imagen imponente del Toro, estaba despeinado, pero no parecía haber estado durmiendo. Lo vio un poco más flaco. Al instante salió y miró el auto. Luego lo miró a él. Esta vez lo saludó y cerró la mandíbula como un perro de porte.

—¿Cómo estás? Me imagino que venís a dejarme la plata.

—Sí —dijo Marcos—, pero también quiero comprarte más.

—Estás loco, pendejo— le dijo el Toro. Ya me deben mucho como para querer más.

—¿Cuánto es?

—Son cinco mil —dijo el Toro.

Marcos pensó que iba a ser más, por ello se contentó.

—Te pago eso y dame mil más, ¿puede ser?

El Toro entró a la casa nuevamente, no tardó mucho y salió con una bolsa de polietileno llena de bolsitas negras. Marcos sentía el alivio inmediato de sus sensaciones corporales con solo ver las bolsitas. Sacó el dinero y el Toro se quedó conforme. Marcos había pensado que iba a ser más difícil, y hasta pensó en que el Toro lo iba a golpear. Podrían haberle arrancado los dientes y quitarle el dinero o romperle el auto, y nada de eso. Entró al auto, arrancó con miedo de que el Toro lo emboscara y le quitara el resto del dinero que llevaba y que repondría inmediatamente a la caja fuerte. Los padres tardarían mucho en darse cuenta, porque era dinero para emergencias, hasta eso pensaba que lo devolvería de alguna forma. Ya vería. Conseguiría un empleo o algo, pero lo sacaría de alguna parte, no sabía si eso lo estaba pensando o era un engaño de su cerebro. Comenzó a acelerar, su corazón latía demasiado rápido, estaba ansioso y quería llegar de inmediato, pero midió y le faltaban algunas cuadras, porque debía dar todo un rodeo, ya que algunas de esas calles estaban clausuradas o eran peligrosas, así que para llegar

sano debía elegir bien el camino. Nuevamente lo envolvió la sensación de estar siendo perseguido. Mientras aceleraba por una de las esquinas divisó un auto de la policía y se le hizo que los policías lo miraban, entonces contuvo sus ganas de acelerar al máximo, pero otros autos lo hacían sentir que verdaderamente lo estaban por atrapar y él debía mirar para atrás a cada rato para que no lo interceptaran. En la parada de un semáforo sintió el terror de ver un Ford Falcon estacionado con hombres adentro conversando de manera seria. Se le hizo que estaba lleno de policías de civiles, porque así se lo contaba su padre, y le había descrito muy bien muchos operativos que hacían los de inteligencia de la brigada para infiltrarse o para averiguar cosas. La parada del semáforo le pareció interminable y los hombres del Falcon comenzaron a mirarlos todos al unísono, y cuando la luz roja terminó, Marcos, como un loco aceleró a todo lo que pudo y su auto nuevo rayó las ruedas en el pavimento como si copiara la escena de una película. Mientras aceleraba, miraba hacia el Falcon y se iba alejando rápidamente, sintió un golpe y un tumbo en su rueda delantera izquierda que lo hicieron saltar. La sensación al principio fue de incertidumbre, clavó los frenos y el auto tardó en parar, también pudo sentir como si arrastrara algo en las ruedas, como si supiera que algo delicado había agarrado. Deseó con toda su alma, con todo su corazón, que fuese un perro. Cuando bajó del auto, la sangre empezaba a hacer un charco y una señora gritaba horrorizada. El charco era pequeño al principio, luego fue manchando la calle, se agachó con violencia para ver si podía salvar algo. Miró y había un niño, sus ojos todavía estaban abiertos y respiraba con dificultad. Luego se quedó inmóvil, sus ojos parecieron haberlo fotografiado con la última luz de su mirada pequeña. En ese momento, también

escuchó los gritos de otros chicos y de la gente que salía de la escuela. Una maestra gritaba y temblaba para que alguien sacara al niño, pero tuvieron que esperar a la policía y la ambulancia. Él estaba inmóvil, no podía pensar, ni sentir nada, era como un muñeco de plastilina. Había un niño muerto debajo del auto que hacía un mes le habían regalado. Cuando llegó la policía, encontró varios paquetes de pasta debajo del asiento delantero.

EL REGALO DE UN AMIGO

Qué hubiese pasado si Charly no hubiese muerto? Tal vez él no se hubiera recibido nunca, porque estaba muy cómodo en la casa de Charly Cepeda. Por el costado, al salir, lo alcanzó una de las hermanas del escritor, lo reconoció a pesar del tiempo. Ella sabía que él trabajaba en la universidad. Era extraño, en esa provincia todos sabían la vida de todos.

—¿Cómo estás?

—Muy bien.

—Sé que das clases de Literatura en la universidad. Te quería pedir un favor, si es que no es mucha molestia, si podés miralo como un agradecimiento por los favores que te hizo mi hermano, ¿podés difundir su obra en la universidad? Con mi familia hicimos una segunda edición, después de muchos años de la primera, y tenemos muchos libros, así que, si podés, te los damos y vos los vendés allí, o los dejás en algún lado que los chicos los puedan comprar, ¿te animás?

La mujer dijo esto, y parecía una imposición más que una pregunta, a él le volvió el tiempo atrás y se sintió pequeño, como

ese estudiante que se dejaba imprecisar por Charly y antes de decir que sí, le vio la frente a la mujer y la vio igual a su amigo, por un momento la confundió. Fue saliendo por la entrada del cementerio y el olor a flores muertas le revivió escenas dolorosas.

Recordó que, con el tiempo, Charly había intensificado sus salidas nocturnas. Cuando volvía se sentaba a escribir y a veces amanecía allí dormido. Lo notó delgado. En algunas ocasiones no regresaba a dormir por varios días. Cuando volvía dormía mucho, después se levantaba, comía unos bocados y volvía a su escritorio a tratar desesperado de armar ese manojito de papeles en el que se había empeñado, como si supiera que le quedaba poco.

—¿Sabés, amigo? —le dijo una noche en la que él se acercaba a ofrecerle café— qué bueno que no escribás. Cuando te recibás vas a ganar dinero y vas a leer.

—Te veo muy flaco, Charly.

En las madrugadas, cuando llegaba, encendía la luz y él escuchaba los murmullos de su voz que repetía lo que estaba escrito en esos papeles. A veces podía entender algo de las descripciones de ese obrero que golpeaba hierros y doblaba alambres para hacer grandes columnas rellenas de concreto y que deseaba escribir al llegar a su hogar.

La noche del 13 de octubre de 1989, llegó Charly empapado por la lluvia, en ese momento estaba memorizando un manual de gramática castellana.

—Tenés que ver —le dijo Charly— escribí uno de los capítulos finales de mi novela. Es un capítulo maravilloso, el

obrero se cae de la bicicleta. Todos los días hace el mismo camino pero alguien dejó al costado de la calle unas maderas pesadas y oscuras. Él no las ve esa madrugada, se cae y se golpea duramente. La ciudad donde vive es muy linda, es una ciudad semiindustrial donde hay todavía mezcla de barrios y de empresas metalúrgicas. Imagínatelo. Entonces llega tarde y en el trabajo le ponen una tardanza. ¿Sabes lo que significa eso? Significa que no le creen que se haya golpeado, o no les importa, y él tuvo que caminar muy lento, porque le dolían las extremidades. Siente mucha impotencia. Él sabe que a sus compañeros les pasan cosas similares pero nunca dicen nada. Él podría escribirlo, denunciar esa situación en un diario o en un libro de cuentos. Sin embargo, está demasiado golpeado y cuando llega a su casa a pesar de su fortaleza física, no puede pensar en nada, ni escribir una frase. ¿Lo ves? —dijo esto y él le vio los parpados cansados. Le advirtió con preocupación:

—¡Te vas a enfermar! Andá a cambiarte.

—Ese hombre es fuerte. Es un obrero que levanta cosas pesadas todo el tiempo, pero no tiene fuerzas para escribir, y me ves acá sentado. Las fuerzas de mi cuerpo se están escapando y escribo mucho más ahora. Mirá mi cuerpo.

Charly abrió los brazos y se veía que había perdido mucho peso en esos meses.

—Trasnochás mucho, es por eso que estás adelgazando —contestó él.

—Puede ser, amigo —le dijo—, pero a lo que voy es que el obrero quisiera tener la fortaleza para armar unas páginas, y sabe

que la vida se le está yendo en su trabajo que le devuelve dinero para su familia y para nada más.

Esa noche antes de irse a dormir, él le llevó a Charly té y panes a su escritorio, pero Charly solo aceptó el té. Cuando al otro día volvió de la universidad a la tarde, Charly estaba muy afebrado en la cama. Quiso llamar a un médico, pero Charly se lo impidió:

—No te preocupés, mañana me voy a poner bien.

Esperó hasta que Charly no se pudo parar de la cama. Entonces una ambulancia lo llevó y lo internaron. En dos meses, la piel de la cara se le había pegado a los huesos y los ojos saltones le daban una expresión de sorprendido todo el tiempo. Intentaron curar su pulmonía, pero fue en vano. Tosía hasta tener arcadas. Y cuando paraba de toser se reía un poco y decía:

—¿Ya ves, amigo? Ahora me parezco a Paul Cézanne ¡qué orgullo que siento!

Luego de su muerte, se enteró de que Charly tenía familia, pues vinieron a examinar el tema de la casa en la que vivía. Al parecer la familia tenía propiedades desparramadas por la ciudad, y la casa en la que habitaba el escritor era una de las tantas. Supo que tendría que resolver la vida solo, como antes. Se fue a alquilar una modesta pieza en un barrio y terminó sus estudios dos años después. Se recibió con una tesis sobre un autor francés. Supuso que no tenía sentido el regalo de hacer un estudio sobre Charly cuando él ya no podía leerlo. De eso no se arrepintió, sí de no haber sacado el manuscrito de la novela del cajón antes que se llevaran todo. No supo del destino de los muebles de la casa, ni

de ese escritorio donde estaban los manuscritos. Fue lo único que la editorial no publicó.

Comenzó a caminar despacio, un susurro le creció en la cabeza al recordar el escritorio y la sonrisa de su amigo:

—¿Sabés? Estoy escribiendo una novela. Se trata de un obrero, es mi mejor novela.

EL TIEMPO

A sí es que las estaciones y la universidad cambiaron. Si en un inicio, la muerte de sus dos progenitores, el padre de Edmundo y la madre de Miriam, les dio un lazo, o algo a qué sujetarse, ya nada los anudaba. Y no era porque él la había dejado de amar, era porque ella nunca lo había llegado a amar. Tal vez el tiempo exacto que habían pasado juntos fue el de tres años. Habían comenzado casi al final del primer año de la universidad y habían terminado ya para el final del tercero. ¿Por qué habían comenzado tan animados y terminado con tanto cansancio? Ella sentía que era la más beneficiada. Lo vio muchas veces esperarla durante mucho tiempo, para ver si se arrepentía y volvían; la esperaba afuera del trabajo, cuando ella volvió de Perú, porque ella también había empezado a trabajar luego del viaje y se había alejado de la facultad. Tanto tiempo, tres años compartiendo panes, té, comidas, cama y no era suficiente para nada, o puede que era lo óptimo, pasar a otra cosa, como había hecho ella. Por su parte, Miriam sentía que había estado bien pero era necesario hacer otra vida. Su relación con Edmundo había sido un trampolín a otras experiencias. Se había dado cuenta de que podía viajar. La historia para ella estaba acabada. Quizás también

porque en el fondo sentía cierta envidia de que a Edmundo le iba bien en las materias de la facultad y ella no podía terminar con las de segundo. A pesar de que le gustaba la lectura, le costaba tener disciplina y pasaba mucho tiempo pensando en salir e ir a fiestas. Él, en cambio, a pesar de estar con ella, se daba su tiempo para estudiar y se había vuelto metódico. Entonces ya había terminado el cursado del año, listo para rendir finales y terminar limpio. A pesar de que ella lo había atrasado proponiéndole lo del viaje a Perú y acusándolo de descortesía y de poco compañerismo. Pero, como decía, ella había descubierto con él que podía hacer cosas que le parecían imposibles y ahora, también podía gozar y disfrutar de su cuerpo sin sentirlo como algo extraño. Le preocupaba solo el hecho de que las voces se habían incrementado desde que habían terminado, y que ahora ya no la dejaban de molestar. Algunos días la molestaban constantemente y había pensado ir al hospital, pero siempre desistía. Debía descansar, era todo, descansar y las voces dejarían de molestarla.

LOS DÓLARES

Si se le preguntaba todo lo que había perdido, no podía cuantificarlo. El amor que le había tenido a su cosecha era de la naturaleza de los amores que todo lo mezclan. La cosecha significaba para él tener a su alcance placeres que solo para él significaban algo y eran su tesoro. Su labor no se reducía solamente a mandar a los hombres a sembrar o cosechar, era todavía mucho más ardua e incansable. Debía asegurarse de que la finca no quebrara. Su mujer lo observaba preocupado, o interpretaba eso porque le convenía. Él se sonreía al pasar, aunque las gotas de sudor lo desmentían. Ella nunca había demostrado amarlo. Él bien presentía que así era, pero le bastaba con poco. Caminaba toda la tarde calurosa por las tierras fértiles de su finca. En el sol y a la distancia, se quemaban los animales en las ráfagas de calor sofocante, pero eran espejismos, pues al volver la mirada estaban intactos soportando el sol sobre sus lomos. Sabía que al volver la encontraría tendida en la hamaca paraguaya que habían comprado al viajar por ese país, la hallaría confundiendo su cuerpo con las pesadas formas de los cerros grises y verdosos. Los cerros se dibujaban detrás de sus caderas duras como una prolongación de sus huesos en ese valle inmóvil. Era mejor eso que la soledad.

La plantación había sido de sus abuelos y luego de sus padres, pero pronto a ellos los maltrató la enfermedad. Le dejaron la finca y el dinero necesario para que su imagen no perdiera prestigio, por eso al poco tiempo de morir sus padres, recibía invitaciones a reuniones de familias que pretendían acomodarse. En una de esas cenas, conoció a su mujer, la hija de una familia de abogados que anhelaba ascender al menos su estatus por medio del apellido del muchacho. A él le parecía que era mucha fortuna la suya, que le ofrecieran una joven fresca y deliciosa. Sus padres la dejaban con él a solas en las noches en las que él iba a visitarla a su casa en la ciudad. Con esa facilidad con que la había adquirido, no le parecía extraño que con el tiempo ella decidiera tirarse todo el día en la hamaca, como si desde siempre hubiese tenido una voluntad abyecta y pasiva.

Desde las cosechas anteriores, los pimientos peligraban por una agresiva bacteria que había acabado con las plantaciones cercanas, pero esas cosechas estaban alejadas de la suya, de todas maneras, no sabía si podían llegar a su plantación. Si se decidía a plantar pimiento y su cosecha no se afectaba, podría vender a un precio considerable su producto. Seguramente nadie plantaría pimiento ese año. Pero de atacarlo la peste, perdería todo. Confiaba en sus últimos ahorros para comprar las semillas, para pagar a los empleados y para iniciar la plantación con todos los procesos que implicaba. Si perdía la oportunidad, dejaría inmediatamente de tener la vida que llevaba, tendría que vender las tierras por nada y, en segundo lugar, perdería a la mujer que amaba. Los pesados cerros que lindaban a su propiedad lo ponían a cavilar tardes enteras. Era como si la pesadumbre y la lentitud de su pensamiento se asemejara a ese abultamiento aplastado de la geografía. Si tan solo hubiese sabido qué es lo que tenía que

plantar. Llevaba la finca de manera azarosa, a veces intuyendo, otras consultando a los empleados que eran lugareños, pero le informaban con desgano, nunca lo habían sentido parte del pueblo.

En la pequeña acequia que pasaba por afuera de su casa él observaba a veces cómo su mujer mojaba las piernas, que se adentraban en el agua fría y mientras ella levantaba su vestido de bambula para no humedecerlo, caían las gotas de sudor desde su frente que repetían el temor de perderla. Sabía que ella era un precioso espécimen de la holgazanería, la miraba siempre tirada en la hamaca a la hora de la siesta, pero, a su parecer, eso la enaltecía como una fruta rojísima que prefiere pudrirse a ser mordida. Luego de ver esa escena esperaba la noche, llegar al lecho y extender la mano a su entropierna, luego insistir, moverse e insistir hasta que ella lo dejara que se subiera encima y la atravesara como un arado tosco. Algunas noches, luego de complacerse en ese juego, deseaba que todo eso no dependiera solo del sembrado.

LA APERTURA AL CUERPO

Miriam cruzó la calle admirada de las luces que todavía no se habían apagado. Ya era de día, pero era invierno entonces, y las luces se apagaban más tarde. Todo parecía irreal, ¿existe algo real acaso? Era una intuición que le venía, a su edad y en su soledad la vida no era ni real, ni verdadera, era solamente vida, que se debía tomar como un agua o realizar como una acción. Ella no quería ser parte de esa masturbación mental de la academia, tal vez, por eso había dejado la facultad, para comprobar cómo era realmente la vida. Y la vida, para ella, podía ser el sexo, lo pensaba y cada vez estaba más segura. Buscaba su centro y su borde en el sexo, porque era lo único que le devolvía un gusto y recuerdos ciertos, el resto se le pasaba como otra agua de un río al que no podía acceder. Sus ojos estaban irritados, se le hacía dificultoso ver las calles en el regreso a su casa. El colectivo iba muy lento y temió dormirse, pero ya estaba otra vez en su barrio, por suerte. Y caminaba pensando en su cama. Pensó entonces que enloquecer podía ser algo sencillo como ese pasaje a otra vida, a otras vivencias. Había bebido mucho, todavía tenía la vagina irritada de haber estado con tres hombres en el mismo cuarto. Era la primera vez que experimentaba ese

disfrute un tanto incómodo. Cuando ellos se disponían a mirarla mientras gozaban, ella debía tranquilizar su ansia y los gestos porque le daba vergüenza. Ahora mientras cruzaba las calles pensaba que tenía un secreto y que al llegar a su casa no tendría a quién escondérselo. Era tonto, porque siempre se necesitaba de alguien a quien ocultarle cosas y su madre ya había muerto. En la vereda se cruzó con una vecina que llevaba un niño en los brazos. La saludó y el niño se rio. Eso era todo. La vida estaba pasando simple y el estrago de sus fines de semana no eran más que signos de un decaimiento que no precisaba, pero que no tenía nada de extraordinario. Desde que se había peleado con Edmundo, no había vuelto a tener una relación estable, pero tampoco lo necesitaba, no sentía, como algunas mujeres que observaba, la necesidad de tener un hombre al lado, ni en su cama. Quería en realidad sentir la vida, eso era todo. Ahora que todo le parecía simple, como un delgado límite de frontera que nadie vigilaba, donde se podía estar, o salir. Se le hacía que la vida era toda de sensaciones y que, sin embargo, nada era extraordinario. Primero había parecido un juego extraño, el lugar estaba por cerrar, solo quedaban ella, dos amigas más y los dueños del negocio. La gente fue saliendo y ella nunca entendió por qué se había quedado cuando sus amigas estaban yéndose. Entonces uno de los que atendía la barra le dijo que se podía quedar y ella se quedó tomando con tres muchachos que comenzaron a hacerle bromas eróticas. Pensó que por una vez podía dejarse llevar por la borrachera y las ganas, que no eran de ella, sino de los muchachos que estaban sedientos de su cuerpo y de la noche que terminaba con los efluvios del alcohol. Entonces uno de ellos se le acercó y la besó. Los otros se quedaron parados y atentos para ver qué era lo próximo, hasta que ella, mientras el primero la tocaba, miró

a los otros dos y con la mirada los acercó. En pocos minutos los cuatro estaban desnudos en una pieza pequeña que se parecía a un depósito, pero no importaba porque había dos camas. No había posibilidad de que ella no gozara, el cálculo era matemático, por más que uno o dos acabaran de manera repentina como le ocurría cuando ella era la que proponía coger, esta vez uno de los tres seguiría haciéndola gozar hasta el final del trayecto, que no sabía nunca cuál era. Pero no podía dejar de pensar en la cara de esos muchachos moviendo sus cuerpos encima de ella y los sexos atravesándola o rozándole la cara y se daba cuenta de que el pudor también habitaba allí, en la incomodidad de los muchachos que no querían ni rozarse entre ellos, ni mirarse a los ojos y que incluso no podían sostener la mirada mucho tiempo con la de ella por miedo a perder la erección.

El cuerpo está atravesado de infinitas sustancias. El cuerpo es una cápsula en derrames lleno de vergüenza. Entró a su casa, la puerta estaba abierta. Por el pasillo quiso que su madre estuviera esperándola, aunque fuera para insultarla. Prefería eso a la ausencia total:

—¿Cómo estás, mamá? —dijo ella con la sonrisa cansada a una silla vacía que solía ocupar su madre.

Salió por un pasillo que conectaba las piezas y en su cuarto se dejó caer en la cama sin cambiarse. Soñó con una enfermera flaca, con los pómulos hundidos, que le decía que no encontraba sus venas. Ya es hora de comer, dijo la madre, pero ella se dio cuenta inmediatamente de que su cabeza la quería complacer con cosas que ya no existían. Tenía un gusto amargo en la boca, tal vez había dormido 5 o 6 horas, pero le llevó muy poco tiempo despertarse y volver a andar. Así se le había vuelto todo,

desde el sueño a la vigilia no tenía márgenes importantes, todo se le estaba volviendo continuo. Se fue al baño, se lavó la cara y se cepilló los dientes. Todavía la enfermera flaca estaba en su cabeza con las jeringas, o no sabía bien dónde estaba, y mientras cerraba los ojos ante el espejo y ahuecaba las manos para cargar agua, sintió nuevamente a la enfermera, *“no encuentro las venas”*, parecía estar afuera, porque ella no había cerrado bien la puerta y entonces la voz entraba sin dificultad. Abrió de nuevo los ojos y allí estaba, todavía joven y fuerte. Sabía que era atractiva. Tenía los ojos verdes y la piel todavía tensa. Por algún lado entraba olor a comida de la casa de un vecino, pero no podía pensar mucho en alimentarse por efectos de la resaca. Bajó la cabeza, escupía la pasta dental y sabía que la vida tenía una consistencia de espuma y suciedad como la pasta mezclada con su saliva deslizándose lentamente hacia aguas residuales. Todo se volvía abierto *“tus venas, no ensarto las venas, no hallo”*. La enfermera perdía la paciencia. Todo desembocaba en algún lado, pero ahora lo sentía en su cuerpo. Tenía la perfecta percepción de estarse diluyendo.

LOS DÓLARES II

Todo había sido un cúmulo de hechos fallidos en esos años. La última catástrofe que recordaba era que había perdido parte de su gran herencia en los bancos. Su país había desvalorizado la moneda y cuando le devolvieron sus ahorros, su dinero valía el 5 por ciento de todo lo que tenía acumulado. Vendió todas sus propiedades y cambió el dinero en moneda norteamericana, era lo único que no devaluaba. Conservó nada más que la finca. Compró una pesada caja de metal en la que atesoró los billetes.

Había resistido tres cosechas desde entonces. Todas dieron pérdidas. Con el último dinero que le quedaba realizaría la compra de las semillas de pimienta.

Era extraño observarlo en la finca, su cuerpo blanco, gordo y sudado carecía de naturalidad en ese paisaje campestre. Su paso torpe, a contramarcha, producían risas en los capataces. Solo cuando andaba a caballo disimulaba su extravío. Se obstinaba al territorio en sus pensamientos de hacer crecer el pimienta a toda costa. Cuando pasaba controlando la cosecha, le gustaba ponerse a ver la disposición de los cuerpos inclinados o en cuclillas como si el surco los contuviera, como si metamorfoseasen en plantas.

En las tardes más calurosas, su mujer ya no solo los pies hundía en la acequia, sino que se acostaba vestida en la corriente y el agua la mojaba entera. Había adquirido la costumbre de ir luego hasta la caja de metal y recostarse allí. Ella depositaba su espalda en la gruesa plancha de acero para recibir la frescura que solo el metal guarda en la sombra. La caja estaba en el comedor donde ella se tendía obscenamente a refrescarse. Si las cosas no salían bien, la perdería para siempre. A veces, cuando él hacía tiempo para que bajase un poco el sol en las tardes en que ni siquiera las lagartijas salían, la miraba y se acercaba a la caja donde ella permanecía extendida. La tocaba un largo rato. Ella lo miraba con desgano. Luego de resistirse entre el adormecimiento y la desidia, lo dejaba contentarse en sus piernas que se abrían lentamente. Esa era su última oportunidad de salvarlo todo. Le había contado a ella el plan de arriesgarse por los pimientos que nadie plantaría ese año, comprar tres tipos de semillas diferentes. Pronto llegarían de otras regiones los trabajadores golondrinas y entonces todo iba a tener un ritmo de efervescencia y él cabalgaría viendo cómo sus empleados de mayor confianza tomarían a los más aptos para cosechar. Las otras fincas no se arriesgarían a plantar pimiento por el temor de la peste. Primero, el pimiento se deshidratava considerablemente, y luego aparecían manchas marrones y todo el montón de parduscas solanáceas era inservible, pero su finca quedaba lejos de las otras plantaciones. Si lograba cosechar con éxito lograría elevar los precios como él quisiera. En las noches de calor ella se ponía prendas transparentes. La claridad de su piel exaltaba su desnudez. Algunos empleados de la casa desde lejos podían mirarla. Él sabía que estaban observándola pero jamás se atrevió a decir nada. Quizás le gustaba que ella dibujara su cuerpo transparente en esas prendas delgadísimas

y le complacía compartir con las otras miradas cómo se amarraban los pezones tenues de su mujer. Se sorprendía pensando que le gustaba saber que ella en lo más escondido de sus deseos quería que esos campesinos abstinentes la poseyeran. Sabía que la miraban. Sabía indudablemente que ella sabía que la estaban mirando. Por eso era tan feliz, por estar en el lugar de esos hombres. Sentía cuando se metía a la cama que era el dueño de todos los sueños y deseos de la finca. Solo una vez se atrevió a preguntarle si ella era feliz. Ella lo miró un pequeño instante mientras comían:

—Yo no sé lo que quiero —dijo.

No le volvió a preguntar sobre el tema, tuvo miedo de hacerla pensar que realmente era infeliz con él.

Organizaba las cuentas porque se acercaba la siembra y la veía apoyada en la ventana, entonces lo entristecía enormemente que la mirada de su mujer tuviera la monótona ondulación de los surcos de tierra allí afuera. Los surcos eran una prolongada herida en el ánimo de su mujer. Pero algunos días, aunque muy pocos, todo cambiaba en su esperanza. Una vez llegó ya de tarde, el cielo estaba rojizo, la incandescencia de esa tarde era como la de una tormenta. Cuando el sol terminó de perderse en un cruel resplandor, ella lo miró. Estaba asustada. Después de unos inquietantes segundos se abalanzó para abrazarlo:

—Tengo miedo —le dijo, y él la abrazó fuertemente.

Ya en los últimos días de esa estación de verano, cuando se debía empezar a abrir la tierra para el cultivo, llegó uno de los encargados de las compras. Tocó su puerta de mañana. Él salió

a atenderlo todavía dormido. Ella se desperezaba entre las telas de lino que se encaprichaba en comprar. Supo él esa mañana que en la tarde tendría que sacar todo el dinero de la caja y habilitar el camión para traer semillas y fertilizantes. Después de comer, ese mediodía, se dirigió hasta la caja. Ella había tomado del almuerzo de carnes y legumbres una porción minúscula y él había comido hasta quedar satisfecho. Caminó hacia el armazón de metal. Le costó dar vuelta a la combinación de números para su seguridad, pero al fin abrió la caja. Ella lo vio registrar esos papeles con desesperación. Él regresó a su lado llorando. Algo malo había ocurrido. Ella le vio los ojos llorosos y se dio cuenta de que ya no tendría por qué estar a su lado.

—La humedad manchó los billetes, amor —le dijo él.

Ella se acordó de que se recostaba mojada en la caja y sintió una repentina culpa. Un moho corrosivo se había expandido por los billetes y sobre cada uno de esos papeles rectangulares y verdes se dispersaban explosiones de una vegetación microscópica de fealdad. Ella se acercó al lugar del ahorro y miró adentro de la caja. Solo atinó a decir que los dólares no se reciben manchados.

Ella tuvo compasión de él y se quedó a su lado unos meses mientras él hacía los trámites para vender la finca. Pero él una mañana también tuvo compasión de ella, y cuando ya había arreglado la venta de su querida finca, le dijo que se podía ir. La vio salir antes que él con una pequeña maleta. Su cuerpo en ese paisaje conformaba una pintura melancólica. Una mujer caminando al lado de los surcos, pequeña e intocable, se perdió y quedaron los surcos abiertos y secos esperando las semillas del pimiento.

EN CONCLUSIÓN

Después de ducharse, limpió los zapatos; al ver que el día oscurecía, se apresuró. Otra vez era de noche y en la noche salen los que duermen de día. Su ansiedad estaba en su punto máximo. Por momentos se recriminaba no haber tenido esa energía antes, en el pasado, antes de que todo ocurriera trágicamente. Pero era inútil, solamente nos ocurren las mejores ideas y voluntades exigidas por cosas de afuera. El vértigo no se lleva a cabo solo por el vértigo. Ella tenía una cintura grácil, la mano que se asentaba allí, inmediatamente reconstruía lo que seguía de su cuerpo. Y acaso ella no sabía que su cuerpo era también una máquina que esperaba sensaciones nuevas pero comprobaba constantemente que había un límite, un techo para todo, incluso para aquello que cuando niña había pensado como el futuro placer. La primera vez que se había tocado, había sido porque la dejaron ir a dormir a la casa de sus amigas. En un cuarto pequeño y oscuro, por primera vez vio una película prohibida y mientras no entendía las posiciones de los cuerpos, ni lo que entraba, ni lo que salía, ni lo que pasaba dentro de esos cuerpos desfigurados de gozo, sintió una cosquilla que no sabía dónde se ubicaba y cuándo o dónde empezaba la sensación. Por eso pensó

después de ese episodio que el placer sería cada vez más intenso, hasta que alguna vez no llegara a soportarlo, pero el placer era algo burdo, sencillo y fugaz. Era como el hambre, una vez ingerido el alimento, el efecto de saciedad no dejaba recordar bien el manjar. Pero, de todas formas, no podía pensarse sin sexo, sin ganas. Siempre tenía ganas, de suerte pudo educar al cuerpo a repetir sesiones de cópulas. Algunos días descansaba para recuperarse de las irritaciones que tenía en la piel pero después concertaba citas. No necesitaba demasiado esfuerzo para seducir o encontrarse con alguien, los hombres eran igual que ella, siempre tenían ganas y estaban dispuestos.

REHABILITACIÓN

No les importaba en realidad que hubiese matado a un chico de once años. Porque al fin y al cabo ellos eran abogados y las leyes eran débiles en esa provincia como para encarcelar a un joven por un accidente. Les preocupaba más que el joven consumiera drogas. Inmediatamente lo llevaron con especialistas, aparecieron en la vida de Marcos una fauna de sujetos de todos los estilos y modales. Desde los que le imponían dietas, o los que lo sentaban tiempo prolongado para ver cómo estaba evolucionando su psiquismo y lo hacían declarar que era un adicto y que adicto significa el que no tiene palabras, o algo así, ya no se acordaba, pero sabía que debía declarar que estaba enfermo y decir que iba a luchar contra esa enfermedad que era la pasta. Estaba condenado a cumplir un tiempo en un lugar para rehabilitarse. Marcos no tuvo otra que ir y permanecer internado con otros jóvenes que nunca habían renegado de su vida y a los cuales ni le interesaba la rehabilitación. Para él, las drogas no eran un problema, pero lo hicieron confesar tantas veces que estaba enfermo y que tenía un problema, que terminó aprendiendo el cantito de la autocompasión y de la suciedad. Así que, si le preguntaban, decía que era adicto

y que estaba luchando contra la ansiedad y las drogas. El resto hacía lo mismo, declamaba el mismo canto de las adicciones, y siempre se drogaban a escondidas. La vida del adicto era lo más cínico que había conocido, todos sabían recitar como en la escuela un verso. Después volvían a sus casas y seguían la perorata. La rehabilitación les enseñaba a no parecer drogadictos. Pero él no tenía donde volver, lo habían destinado a otra provincia solo, sin saber muy bien qué hacer, con gente que hablaba diferente y que incluso tenía una tonada distinta, así que se inscribió en tango para poder hacer algo distinto. Aprendió a bailar tango a la perfección. Sintió entonces que el tango le era adecuado a su manera de dirigir las cosas, el tango le permitía dirigir el cuerpo femenino y redirigir el deseo que había perdido por el cuerpo de las mujeres. Recordaba a Miriam, el cuerpo que no se había dejado agarrar, recordaba su cuerpo tibio y cuánto la amaba. Se contentaba con bailar ahora. Hasta que un día conoció a Mary Eberhard, que le recordó tanto a Miriam, o a su hermana. Tenía los mismos ojos, la cara sensiblemente parecida. Lo único que la diferenciaba era la tonada.

LA BOCA ABIERTA

Cuando se sabe más de la cuenta, todo puede trastocarse. Eso sentía cuando miraba los ojos de alguien y sabía que la ternura o la pena le pasaban por dentro como un río bueno, pero también como un río que no tenía conciencia de estar pasando. ¿Se había enamorado alguna vez? ¿había sentido esa desesperación de no poder vivir sin la respiración o sin la presencia de otra persona? No lo sabía. Esos eran sentimientos de novelas, y entonces no le preocupaban, pero también había comprendido que estaba furiosa y que la furia es el único remedio contra los sentimientos benignos, desde que estaba dolorida y furiosa, desde que tenía tanta bronca, se había dado cuenta de que su vida era mirar la vida de los otros como un espectáculo de muñecos con piolines atados en el cuerpo. Entonces buscaba una sensación de escape, de algo innombrable. Y hasta eso seguiría actuando en circunstancias que eran monótonas pero que eran un tanto más enérgicas que la cotidianidad de ir al trabajo o levantarse temprano. Ahora estaba en un bar de poca monta, pidió cerveza, la mezcló con un toque de whisky. A su alrededor, brillaban pequeños vidrios recortados como vitrales en los techos y decenas de personas se movían alegres con sus bebidas en

la mano. El piso era de madera y los zapatos se pegaban a los residuos de licores. En la noche cálida, algunas mujeres les bailaban de manera suave a sus parejas en la barra, y apoyaban sus cuerpos. Si pensamos en esos cuerpos, podemos suponer que todo era amalgama, pero no, los cuerpos no se amalgaman sino en la desnudez, y puede que todavía dejen un resto de insatisfacción. Ella estaba aburrída, en los dedos sostenía un cigarrillo que ya llegaba a su fin y parecía el recuerdo de un insecto luminoso que muere. Miró el reloj y tuvo que entrecerrar los ojos incómodos por la luz. Recién eran las doce y tenía pesadez. La cerveza no lo graba divertirla, ni darle la fuerza que necesitaba, entonces estuvo a punto de marcharse cuando una voz masculina le preguntó:

—¿Sos, Miriam?

—Sí.

Miró a los ojos de aquel hombre que entraba en canas y conservaba una simpatía saludable.

—Que linda muchacha, por la pantalla se te veía algo parecida, pero no me arriesgué a ponerte una forma.

—A mí me pareció que eras así, espero que seas igual de divertido que en las charlas que mantuvimos.

—Voy a hacer un esfuerzo —dijo él, y se sentó al lado de ella. Pidió también cerveza y la miró a los ojos para familiarizarse.

Todos los elementos de la noche estaban mezclados, las luces, los perfumes, el diluido perfume del alcohol que fermenta las bebidas en los alientos cuando se acercan para hablar. Ella hablaba y él contemplaba detenidamente esa juventud dulce, un poco anémica, pero que él ya no tenía y que había perdido no

sabía cuándo, ni por qué razón. ¿Por qué no se había preguntado esas cosas todavía? La había conocido inesperadamente en páginas de internet para conseguir pareja y le pareció una picardía haberla convencido de que se vieran, pero tal vez comenzaba a sentir que el tiempo se le burlaba, que el tiempo le hacía padecer la presencia de ese cuerpo joven que lo ponía en evidencia. Ella se reía y sus dientes estaban perfectamente alineados y hasta sus anginas estaban coloridas, y él allí sintiendo esas cosas extraviadas.

—¿Cómo te va en tu trabajo? —preguntó ella.

—Bien, todo marcha bien, solamente muchos papeles y órdenes para entregar encomiendas. Por suerte, solo me encargo de entregarlas, otros se encargan de la parte contable y de los diagramas. Y vos, ¿de qué trabajás?

—Yo de nada, tengo unos ahorros que cuando se me acaban voy a ver si consigo un trabajo, pero hasta eso los administro para poder divertirme.

—Qué interesante, ¿y de dónde sacaste ese dinero?

—Es un seguro que me dejó mi madre al morir.

—Perdón la impertinencia —dijo él.

—No te preocupés, no entiendo por qué la gente se incomoda cuando hablo de mi madre muerta.

—Sí, porque es doloroso perder a los padres.

—Los duelos no se sienten, así como vos decías. La muerte es otra cosa, no me duele que hablemos de eso.

—Muy bien. Qué bueno que dispongas de ese dinero.

—Me gustó lo que dijiste de las fotografías que me mandaste —dijo ella.

—Ah, sí, son fotografías de los lugares a los que fui.

—Había una foto entre las que vi de un atardecer, y vos estabas solo, sentado en el capó de tu auto. Me conmovió mucho.

—Mira vos —dijo él—, no me había dado cuenta.

Ella lo miró y se le hizo que estaba muy lejos, que había creado un vínculo falso o erróneo, pero no era lo suficiente como para decirle que se quería ir a dormir, que se estaba aburriendo. No era tampoco que se estaba aburriendo desde que había llegado, sino desde que había dicho que no le había prestado atención a ese momento que a ella le había parecido sublime en la fotografía. El pidió dos cervezas más y ella pidió que se le mezclaran nuevamente con whisky.

—Viajo mucho por mi trabajo —dijo él—, mi trabajo me hace viajar, pero no me gusta, preferiría quedarme en casa.

Ella imaginó su casa, para no seguir pensando en la foto del paisaje, que tal vez hubiese querido conocer, pero se le mezclaba con la imagen de la casa de su abuela que había visto cuando era niña. Recordó que estaba ubicada en un pueblito pequeño donde vivía su abuela y donde su madre la llevaba en algunas vacaciones. Entonces le pasaron por la mente pájaros enloquecidos en las tormentas de ese pueblo verde y recordaba una cadena oxidada de un aljibe donde sacaban agua para beber al fondo de esa casita.

—Podríamos ir a mi casa a tomar allí —le dijo él.

Ella notó su esfuerzo al decir estas palabras. Notó que se había arriesgado mucho, porque ni siquiera habían bebido demasiado, ni se habían divertido lo suficiente y ella pensó que tenía ganas de volver a su casa. No supo por qué dijo que sí, que estaba bien, que irían a su casa y seguirían tomando allí unos tragos. Salieron. El aire estaba impregnado de humedad y se sentía el olor que trae la noche cuando la lluvia está lejos. El auto estaba estacionado al costado del bar, era un viejo Torino remodelado, tenía buena imagen, se veía que él estaba orgulloso de ese vehículo. Ella se subió porque él le había abierto la puerta, y mientras se subía, su corta falda marcó sus muslos en la luz. No tardaron en llegar, cuando el auto se estacionó, vio que la casa era una casa familiar. Mostraba descuidos y ella sentía que algo estaba mal, que tendría que haber dicho que no a partir del momento en el que él no se había interesado por el comentario de las fotos con el atardecer de fondo. Y es que el crepúsculo de esa foto era enorme y él estaba mirando como si algo de esa inmensidad comprendía. Pero solo dijo “no me había percatado”, o algo así. Solamente eso y fue todo. Pero ya estaban en su casa. Él abrió la puerta y prendió la luz tenue. Ella observó al pasar aparatos hostiles, un televisor de una década atrás y un estante lleno de adornitos de cerámicas antiguas. Algunas eran porcelanas viejas de elefantes blancos y otros jarroncitos de cerámica de diversos tamaños, tal vez ni siquiera del mismo grupo de cerámica. Ella podía medir el tiempo en esas cosas, esos pequeños objetos eran diminutos marcadores de tiempo apelotonándose, era como si pidieran a gritos ser rotos a martillazos, que alguien los librara del tiempo de su producción y sus estacionamientos. Se habían ido amontonando, habían pasado décadas para que ella llegara y los viera.

Él le apuntó un viejo sofá. Se sentó. Era cómodo pero extraño, anticuado. Él se fue a una pieza y volvió con cervezas, y un vaso con whisky como ella había pedido en el bar. Se fue nuevamente y esta vez trajo hielo a la vuelta. Se mostró risueño y bromista, hizo algunas bromas acerca de la diferencia entre hombres y mujeres a la hora de elegir bebidas, ella no escuchaba, solo podía mirar, se había quedado desorientada, como si no entendiera qué hacía allí todavía. Bebía a sorbos secos, todavía no estaba mareada al punto de divertirse, o de recuperar ese estado de ánimo que la había acercado a ese hombre que alcanzaba los cincuenta años. Ella notaba que él sentía la gravedad de estar con una muchacha de solo veinticinco años. Se dio cuenta él de las distancias de piel cuando ella subió al auto y dejó al descubierto su muslo que cortaba la noche como una navaja.

—La vamos a pasar increíble esta noche —dijo él y se tomó un trago apresuradamente para que todo sucediera más a prisa. Pero ella no escuchaba ni una palabra, lo veía como si estuviera sorda. Tal vez eran los adornos amontonados en los estantes, los que desde tiempos superpuestos la molestaban. Él se le acercó como en cámara lenta y la besó. Todo era muy ridículo, no sabía cómo había llegado allí. Sentía los labios y el cuerpo anestesiados, entonces la presión de sus manos comenzó a tocar sus senos y sus nalgas cada vez más deprisa, ella notaba cómo se esforzaba él para llevarla a un estado imposible, volvía a intentar tocarle el sexo que no se humedecía y con la otra mano le sacaba la remera. Ella extendía los brazos como los niños sucios que dejan que sus madres les cambien la ropa. Y cuando quedó desnuda, él se recostó sobre ella, su sexo flácido se estremecía y la miraba para ver si ella comenzaba a sentir placer, o algo, pero estaba apagada. Él se esforzaba más aún pero su cuerpo

ya no llegaría a ninguna potencia, ni a ninguna vitalidad. Siguió temblando sobre su juventud que se dejaba estar rendida y quieta, entonces prosiguieron así unos minutos más y él se dejó vencer por un placer que lo dejaba fuera del cuerpo de ella, lo hacía un fantasma. Se quedaron callados, unos instantes y él se tiró hacia un costado. Todo se quedó en silencio.

Ella pensó que al fin de cuentas no había sucedido nada del otro mundo. Habían tenido una relación que duró poco, que no fue excitante como esperaba, pero que tampoco esperaba mucho de alguien que no se conmueve con un atardecer rojo y que vivía en una casa llena de adornos que ni siquiera había puesto él. Todavía faltaba que las sensaciones se agruparan, y comenzó a sentir desde su oreja y su cuello, un olor agrio. Luego lo sintió en su boca y en su nariz. Él la había lamido y su saliva le había quedado impregnada. Le costaba no pensar en ese olor sin asco. Quiso olvidarse, no era tan desagradable, pero vio nuevamente los estantes con los adornos amontonados, luego miró hacia su costado y él dormía con la boca abierta igual que su madre y podía ver sus labios laxos, dejando al descubierto dientes mal cuidados y un aire amargo y ácido le daba en la cara, como un vientecito que provocaba estragos en su estómago, que solo tenía un sándwich de miga y tres cervezas con whisky. Se levantó, levantó su ropa y comenzó a vestirse apresuradamente. Ya no podía pensar en el atardecer de la foto. Todo se resumía a no pensar en el olor de la saliva amarga. Terminó de vestirse y se fue al baño pero no había agua en los grifos, entonces salió hacia afuera. Podría haber entrado o salido un torbellino por esa casa vieja y él no se hubiese levantado, entonces lo vio por última vez sumergido en sus sueños de hombre solo. Salió a la calle y el aire frío le alivió un poco la incomodidad, pero a la media cuadra

el frío le comenzó a entrar en sus tibios pulmones y alcanzó a apoyarse en un cantero con flores azules. Una fuerza increíble crecía desde sus tripas y le obligaba a expulsar los líquidos y los sólidos de su interior a una propulsión que no podía contener. Después de vomitar, miró hacia arriba. El cielo estaba azul, faltaba mucho para que amaneciera, siguió caminando. Su estómago había quedado vacío, tenía ganas de bañarse. Y comprendió que el placer también era una niña pulcra a la que le habían enseñado a bañarse desde pequeña. Necesitaba urgente jabones y cremas, cepillados periódicos, perfume, y, sobre todo, cuidado. Caminó y no podía sacarse de su piel esa saliva hedionda, que él con mucho esmero había intentado depositar en su cuerpo para que ella se excitara cuando la noche recién comenzaba a desocultarse.

COMUNICADO DE LA RADIO:

Se solicita al que encuentre un perrito blanco de tamaño mediano que lo devuelva a la brevedad. Se trata de un perro amaestrado para ciegos, que se perdió el día 16 de agosto del mes pasado, en la calle Juan B. Justo. Solicitamos a la población a la brevedad devolverlo en caso de encontrarlo. Su dueña, la niña Jacinta Gómez, es no vidente, tiene 10 años y llora todos los días por su perrito, que además de proporcionarle cariño, le ayudaba en los quehaceres diarios. Dada la condición precaria de Jacinta, económicamente no puede ofrecer una recompensa, pero recurrimos a la solidaridad, en caso de que encuentren al canino. Desde ya, muchas gracias. Seguimos con los avisos relacionados a las ferias ilegales que se están instalando en los márgenes de la terminal y el parque. La mayoría procedentes de otros países que no pagan derechos ni impuestos.

El taxi, siguió y la radio perdió la señal, hasta hacer interferencia. La señora bajó del auto. Tardó un momento hasta que salió con el dinero del taxi, antes de darle el dinero al taxista, colocó un cartel en la inmensa puerta de madera que decía clases de tango, alta excelencia.

LAS DISTANCIAS DEL AMOR

Ella miró sin querer y vio que Edmundo estaba parado al frente de la calle. ¿Por qué desde hacía un tiempo todo le quedaba al frente? El frente es una metáfora de la extensión, de la proximidad y de lo imposible. Casi todas las cosas le quedaban al frente. En esta ocasión lo había visto salir de un lugar de compras y no se animó a cruzar, se quedó paralizada. Solo lo miró tristemente sabiendo que nada podía pretender, y mientras lo miraba, por el cuerpo se le extendía el miedo de que él se diera cuenta y que al encontrarse con su mirada no la saludara. Era difícil saber qué era lo que él pensaba de ella y qué era lo que sentía después de tanto tiempo. ¿Por qué se había ido de su lado? No lo sabía bien, y era que nunca se sabe cuando uno se va del lado de alguien. Por eso ahora al estar al frente de la calle, ella entraba en la cuenta de que estaba lejos de su vida. Al fin él levantó la mirada y la vio. En esa semana ella había estado sola, realmente sola. Siempre estaba sola, pero había sentido en esa última semana en especial que nada le había salido bien y se puso a pensar también que la vida no era un diagrama con esquemas o soluciones. Se había alejado de él para vivir libre. Eso era su principal búsqueda en ese momento y ahora su libertad la conde-

naba a estar sola, porque nadie quiere estar con gente libre, son como los gatos salvajes que comen y se tiran en el pasto, pensaba ella, y la imagen de un gato montés que vio de niña le volvía a la cabeza mientras él la miraba desde el frente, y despacio levantaba la mano para saludarla sin rencor. Lo vio reírse con ese gesto de buen muchacho, de buen chico, que daba ganas de amarlo, como cuando lo conoció. Ella sintió de nuevo que lo amaba, o que lo necesitaba mucho, porque amar es un misterio, entonces se cruzó al frente, como si ese muchacho benigno le diese permiso de establecer nuevamente un lazo. Al estar cerca lo abrazó de inmediato y él se dejó abrazar como hacía tanto tiempo. Tres años habían pasado como un agua invisible, pero no parecía tanto tiempo mientras lo abrazaba. El tiempo y la distancia son cosas oscuras y no hay que preguntarse mucho sobre ellos si no se quiere embrollar la vida. Se quedó arrullada como en un corto sueño del que hay que despertar en contra de la voluntad, y él le preguntó si andaba bien.

—Sí —respondió.

Tenía muchas ganas de llorar y de que él la siguiera abrazando así, sin decir mucho y sin volverse a alejar, y hacer que su cuerpo circulara por la vida como una moneda que no era de ella, porque eso quería de las cosas y los seres: amonedarlos. De vuelta sintió que podía volver a su lado, refugiarse en su cuerpo de buen chico que le llevaba el té a la cama las veces que ella se resfriaba y no quería ir a la universidad. Entonces pensó que podría inventar la excusa de estar enferma, pero ¿de qué valdría si él tal vez tenía otra vida y ella allí con toda su soledad a cuesta? ¿Qué pretendía tratando nuevamente de embaucarlo como ya había hecho tantas veces en las que se había sentido sola?

Sentirse sola era lo peor de su libertad, en resumidas cuentas, se preguntaba qué había elegido cuando habló de su proyecto de ser libre, era un conjunto de ideas sin sentido, como el hecho de que nada le impusiera horarios, ni restricciones morales, sin embargo, todos los días veía cómo iba a hacer para matar las horas. De todas maneras, su libertad le había dado placeres enormes, pero no le aseguraba nada de los otros. Los hombres la miraban como al gato montés que intentó atacarla cuando era pequeña y su padre le mostraba el animal agarrado del cuello. El gato había estado escondido en un galpón de la casa de su abuela, esa pequeña casa con todo verde que siempre recordaba cuando las cosas se ponían feas.

Por un tiempo, los hombres la frecuentaban, se ilusionaban, trataban de enamorarla y al fin se alejaban. Otros más sueltos, le sacaban provecho, le mentían sin necesidad, compartían habitaciones, gozaban y un día desaparecían. Pero tal vez todo no era así, era ahora solamente que lo había visto salir a Edmundo de ese negocio y que las cosas mostraban su rispidez menos agradable. De verdad que la había pasado bien, no lo podía negar, pero él la ablandaba como un papel mojadito, tanto por fuera como por dentro. Él le preguntaba cosas simples y ella no quería entender que él ya estaba bien, que tenía ocupaciones, que la vida había continuado a pesar de ella y su ausencia, que él ya no era ese chico preocupado por la carrera que le contaba cómo debía matar las ratas con el veneno que le había dado Marcos y cómo las había exterminado al final hasta que quedaron flacas, flacas y les sangraban desagradablemente las pequeñas bocas, hasta que se les apagaban los ojos. Tal vez algo de ese chico todavía quedaba, pero ella sabía que él se había recibido de profesor, y que trabajaba bien. Las noticias en esa ciudad le llegaban por

un correo diario de la lengua que se llama chisme. Entonces le invitó un café.

—Tomemos un café, ¿puede ser?

Le preguntó ella con esa dulzura que antes le funcionaba. Pero él dijo que no, que no podía.

—¿Por qué no? Solo para hablar.

Estas últimas palabras las dijo sabiendo que corría el riesgo de que él se volviera a negar. Toda la vida pende de negaciones pequeñísimas y los espíritus pueden quebrarse como viejas paredes. Fue así.

—Perdón, no puedo.

No podía tomar con ella un café. Allí donde estaban parados, donde hacía instantes lo había abrazado tiernamente, había un letrero de café que daba lucecitas bordó como flores de otoños. Y no podía hacerlo entrar a ese lugar por la fuerza. Ya no le funcionaban las peticiones, ni la seducción que había empleado no solo con él, sino con todos. En algún tiempo, ella le pedía cosas y él se volvía loco por cumplirlas. Cierta vez le dijo que su pieza le daba incomodidad por las paredes viejas y él como un tonto se puso a pintarlas todas hasta dejarlas relucientes. Ahora también recordaba ella que, como en su piecita no había calefacción, él no dejaba que se levantara y le llevaba té a su cama con panes frescos, ella deducía entonces que él se tomaba el trabajo de ir a comprar en el frío, salir de la cama tibia, poner la pava del agua e ir hacia afuera y volver con panes de algún negocio abierto en la madrugada, para que ella siguiera en el calor de la cama.

Tantas distancias que se dilataban ahora en un pequeño perdón y luego una negación. ¿Dónde estaba ese tiempo en el que él resignaba la vida por pequeños momentos para divertirla, para agradarle cada vez más, como si el amor constara de momentos de acumulación gradual? Pero no, el amor indudablemente no acumula nada. De ser así, nunca se hubiese ido de su lado. ¿Acaso no había entendido nunca que lo amaba y que de todas maneras, el amor se cansa de lo mismo, de los panes, de los resfríos, e incluso de los viajes que hacían obligados y desesperados para no aburrirse? Y recordó la vez que le propuso ir a Perú en medio del año. Sabía que era cruel, que siempre era cruel con él. No sabía por qué tenía que actuar así, y sin embargo él se dejaba engañar como un perro bueno al que luego le dan caricias y se queda moviendo el rabo.

—Mirá —le dijo—, yo sé que estás cursando las materias más importantes de tu carrera pero yo me quiero ir a Bolivia y luego pasar a Perú y si vos no podés, me voy sola.

Y él pensó con los días, hasta que fue aflojando, después pensó que no era tan importante su año académico, y luego pensó que un viaje a Bolivia hasta Perú era algo importante de a dos, así que un día le dijo que sí, que la acompañaría, que sería un viaje bellissimo, que él la podría acompañar a cualquier parte del mundo. Eso le dijo mientras la abrazaba como se abrazan las cosas que se están por ir.

—Qué bueno —le respondió ella—. Necesito hacer ese viaje a fin de año.

Y él se daba cuenta de que tenía que trabajar y juntar dinero urgente. ¿Pero necesitaba hacerlo?, tal vez no en ese momento,

si ella hubiese sido menos egoísta, le hubiese dejado planificar cómo juntar el dinero. Ahora él se endeudaría, pediría dinero, gastaría ahorros importantes, pero debía seguir el mandato de su capricho. Pero, ¿por qué entonces no podía ahora tomar un pocillo de café para hablar, solo para hablar? ¿Ese muchacho del viaje, que había dejado sus estudios para viajar con todas sus carencias, dónde estaba?

—Por favor, un café, nada más.

Le pidió ella una última vez, porque como sabía que lo había humillado tantas veces no le costaba humillarse. Pero él la miró con la expresión más bondadosa del mundo, le tomó las manos, y dijo “no”. Las distancias del amor se remiten a una cordialidad inaprensible y dolorosa, como el frente de cualquier lado, como cualquier lugar del mundo, ya sea Salta, Bolivia, Perú, o la puerta de un café.

EL ACCIDENTE

No debemos alegrarnos muy pronto con un niño.

Solo el que ha sido enterrado por su hijo

es quien ha tenido de verdad un hijo.

Poesía anónima africana.

El chico corría carreras en bicicleta. Habían quedado de él muchos trofeos en la casa. Pequeñas estructuras doradas se diseminaban en los estantes y comenzaba a lloverles un polvo gris. El padre las veía con entusiasmo todavía, pero también con desesperación. Todavía conservaba en el viejo garaje abandonado de su casa la bicicleta que le había comprado para su pronto cumpleaños de 12 años.

Cada día, la bicicleta se mostraba más inapropiada envuelta en el papel celofán. Él la veía a veces para asegurarse de que nada le había ocurrido, le examinaba alguna falla o un leve deterioro. El papel comenzaba naturalmente a opacarse y a romperse, solo

lo sujetaba una débil cinta roja que se enroscaba atada al asiento de cuerina marrón.

—Mañana mismo la voy a regalar, puede que les haga falta a los hijos de tus hermanos, o al hijo de mi hermano Fernando, son lo más rescatable de la familia. No nos hace bien que permanezca aquí —le decía a su mujer en las noches cuando ya, cansado de buscar detalles de corrosión, la volvía a su escondrijo.

La imagen del jovencito se repetía incesantemente en su vida. Su mujer padecía, en cambio, un duelo brutal pero sin imágenes. Él lo veía en todas partes, lo confundía en las calles con jóvenes de su edad, se paraba afuera de su escuela algunas tardes, a la salida, para ver si en una de esas aparecía entreverado con sus compañeros, como si el uniforme de la escuela pudiera darle a su hijo muerto la posibilidad de transformarse en alguno, cualquiera de todos. A veces pasaba descuidado por la pieza del chico y veía su imagen en la cama pero cuando volvía la mirada comprobaba que la cama estaba tendida y prolijamente vacía. La prolijidad es indicio de que la muerte ha pasado por un lugar, pensaba. La vida era la desprolijidad, huellas desconsideradas como el cuarto de su hijo cuando éste dejaba todo tirado. No tendría que haber renegado tanto con el desorden, se lamentaba, era un chico.

En la semana salía a pasear solo. Con su mujer no hablaba. Las últimas conversaciones que recordaba en los años en que todavía el chico vivía se trataban de su rápido crecimiento. Había crecido de golpe, comía todo el tiempo y todo le quedaba chico. Tenían que gastar dinero extra, pero en el fondo comprendían que la economía de la casa soportaba gustosamente el orgullo de verlo cada vez más fuerte. Cuando le compraban algo nuevo, sentían

que estaban en la ventanilla de un banco pagando un crédito que les daba derecho a mirar el mundo desde los hombros del joven. Pero ahora tenía que pasear solo, volver tarde y comer callado. Su mujer le preparaba la comida. Sobraban todos los alimentos, porque no tenían la fuerza para terminarlos y porque ya no estaba él devorando los panes y las frutas al llegar de la escuela. Brillaban las naranjas, las peras y las manzanas en la canasta de la cocina, solo por un tiempo, hasta que un día un moho les crecía, un diminuto moho verde, una pequeña flora de polvillos se adueñaba de las frutas y las tenían que tirar a la basura.

Todo estaba perdido, a su edad y a la edad de su mujer no se quiere empezar de nuevo. Enterrar un hijo había significado para él y su mujer enterrarse ellos mismos. Los días se empeñaban en gruesas paladas de tierras. Los recuerdos de la vida estaban despedazados, pero todavía no disueltos en la nada, porque había una estela maldita de un plan primitivo. Era un vicio terrible que les ayudaba a vivir. Habían soñado tener una casa y un hijo, pero ahora debían recordar el quiebre. El último eslabón, el hijo, había roto la cadena sencilla de sus anhelos; la última pieza, la que encajaba perfecta en el cuadro del retrato familiar, se había hecho añicos un día común e inesperado. Llegaba a la casa y entraba despacio. Su mujer siempre estaba limpiándose las lágrimas y él no le decía nada porque si no, ella se enojaba mucho y le recriminaba lo duro que había sido con el chico. Él no se arrepentía. Los hijos de su hermano a cuál de todos más irrespetuosos, más orgullosos y atrevidos. Les habían dado todo, los habían malcriado demasiado, pensaba él, en cambio su chico tenía un carácter siempre apacible y respondía adecuadamente. Fue solo ese día. El chico no llegó a las 7 del colegio. Lo esperaron una hora y media hasta que él decidió ir a buscarlo. En el camino

se le cruzó que ya estaba en edad de quedarse un tiempo más. Debía de tener una noviecita y él interrumpiendo. Llegó al colegio, entró por el pórtico enorme, cruzó un largo antepatio y llegó hasta la sala de la preceptoría. Había profesores en actitud indecisa, otro telefoneaba intranquilo. Entonces una voz tenue de maestra jovencita le dijo que tenía que ir al hospital. Habían intentado comunicárselo, pero no tenían el número de la casa.

—Todo fue un error —dijo la maestra a punto de llorar—, él pensó que lo llamaban y se volvió en la calle unos metros atrás. El auto le pasó por encima.

Sintió que sus pies no tocaban el suelo. Tal vez todo es una película, pensó, en la que soy el personaje de un pobre viejo, pero todo va a cambiar seguramente. Caminó hacia afuera y todo continuó rodando la misma escena. Tan descaradamente en su presencia le decían esas cosas sin que pudiera parar la cinta. Seguía sintiendo manos que le acariciaban la espalda como a un pequeño que ha fracasado en la carrera. Quizás debía irse, volver a su casa y jamás ir al hospital. Pero fue y la pesadilla acrecentó sus formas. En la mesa de informes lo mandaron directamente a la morgue.

PASTILLERO

Cuando Miriam se sintió desesperada, volvió a la facultad. Las voces comenzaron a tiempo completo como una maquina sin fin llena de aceite hirviendo, llena de engranajes, llena de vapor o de electrodos todos rotos y haciendo contacto unos con otros. Fue como si todo hiciera eclosión, pero en realidad no, ya estaba ella eclosionada desde siempre. Cursaba materias como podía, las voces ahora no la dejaban y ella trataba de olvidar, de poner paz. Lo peor era que a veces tomaba pastillas fuertes para dormirse y aun así el sueño traía más voces, deformadas y amontonadas, pero voces, ya ni siquiera decían cosas obscenas, decían por decir, como un refrán insidioso de un pueblo que había crecido en su cabeza, y en la que los habitantes habían perdido las ganas de comunicarse. Cuando no pudo más fue al hospital y desde allí comenzó la procesión. Primero a un psicólogo, de allí a un psiquiatra y de allí a las guardias de los psiquiátricos. Vinieron las pastillas y las ganas de morir, pero ella se oponía fervientemente a tomar todo ese tonelaje de psicotrópicos que le dejaban agarrotada la boca y el pensamiento lento, también las pastillas hacían que arrastrara las palabras como una sonámbula de un país lejano que intenta decir soco-

rro. Así que se refugió en los estudios. Se volvió a inscribir en la facultad, se prometió a sí misma recibirse y cursar como había hecho Edmundo, estudiar varias horas al día, sin importar las voces que ahora eran un inconveniente porque le dificultaban la memorización y hasta la lectura. A veces, cuando podía captar la idea principal del texto, se daba cuenta de que la voz estaba repitiendo lo mismo que ella leía, por lo que se enojaba muchísimo y rabiaba y se ponía a fumar como una locomotora descompuesta, hasta nuevamente engendrar pensamientos vacíos mezclado con voces.

Así que andaba como autómata de la universidad a la casa. La casa se parecía a un basurero, todas sus ropas se amontonaban en la misma cama donde dormía. A veces se quedaba las horas que podía en la biblioteca de la facultad para poder estudiar más tiempo y para así llegar cansada a su casa y desplomarse para no escuchar más nada. Iba y volvía, volvía sin saber si su casa era suya, o si seguía su madre por ahí escondida. Para colmo ya ninguno de los que había conocido en la facultad seguían como compañeros, Edmundo se había recibido hacía cinco años. ¿Cómo había permitido que se le pasara el tiempo así? Ahora debía recuperarlo todo. Marcos se había ido de la provincia hace tanto... Una vez pasó por la casa de Marcos, la atendió la madre. Le preguntó por su hijo y la señora le dijo que se había ido a estudiar a otro lugar porque el nivel de la facultad de la provincia era muy bajo, y que no le podía dar el número de su hijo porque estaba muy compenetrado terminando su carrera, así que en otra ocasión cuando anduviera menos ocupado se lo daría.

—¿Siguió con las letras? —preguntó Miriam. La señora titubeó y no supo qué responder.

Cuando Miriam no daba más de pensar y de escuchar o de ser pensada o aturdida, entonces se empastillaba y lloraba su estado hasta que se tranquilizaba y allí se quedaba tratando de hacer cosas, pero estudiar cuando ya estaba dopada no le era posible. Le venía un arrepentimiento grandísimo de haberse gastado tanto dinero en fiestas y en invitaciones triviales, en tanto gasto de noche y tanta cosa infructuosa. Ya no podía disfrutar de nada que fuera alegre, sin sentir que un hueco en la panza y en el alma se abría oscuramente hacia la incitación de esa máquina que hablaba y no paraba nunca. No le quedaba dinero, ni un céntimo y había perdido el último empleo de vendedora de ropa porque se había puesto muy nerviosa y le había gritado a una clienta. ¿Cómo había hecho para administrar tan mal lo que su madre le había dejado para un fin específico? Tal vez se quería vengar de su madre, pero otra vez le había salido mal. Siempre era inútil hacerle mal a su madre porque le caía como un gualicho mal hecho a ella, y ahora tal vez no le importaba nada, solo quería recibirse y terminar la carrera de letras, pero ni siquiera tenía para comer. Igual lo intentaría, seguro que conseguiría un empleo. De todas maneras, no sentía hambre.

EL REGRESO

A veces, cuando no dormía, quería llorar. ¿Habían atropellado a su pequeño? ¿Le habían contado eso? ¿Él antes de que el chico fuera a la escuela lo besó? No debía preguntarse tantas cosas, tampoco debía llorar. Suponía que aprendía de su pena, por ejemplo, sabía que había sido un error haberse anotado en un club. No resultó divertido mezclarse con gente alegre. ¿Por qué no se le había ocurrido eso antes cuando su hijo vivía? La idea hubiese resultado buena ya que él sería alegre como el resto de los viejos. Pero no tenía nada alegre que decir, y no quería ir a aburrir al club contando que había perdido un hijo. Su mujer pasaba por su lado y ni lo miraba, era como si los dos estuvieran furiosos y no lo pudieran decir. Un día llegó a la conclusión de que necesitaba un abrazo o una caricia pero a su edad le resultaba ridículo pedírselo a su mujer. Recordó que una vez cuando era niño que su padre le había pegado con un cinto por portarse mal y permaneció triste mucho tiempo. No había llorado tanto en ese momento. Cargaba con el llanto de esos cintarazos, entonces, sucedió que una tarde entró a la casa y se tropezó en la puerta. El golpe no era fuerte pero cerca de allí su madre lo había visto caer. Él levantó la mirada y cuando sus

ojos miraron al frente encontró los ojos de su madre apenada de verlo caído. Comenzó a llorar, la madre se le acercó y lo abrazó y él lloró más fuerte. Eso quería ahora, que una madre grande lo abrazara, que una madre lo hiciera llorar por su hijo atropellado, merecía llorar y que otro sintiera por él la feroz caída de su vida, la caída de su hijo bajo las ruedas de ese auto. Por eso se quedaba así, agarrado a su dolor. Cada noche esperaba que viniera su madre, o su hijo, y lo abrazara para llorar tranquilo. Entonces una noche, cuando ya se iba a dormir, alguien golpeó la puerta de su casa. Pensó que ya era tarde para que alguien conocido lo visitara, pero supuso que la necesidad no tiene horario y que algún vecino requería de su ayuda. Caminó hasta la puerta, antes de abrir se acomodó la camisa dentro del pantalón para no estar desaliñado. Tomó la perilla, la dio vuelta y la puerta se abrió. Sacó la cabeza y observó hacia fuera. Había un chico. No pudo mirar bien pero una voz lo saludó mansamente.

—Hola, papá —le dijo.

Él aclaró la mirada y se despejó la vista con los dedos de una mano, y no quiso soltar con la otra la perilla, por miedo a que fuese un ladrón el que estaba afuera.

—¿Qué necesita? —dijo secamente.

La voz dijo nuevamente:

—Papá...

Vio clara la figura de su hijo, estaba con la misma ropa del día del accidente. Dudó un momento pero tuvo el valor de preguntar consternado.

—¿Martín?

—Sí... Hace frío afuera —le dijo el que estaba allí.

Era invierno. En el tejado de su techo, el viento pegaba con fuerza y sonaba en los huecos. El chico estaba con un pantalón de jean y una camisa blanca del colegio. Entonces el hombre abrió la puerta de par en par y salió a recibirlo. La emoción lo quería tumbar como esa vez que por primera vez su hijo ganaba la competición de bicicleta y lo veía llevarse en el pecho la cinta de la meta. El chico se encogía de hombros y parecía tener frío. Con la voz temblorosa le preguntó:

—¿Dónde estabas?

—Dejame entrar —dijo una vez más y el padre le pasó la mano por el cuello y lo hizo pasar, esta vez el chico no se onduló ante el brazo de su padre como siempre lo había hecho en un gesto de sumisión.

—Esperá. Voy llamar a tu mamá, le voy a decir que has vuelto —el chico lo miró con los ojos sin brillo.

—No, papá, está bien así, no es necesario que la llames.

Entonces el padre recordó el momento en que él lo había visto todo aplastado y que él lo había cambiado para que lo pusieran en el cajón. Pero, ahora lo veía entero, con la misma ropa de ese día, tal vez había sido un error, tal vez otro había muerto en la escuela. Pero entonces ¿dónde había estado todo ese tiempo, esos dos años?

—Es necesario que tu mamá te vea, va a volver a vivir como antes ella también. Va a ser feliz como antes —dijo mientras trataba de aclarar las ideas que le convulsionaban la cabeza estremecida por la aparición.

—No —contestó—, solo he vuelto por vos, para verte.

—¿Cómo? —dijo el padre afligido, como si entendiera de golpe el rigor del regreso.

—Sí, papá, nada es cierto, lo único cierto es que vuelvo y necesito hablar con vos, pero nunca hablamos, vos lo sabés, no decimos lo que tenemos que decir, por eso todo se repite.

—¿Vos no estás vivo, verdad? —preguntó el viejo con miedo.

—Papá, el límite es el suelo y yo no tengo suelo desde hace tiempo. En los días de lluvia me cae el agua por los costados, nadie me tapa allí —el hijo hizo un silencio mirándolo con los ojos apagados como escamas negras, luego continuó—. Pero hay algo peor, papá, algo que no sospechás y que es malo incluso para los muertos. Son tus sueños... trayéndome cada día. Atrapándome como una enredadera sin dejarme ir.

El padre le agarró uno de los brazos al chico que parecía haberse vuelto más delgado.

—¿No extrañas las frutas, hijo mío? —le preguntó y empezaba a sollozar después de tanto tiempo de no haber llorado.

—No, papá. ¿Comprás frutas para mí todavía? No me hacen falta. Dejá de traer naranjas y manzanas, porque cuando vos me las das, en los sueños no se pueden comer, ni aquí, ni allá cuando

vuelvo. Tu dolor es de una materia distinta a la de la muerte, por eso tus frutas me delatan, y aunque no las pueda comer, hacés que los demás se enojen conmigo de la envidia, por favor, no comprés frutas ya.

El padre lo abrazó y lloraron, o al menos parecía que el chico temblaba en el abrazo del padre.

—Antes de que murieras —dijo el hombre. Y sintió que las palabras se volvían borrosas de nuevo, como si él las pronunciara, pero no llegaron nunca a armarse en el aire— días antes del accidente, te había comprado una bicicleta ¿te acordás que me pedías una?

El hijo lo miraba tratado de escucharlo pero era como si el padre dijera cosas en otro idioma. Entonces con cara de preocupación el chico comenzó a retroceder hacia la puerta de la calle, mientras su padre seguía gesticulando un idioma propio.

A su esposa la despertó el ruido seco y vidrioso del celofán que crujía en la cocina. Lo tuvo que sacar de la mesa y limpiarle la cara y los mocos y llevarlo a la cama. Le prometió que esta vez ella misma regalaría la bicicleta al otro día.

EL PRIMER DIENTE

Recordó cómo la miraban los chicos cuando entraba a las fiestas de humanidades. Recordó su pelo rojo de furia. Y en el espejo le apareció otra cara, su cara real, o más bien su cara de Miriam transcurrido unos años desde que había dejado la facultad. Lo que ocurrió fue que la señora la trató muy mal y ella no estaba para bromas ese día, ni para malos tratos. Entonces ella le gritó y la despidieron. En su casa no tenía nada más que té, arroz y unos paquetes de harina. Intentó hacer pan pero no tenía idea. Pero tampoco tenía ganas de trabajar en algo que le quitara el tiempo. En la tienda, acomodaba todo el día ropa que los otros desacomodaban y debía poner la mejor cara a gente desconocida. Y ahora tampoco iban a tomarla en otro trabajo, cada vez estaba peor en cuanto a su presencia. La señora del negocio de ropas la tenía porque le daba pena y porque había sido amiga en otro tiempo de su madre. Pero cuando quedó a cargo su hija, a esta no le importó, porque Miriam iba cada vez más desalineada, cada día menos aseada. Pero esa mañana en particular, Miriam no tenía ganas de nada, en especial de ponerse a buscar trabajo. Sucedió que cuando el agua del té caliente le dio en el diente superior delantero, sintió una puntada enorme, que le recorrió como un gol-

pe eléctrico la boca, lo que no la dejó seguir tomando el líquido, luego sintió que el diente no tenía sensibilidad. Se fue a mirar al espejo y ahí se encontró con su cara demacrada y triste. Con la mano limpió un poco el espejo, porque justo ese día estaba frío y se había empañado con su aliento. Por la casa había un olor extraño, a basura mezclada con cuerpo humano sucio, pero ella ya no lo percibía, o era que se había acostumbrado. Abrió la boca y recordó que en un diccionario de símbolos había leído que los dientes eran el símbolo de la fortaleza, como la imagen evocada de los caballos que siempre en los dibujitos animados aparecen riéndose con grandes dientes. También recordó que, en un poema de Vallejo, la madre ya podía ver el destino de los niños en los dientes, o en su lácteo hoyuelo, y perdió la cuenta de cuándo había sido la última vez que se había lavado los dientes. Se tocó con los dedos ese diente en especial, el que le había dolido y sintió que se había movido, pero lo más terrible era que ya no le dolía para nada, la pequeña pieza dental era como una síntesis de sus ganas de vivir, estaba agarrada de una pizca de nada. No supo por qué, pero sujetó el diente, como si sujetara una flor delicada y lo movió. El diente se balanceó de un lado a otro entre sus dedos pero no le dolió, hasta que ella se quedó con el diente entre los dedos. Solo un poco de sangre había en el vacío de su encía, que con su lengua saboreó y un espanto terrible le sacudió la vida. Había perdido un diente, un valioso diente. Ya no podría sonreírle a nadie con la soltura de una noble romana, ya no volvería a seducir a nadie con esa sonrisa que alguna vez iluminada por las luces de las fiestas había despertado el deseo, como si dieran ganas de desatar un crimen. Alguna vez sus dientes despertaron deseos sexuales, y en ese instante tenía en sus dedos la pieza dental, como un botón de todos los deseos que había desperdigado en esos años.

EL PERRO PARA CIEGOS

Tardó en reponerse mucho tiempo Mary Eberhardt luego de una prolongada soledad. No hubo razones claras de por qué murió el perro, lo más probable es que lo hubiera envenenado el vecino. También pensaron que podía haber lamido el insecticida que dejaban para las hormigas en la ranura de los zócalos. Era pequeño y lo habían querido mucho, por eso es difícil entender por qué Marcos y Mary, en vez de enterrarlo, lo arrojaron en una bolsa de residuos para que se lo llevara el camión de la basura.

Lo habían robado. Esa deshonestidad inicial fue lo que los unió a ambos. Aunque Mary se había enamorado de Marcos desde el primer momento en que lo vio en el salón de baile, desde ahí supo que las cosas no serían fáciles con él. Marcos quería llevar a cabo proezas innecesarias en el salón y si ella se reía, él se enojaba mucho. Mary esperaba siempre el turno de bailar con él, pero cuando eso ocurría sentía la desagradable impresión de ser arrastrada en la pista por el cuerpo de Marcos que la manejaba a su antojo. Los viernes, al terminar la clase, ella disimuladamente se acercaba al grupo de Marcos para unirse al diálogo, pero al fin

todos se despedían, caminaban hacia fuera y lo perdía de vista entre la gente que caminaba por la vereda. Antes de terminar ese año, la coordinadora del salón de baile organizó un espectáculo de despedida.

Fue pura casualidad la que la llevó a enterarse de que en ese barrio había clases de tango. Una tarde mientras se dirigía al trabajo, una señora bajó de un taxi, parecía una mujer de la década pasada, con tacos, minifalda y medias de red, era poco común de ver a su edad porque ya estaba por cumplir los sesenta. Se quedó mirando esa fachada de la casa hasta que la mujer volvió a salir con un cartel que anunciaba clases de tango. Pero el tiempo había pasado y ahora sentía mucha alegría al enterarse de que su número de baile de fin de año le tocaba con Marcos, y que, además, serían ellos los que cerrarían el espectáculo. Se molestó un poco al saber que él no le había consultado los pasos de baile, pero no dijo nada. Cuando bailaban, ella trataba de no mirarlo a los ojos, porque cuando él la miraba le subía un calor intenso a la cara y todo se volvía rojo, hasta los pequeños Degas colgados en las paredes del salón. En la fiesta de fin de año, todo salió de manera perfecta. Al subirse al escenario de la mano de Marcos, Mary se emocionó porque todo parecía un sueño, los recortes de celofán en las precarias luces hacían de esa noche un recuerdo cinematográfico. Mary tenía en la memoria muchas películas, y le gustaban por sobre todo las películas con bailarinas, por eso trataba de mantener la figura, y a veces se alimentaba con pocas calorías. Tuvo miedo de hacer el ridículo antes de que pusieran el tema, pero cuando comenzaron a bailar se dio cuenta de que los ensayos habían sido valiosos. Todos ovacionaron su número. Él la miró al terminar de bailar, la abrazó y le dijo que habían estado espléndidos. Mary aprovechó para invitarlo a festejar,

pero las clases terminaron, los días fueron pasando y Mary dejó de esperar su llamado porque sus actividades la consumían. En el verano tenía que trabajar de lavacopas, pues en su ciudad aumentaban los servicios hoteleros en las vacaciones. Al volver a su casa, solo pensaba en meterse a la ducha y que el agua caliente la escondiera en la neblina cálida del vapor. Una noche al llegar, sonó su teléfono y escuchó la voz de Marcos.

Sonaba como si hablara desde muy lejos, se sentía el ruido de autos. La invitaba a festejar el exitoso número que habían dado en el salón. Mary ya tenía un amor de verano, pero no pudo negarse, porque Marcos ya había reservado un lugar en un caro restaurante del centro.

La cena fue inolvidable. Marcos se portó como un caballero. Cuando salieron, él la llevó en su auto hasta su casa. Mientras avanzaban por una avenida ancha, ella recordó por qué le gustaba tanto. Era esa expresión triste y seria de Marcos, esos rasgos morenos y dibujados como un Aladino que incluso cuando se reía mostraba una hermosura oriental de lámpara, así lo sentía. Él manejaba y ella viraba suavemente la cara para contemplar esa azul melancolía. Mary pensó que algo le había pasado alguna vez, algo inconfesable. Marcos estacionó el auto y se quedaron hablando de volver a practicar juntos alguna coreografía para luego mostrarla en algún salón. Se hizo muy tarde para Mary que tenía que trabajar en la mañana, por eso le dijo a Marcos que se tenía que despedir. Cuando se estaba por bajar, él la besó. Fueron novios desde ese momento. Mary soñaba con irse a vivir con él, pero no se atrevía a pedírselo y él nunca hablaba del tema. Igual ella aceptaba el cariño que le daba y trataba de hacerlo feliz en la medida de sus posibilidades. Lo que nunca

llegó a entender Mary fueron las caminatas disparatadas que se le ocurrían a él los fines de semanas. La llevaba a caminar por barrios desconocidos y le decía que era hermoso caminar por lugares que no se conocen porque entonces podía ocurrir algo inesperado. A ella no le gustaba eso de andar caminando al azar, pero lo hacía por complacerlo y porque no sabía hasta qué punto esas ocurrencias eran importantes para él. Alguna vez se dio cuenta de que la relación con Marcos era tonta y absurda, pero que estaba bien. Además, a pesar de que no ocurría nada extraordinario, le alegraba cuidar de él, pues sabía que Marcos estaba muy solo en una ciudad ajena.

Fue una tarde que paseando por una calle salió el perro de entre las rejas de una bonita casa color ladrillo. Los siguió moviendo la cola. Ellos caminaban sabiendo que el perro los seguía. Marcos con la mano saludaba al perrito y llamaba su atención. Caminaban despacio para que el perro no se alejara de ellos, por momentos el perro se asustaba, desconfiaba, miraba para atrás hacia su casa, pero Marcos chasqueaba los dedos y el perro se alegraba y los seguía. Luego de tres cuadras en una esquina Marcos lo levantó del suelo, a Mary le pareció lindo y se lo quedaron sin cuestionar nunca lo sucedido. A tal punto fue así que cuando les preguntaban de dónde habían sacado el perro, Marcos contestaba que prefería no hablar del tema y reían con Mary. En ese tiempo el perro estuvo con Mary, pues en el departamento de Marcos se quedaría solito en los momentos en que él saliera a trabajar. Hasta que Mary le comentó que sus padres estaban molestos pues el perro ensuciaba todo. Cuando ella le dijo que ya no podía tenerlo más, con la voz un tanto alegre, Marcos le propuso que se fueran a vivir juntos. A la semana se trasladaron con el perro a un departamento que

él había alquilado. Mary se despidió de su familia con la misma frialdad con que había dejado a su amor de verano.

Mary se sentía alegre con su nueva casa, Marcos le aconsejó que no trabajara. Entonces ella puso empeño en sus actividades cotidianas, aunque le desagradaba tener que levantar todos los días la caca del perro que no se acostumbraba a que lo sacaran a pasear. Era un perro demasiado miedoso, cuando se le acercaban otros perros se asustaba y se orinaba en los brazos de Mary. Él le decía que comprendiera al animal, pues era muy delicado. Mary no entendía cómo con Marcos el perro hacía una infinidad de piruetas. El perro parecía poseer una inteligencia extremada, porque traía cosas que Marcos necesitaba, incluso sabía cosas de previsión como cuando se olvidaban la hornalla abierta y ladraba como loco, y una infinidad de entrenamientos que no sabían de dónde le venían. Una vez con la pata encendió un artefacto de música que estaba en una mesa baja y ellos se quedaron extasiados de esa habilidad. Pero desde que Marcos le había pegado una vez que se había querido escapar en una plaza, el perro ya no quería salir y se había vuelto muy temeroso.

Al llegar del trabajo, Marcos abría la puerta y el perro saltaba enloquecido. Cuando lo alzaba, el perro le lamía la cara. A veces Mary se apresuraba antes de que agarrara al perro, él entonces la levantaba en sus brazos y la hacía girar. El perro ladraba mientras corría dando vueltas por el comedor. Casi siempre Mary lo esperaba con una comida especial que preparaba leyendo recetas de un libro de cocina. Las discusiones por el perro comenzaban a la hora de dormir, pues Mary se molestaba mucho de que el perro subiera a la cama, decía que después le picaba mucho la nariz. En los días en que ella se iba a la casa de su familia él llevaba

el perro a la cama y allí veía televisión al lado del animal. A la noche Mary sufría de terribles alergias con las cuales no podía dormir. Marcos se quedaba callado cuando ella le preguntaba si el perro había estado en la cama. En las mañanas, el perro despertaba a Marcos lamiéndole la mano que dejaba colgada de la cama, entre sueños trataba de sacárselo de encima hasta que se levantaba, se lavaba la cara, preparaba su desayuno y partía a su trabajo. Mary dormía un rato más hasta que el sol insidioso comenzaba a entrar por la ventana.

Por ese tiempo Mary notó que Marcos no tenía ese gesto de pesadumbre y tristeza. También ella se sentía bien con esa vida, aunque todavía tenía esa sensación de absurdo y de aburrimiento, la diferencia radicaba en que ahora dormían juntos y hacían el amor cuando querían. Sin darse cuenta a veces comenzaban a desnudarse, él la levantaba con las piernas abiertas sobre su pelvis. Caían a la cama, abrazados, hasta que sin querer ella giraba la cabeza y observaba que el perro había quedado adentro y los estaba mirando. Cuando lo veía intentaba correrlo a los gritos, pero el perro se quedaba quieto y Marcos comenzaba a reírse a las carcajadas. Los domingos cuando los sorprendía un silencio grande y aburrido, Marcos salía con el perro por el barrio. Lo llevaba a pasear alzado porque el perro se acurrucaba del miedo.

En el verano, a Mary la llamaron de su trabajo de lavacopas. Pensaron que no estaría mal juntar dinero para comprar muebles nuevos. En ese tiempo el perro comenzó a quedar solo. Una vez masticó la punta de los zapatos de baile de Marcos, también había desgarrado el vestido preferido de Mary. Los vecinos se comenzaron a quejar de que el perro ladraba mucho. Un mediodía en el que Mary llegaba de trabajar, antes de abrir la

puerta, el viejo del departamento de arriba le dijo que hiciera algo con el perro, pues había ladrado toda la mañana.

—No deja en paz con sus ladridos, si sigue así lo voy a matar.

Mary abrió la puerta y se metió rápido hacia adentro. A la hora de comer le contó lo sucedido a Marcos, pero Marcos se rio haciendo un chiste de las piernas flacas del viejo.

—Tiene que ladrar, es su naturaleza.

No era raro que no se preocupara, pues él mismo lo tentaba con un papel y cuando el perro estaba por morderlo se lo sacaba y el perro daba tarascones en el aire. Entonces ladraba mucho más fuerte y él festejaba esa situación. Mary los veía desde la cocina y sentía que su amor era parte de ese juego. Desde que se había ido a vivir con él había perdido a sus amigas, pues ya no se daba tiempo de encontrarlas, además a Marcos le molestaba que llevara gente a la casa.

Un día cuando Mary regresó a cocinar vio en el balcón un poco de sangre. Revisó al perro pero no tenía ninguna lastimadura en el cuerpo, ni en las patas. Cuando Marcos llegó el perro no salió a saludarlo, entonces lo busco y lo encontró en el balcón mirando la pared. En la mañana del otro día notaron que caminaba mucho más lento. Cuando volvieron al mediodía el perro se quedó en su cucha y ya no quiso salir. Marcos lo acarició, el perro lo miró con los ojos vidriosos y volvió su cabeza sobre la colcha. Al día siguiente lo encontraron debajo de la cama, Mary quiso sacarlo, pero el perro se arrinconó contra la pared aún más. Marcos con cuidado lo agarró de una pata y lo fue sacando, el perro gemía suavemente. Cuando lo alcanzó a tomar, su pequeño

cuerpo temblaba. A la tarde Marcos volvió del trabajo, entró a la casa vio a Mary cocinando, fue hasta la cucha del perro y lo vio extendido con las patas afuera del cubículo. Tenía los ojos abiertos y estaba frío. Marcos abrazó el cuerpo endurecido de su perro. Mary por primera vez lo vio llorar, ella también lloró. En los días que siguieron, no hablaron mucho. Mary notó que Marcos había adquirido esa misma expresión de cuando recién lo conocía.

Un día llegó Marcos riendo, la abrazó fuerte y la besó. Parecía haber recobrado el ánimo, luego hizo una pausa, similar a cuando alguien recuerda algo lejano de la infancia:

—Al fin y al cabo no era nuestra suerte. Lo habíamos robado, sí, Mary, hay que reconocerlo ¿no es cierto? Lo habíamos robado, lo recuerdo, seguramente también vos lo recordás.

Al día siguiente Mary esperó sentada en la mesa mientras la comida se enfriaba en los platos blancos. Mary entonces llamó a su trabajo para saber por qué no había vuelto a la casa y le informaron que Marcos ya no estaba en sus funciones desde hacía una semana, que lo habían encontrado esnifando cocaína y lo habían corrido del trabajo. Marcos no volvió. Mary nunca quiso pensar nada malo de él. Regresó a la casa de su familia tal como se había ido, porque no podía pagar el alquiler del departamento. Tampoco pudo sacar sus cosas, pues estaban atrasados con el alquiler. Todo siguió igual que antes. Su vida con Marcos había sido como un mal sueño, o una pausa entre sus días grises, pero no sabía si esos días habían sido mejores o peores a su vida sin tiempo ni forma. Solo conservaba la impresión del lomo del pequeño animal, acurrucándose del miedo cuando sentía el ruido del viejo de arriba.

LOS DOS BORRACHOS HERMANADOS

Esa noche se contaron todas las amarguras. El Gordo Gómez y Duck. Siempre habían sido amigos, pero no sabían que tenían en común un dolor de hermano perdido. El primero en revelarlo fue el gordo Gómez, que se fue en lágrimas porque su descubrimiento era reciente, y el segundo fue Duck, cuando ya estaba todo magullado, muy borracho y a punto de dormirse.

—Hace tres meses operaron a un primo mío. Nos llamaron para donar sangre. Los Gómez somos todos muy unidos. La mayoría de la familia de mi viejo son militares y uno es como que crece en esa disciplina y se ayuda. El asunto es que a este primo, que por mi tío estaba en la carrera de militar, se le disparó un arma y le dio en la panza. Ellos tienen cobertura del hospital militar, pero necesitaban sangre del mismo tipo, el viejo tiene una sangre difícil. Nosotros fuimos rápido. Y nos enteramos en la tarde de que nuestra sangre no era compatible con la de él. Pero lo peor es que ahí también nos dimos cuenta de que

nuestra sangre no era compatible entre hermanos. En el hospital nos dijeron que era poco común, que incluso era imposible. La semana pasada, los ADN confirmaron que no somos hermanos. Y ahora estamos por saber de quiénes somos hijos realmente, el tema es que parece que somos hijos de desaparecidos —dijo y comenzó a llorar. Duck, no supo qué decir.

—Me apena mucho —continuó el Gordo—. Con mi hermano nos vinimos a enterar a raíz del accidente de que no somos hermanos de sangre, ¿sabes? Mi mamá desde hace un año que está postrada en la cama del hospital militar y no dice nada, los médicos no saben qué tiene. Parece que ya no nos reconoce, perdió la memoria. El doctor dice que está en sus facultades mentales pero para mí está muy enferma la pobre.

El gordo Gómez se agarró la cara como chico y temblaba del llanto. Patricio lo abrazó fuerte y el gordo se quedó hecho un ovillo en un rincón. Estaba realmente triste. Mientras se recuperaba, le dijo:

—Mirá, yo ya soy grande, venirme a enterar que mi hermano no es mi hermano, y tampoco somos hijos sanguíneos de mi mamá. Me quiero morir. ¿Cómo nunca mis viejos me dijeron eso? A esta edad venirme a enterar.

A finales de los noventa, Duck, es decir, Patricio Espatáfora, había terminado su licenciatura en historia, con un estudio sobre el fordismo y la incidencia tardía de ese sistema de producción industrial en la economía latinoamericana. Había un apartado de su estudio bastante jugado, pero a nadie le preocupaba, porque nadie leería un estudio de la universidad de la provincia, hablaba de los automóviles Ford en la argentina y de su destino terrorífico

en los servicios de inteligencia de la brigada. Explicaba por qué habían empleado ese modelo para capturar a los llamados subversivos. A los 42 años, Patricio, o Duck como le decían, andaba en los bares de la ciudad y era conocido como intelectual. Sus notas en un diario de la ciudad eran leídas sin mayores aplausos. Era desaliñado, vivía ebrio, pero no se podía negar su inteligencia. Eso quizás era la causa por la que en las noches su presencia era hasta querida. Le decían Duck por la traducción de pato en inglés por llamarse Patricio. Cuando las cervezas se le subían a la cabeza se ponía a discutir siempre y se hacía golpear. Nadie entendía el porqué. Solo el Gordo Gómez lo defendía y lo escuchaba, pero ahora Duck estaba muy triste, lo escuchaba y tomaba seco todos los tragos como si el relato del gordo lo hubiese conmovido. El Gordo lo miraba y entendía que Duck no quería estar allí en la provincia. Por eso lo veía tomar su cerveza en silencio, mientras los otros hablaban. El humo de los cigarros se quedaba flotando y espesaba el aire que los circundaba, todavía no se había dictado la ley que obliga a los fumadores a fumar en espacio abiertos, entonces se encendía nuevamente una diminuta luz roja cuando Duck aspiraba su cigarro y se le veía la barba rubia, su gesto cansado y una cicatriz brillante que le surcaba la frente. Se podría pensar que la cicatriz de Duck le afeaba la cara, sin embargo, en él remitía a un misterio. Cuando el Gordo Gómez hablaba con sus amigos, algunos opinaban que había algo raro en él. Le gustaba andar a pie caminando en el frío, era frecuente encontrarlo a la deriva en las calles de la ciudad. Tuvo reiteradas veces ofrecimientos de autos a buen precio, pues los profesionales que asistían a esos bares tenían algunos hasta tres automóviles. El arquitecto Carlos, que trabajaba en una de las inmobiliarias más importantes de la ciudad, le había dicho una vez a Duck:

—Tengo un auto para venderte, es un modelo viejo, pero lo tengo nuevo. Me pagás como puedas.

La oferta sonaba a regalo. Duck no aceptó. Sus ingresos no eran de lo más abultados pero podía vivir mucho mejor que en las condiciones en las que vivía. El gordo Gómez a veces se burlaba y lo acusaba de tacaño, pero no se ofendía. En una reunión entre amigos alguien le preguntó a Duck si su resentimiento era económico.

—Tu resentimiento hacia la gente que tiene dinero es evidente. Un día cuando yo salía del bar, a unas cuadras de aquí te vi cuando escupías un automóvil. Escupiste el auto de alguien que no estaba allí para juzgar el agravio —dijo el hombre y se rio. Duck, esa vez sintió vergüenza:

—No recuerdo que haya escupido a voluntad un auto, además me tiene sin cuidado la gente con o sin dinero.

Esa noche en el bar del Gringo se congregaron muchos personajes que eran afectos a las discusiones, mientras el gordo se ponía ebrio como un corcho por su reciente sorpresa, los otros hablaban alegres. Hablaban de política, de fútbol, y hasta de compras recientes:

—¡Te felicito Rodrigo! Por tu auto nuevo, brindemos.

Duck giró la cabeza hacia el costado, pareció interesarle el comentario.

—Gracias, amigo, brindemos por mi auto nuevo —Su cara rojiza se deformaba como una caricatura.

—Chupás demasiado, Rodrigo, como para andar en un automóvil que levanta esas velocidades —dijo otro de traje gris y se rio con el vaso de whisky en la mano.

Duck en ese momento dirigió la mirada al propietario del auto nuevo y le dijo con un tono serio:

—Tiene razón, no tenés que conducir ebrio —agregó.

El abogado lo miró. No tomó en consideración esas palabras, pero Duck volvió a insistir como si hablara con un niño.

—Hacés mal en comprar un auto así, podrías hacerle daño a alguien si conducís ebrio.

Esta vez el abogado lo miró seriamente y antes de contestar miró a su alrededor. Nadie se había percatado de lo que estaba diciendo Duck.

—Yo no te conozco. No te permito que hagás esos comentarios sobre mi persona delante de mis amigos. Guardate tus sermones, pelotudo.

Duck siguió mirándolo, con la misma cara con la que había hablado hacía unos instantes, incluso se lo veía preocupado. El abogado estaba muy ofendido, pero volvió su cara al centro de la mesa y dio por terminado el incómodo episodio.

—No te molestés, amigo —dijo Duck—, pero es por tu bien.

El abogado volvió los ojos hacia él. Su cara se había puesto temblorosa de furia.

—¿Qué te pasa? —le gritó y se paró de su asiento— ¿Por qué no mirás tu vida, y cómo te estás arruinando? No soy menos alcohólico que vos.

El gordo Gómez estaba muy ebrio ya como para entender la situación.

—Es por tu bien, y por el bien de otros.

El abogado seguía parado al frente de Duck en actitud amenazadora, pero era muy probable que no hiciera nada violento, porque el bar era del Gringo Rodolfo, muy querido por todos y muy apacible. Sin embargo, el abogado se acercó más a Duck y el Gordo se quiso levantar de vuelta pero ya era tarde. No alcanzó a detener la cachetada en la cabeza que le dieron a su amigo. Duck se paró y amenazó con devolver el golpe, pero todos detuvieron a los dos oponentes. El abogado le propuso que salieran afuera y el Gordo Gómez no entendió por qué Duck aceptó. Caminaron media cuadra. Allí en una esquina Duck se dispuso a pelear con el abogado y recibió una enorme paliza. Quedó tirado en el piso, mientras el abogado se volvía al bar con dos de sus nudillos lastimados porque en uno de los golpes en el rostro de Duck, los dientes de éste le habían cortado la piel. Todos siguieron al abogado de bigotes. La mayoría se regocijaba en su interior de la golpiza que había recibido el otro. El Gordo, a pesar de la borrachera, ayudó a su amigo a pararse, luego divisó en una pared un grifo y le lavó allí la cara.

—Vamos a la casa —le dijo el gordo mientras lo sostenía, porque el otro estaba conmocionado por los golpes.

—No, quiero volver al bar —dijo Duck.

El gordo no le cuestionó la decisión, porque además tenía ganas de seguir tomando esa noche. Cuando entraron todos los miraron, les admiraba que hubiera vuelto a seguir bebiendo después de la paliza. Esta vez se sentaron en otra mesa en la entrada del bar. Pidieron whisky doble. De vez en cuando, los abogados miraban hacia la mesa de ellos y emitían burlonas risotadas. Luego de unas horas, comenzaron de manera lenta a salir los que allí estaban para irse a sus casas. Pasaban por el lado de Duck y esta vez se despedían de él con un poco de pena porque tenía los labios hinchados y a la cicatriz de su frente se le agregaban los hematomas de los golpes. El abogado de traje gris pasó y con una sonrisa, se despidió diciendo:

—¡Linda pelea!

El Gordo, lo miró y con los ojos lo convenció de que no siguiera molestándolo. Al salir el abogado que le había pegado a Duck, como ya estaba calmado se despidió del Gordo. El Gordo y Duck se quedaron hasta que terminaron varios whiskies más. Duck estaba adormecido y no sentía el dolor de los golpes, solo la molestia de la cara hinchada que se tocaba de a ratos con los dedos.

—No te preocupés —le dijo el Gordo a Duck—, el abogado también tiene sus problemas, esta pelea le debe haber dado un poco de aire. Solo lo ayudaste a descargar su furia.

—¿Cómo? —preguntó Duck asombrado.

—Sí, tiene muchos problemas. Su mujer lo engaña con un compañero de trabajo. La mujer también es abogada, y resulta que la vez pasada el jefe la encontró con un compañero cogiendo

en la oficina, se armó un escándalo, casi la despiden y ella debe haber llorado lo suficiente como para que eso no ocurriera, pero el tipo quedó medio perturbado; además no le salen bien las cosas, tiene un hijo que es medio puto y se volvió drogadicto, un morenito bien lindo. Lo peor es que la vez pasada, en medio de todo este quilombo, este pendejo andaba con merca encima y mató a un pobre pibito con el auto que le habían regalado para que se vaya a estudiar a Córdoba. Al auto lo vendieron y ahora estaban festejando que el abogado se había comprado otro, pero en realidad es pura pantalla, hace como que todo está bien.

—Y ¿qué pasó con el hijo?

—Se llama Marcos, es un pendejo malcriado. Se lo llevaron de las mechas a Entre Ríos ahora. Está en rehabilitación. Para colmo de males, el abogado está como loco, porque resulta que tiene otra hija que es más grande que este pendejo. Resulta que la habían casado con un estanciero del interior. Parecía que el tipo estaba lleno de guita. Estos pensaban que se habían sacado la lotería con el estanciero acomodándola a la hija en una finca. Pero hace como dos meses, el tipo se declaró en quiebra, vendió toda la finca. Y parece que era un muerto de hambre que no tenía nada. Pura apariencia el tipo. Así que imagínate como debe estar el abogado, yo a pesar de la paliza que te dio, le tendría lástima —dijo el Gordo, y comenzó a reírse como loco. Duck también comenzó a reírse.

Salieron a la calle, el Gordo paró un taxi y llevó a Duck a su casa. En el camino, el taxista le pidió al Gordo que por favor no vomitaran el auto pues ese mismo día había pagado para que lo limpiaran. Al llegar a la casa de Duck, el gordo pagó la tarifa y le pidió al taxista que lo esperara un momento. Duck ni siquiera

podía abrir la puerta de la borrachera, por eso es que el Gordo le sacó las llaves de la mano y abrió. Llevó a su amigo hasta el colchón y lo tapó, pero este comenzó a balbucear. El Gordo en su borrachera trataba de entender lo que decía, pero no había caso. Repetía algo de un Falcon blanco. Al Gordo le pareció gracioso el aspecto de su amigo con los pómulos y la frente hinchada como un payaso mal pintado.

—Trató de dormir...

—Estábamos igual de borrachos que ahora —dijo Duck.

—Claro que estamos borrachos —dijo el Gordo Gómez y se rio otra vez a las carcajadas.

—Estábamos muy borrachos —repitió—, pero él era chico.

—¿Quién era chico?

Se sintió una bocina y el ruido del motor del taxi.

—No sabía qué decir cuando llegué a la casa.

—¿Cuándo llegaste a la casa de quién?

—Sí, llegué sin mi hermano. A pesar de los moretones que tenía por el choque, me dolía eso. Bahhh, me duele. Volví sin mi hermano.

—¿Qué choque, Duck? —preguntó el Gordo desconcertado

—Fue en un Falcon blanco, son duros esos autos. Se lo robamos a mi viejo esa noche. Y en medio de la ruta se me fue a la banquina y dio como cuatro vueltas antes de quedar volcado. Salí como pude y mi hermano estaba tirado, parece que el auto

le había caído encima en algún momento y le salía sangre de los oídos y de la boca, lo abracé y le pedía por favor que no muriera. Mi viejo no me lo perdonó nunca, trató de hacerlo, pero sé que nunca iba a poder. Era su hijo preferido, se le parecía en todo. Mi vieja tampoco pudo, al tiempo me fui.

El taxi afuera tocó la bocina. El gordo se arrodillo en el suelo, abrazó a Duck para consolarlo. Los dos estaban en la misma. Habían perdido a un hermano y a los padres de maneras distintas.

LA CLARIDAD

Las cosas no estaban saliendo bien. De ocho materias que había tratado de cursar en el año con todo su esfuerzo, había aprobado solo dos, y para no perder el ánimo dedicó la energía que le quedaba a una última materia: Latín II. Pero comenzó a sentir de antemano que el profesor no la aprobaría. Se le había metido esa idea en la cabeza y la perseguía con un convencimiento que ella no tenía para nada. Cuando fracasó en un evaluativo importante, decidió hacerle consultas al profesor en el box para poder comprender en qué había fallado. El profesor atendía a las tres de la tarde, un horario terrible por el calor que al fin de año calentaba el pavimento y el aire. En ese tiempo del fin de año, el sol raja la tierra, la humedad sube de las lluvias dispersas por la noche y caldea la temperatura del paisaje en la siesta. El fin de semana se había pasado declinando palabras en latín, buscando los verbos que no entendía, fijando las fórmulas de una gramática que había dominado el mundo. Todas las horas del fin de semana traduciendo textos de Julio César, textos latinos llenos de hipérbaton, es decir, convulsiones de la lengua clásica, acomodamientos y movimientos de sus cortezas; esa belleza codificada de los antiguos. Pero ella sentía que era una

batalla ardua y perdida su intento de traducir, y otra batalla tratar de no escuchar cosas que le venían al paso de la sintaxis. Frases sin sentido se le atravesaban a toda hora y no podía escapar de un intento de hallarles significado. Era como luchar con legiones de hombres gritando en una guerra donde algunos perdían brazos, piernas, órganos y lanzaban alaridos en su cabeza. Así no llegaría nunca a dominar la lengua extranjera, menos esa lengua antigua y menos esa lengua deformada de su cabeza que comenzaba a preocuparle, porque además venía poblada de angustias que parecían intraducibles. No entendía el locus, o la disposición de esa cartografía siniestra de muchas voces gritando al compás de esos hombres en la batalla de su cerebro. Y para peor, hacía una semana que no ingería una sola pastilla. Le habían dicho que el problema no tenía reversión, pero ella quería entender que, así como había empezado, podía desaparecer. Estaba muy nerviosa, muy tensa, y destrozaba una lapicera entre los dedos y los dientes alternando la forma de un desgaste que hubiese querido que fuese su cuerpo hasta la desaparición.

El profesor era muy viejo. Habían tratado de jubilarlo dos veces pero se resistía y volvía a pedir el cargo en circunstancias especiales. Estaba empotrado en la lengua latina, la dictaba desde que la universidad había comenzado, prácticamente, y era tajante, era correcto como una lengua muerta. No por eso menos sabio. Miriam al principio lo admiraba, pero después de tantas correcciones, tantos apuros y hasta ciertas desmesuras en el trato, lo empezó a odiar. Y comenzó a odiarlo con toda la furia que tenía en el cuerpo. No comprendía un odio tan grande por aquel sujeto. ¿De dónde le llegaba ese odio nocivo y arbitrario? Esa tarde iba caminando hacia el box de lenguas. Desde su parada de colectivo hasta la facultad debía transitar dos cuadras,

pero era como un desierto por el que debía pasar. El pelo se le había resecaado en esos días. Se veía desgredada. Si la hubiesen visto Edmundo o Marcos no la hubiesen reconocido. En nada se parecía a aquella joven que tenía el pelo rojo y luminoso, hasta los dientes habían adquirido un aspecto oscuro por los mates, el café y el cigarrillo que consumía de manera compulsiva para no dormirse y seguir estudiando. Algunas piezas dentales del descuido se le habían caído, o se las había tenido que hacer arrancar por el dolor que le producían, porque había dejado avanzar demasiado las caries en algunos molares. ¿Podía acaso pasarle a una sola persona eso en tan pocos años de vida? Sí, podía y ella se daba cuenta que le estaba pasando y le preocupaba muchísimo, pero no podía hacer nada. El río de su vida había roto las compuertas y ella pensaba que estudiando se iba a enmendar. La piel de su cuerpo también estaba reseca y agrietada, lo sentía en las piernas, que habían adquirido un aspecto flácido en ese clima reseco y árido del norte, pero no tenía dinero para comprar cremas y se habían acabado las de los estantes que su madre había dejado. Mientras caminaba, declinaba verbos y trataba de memorizar la forma de la sintaxis latina, repasaba a las apuradas y el calor le irritaba el cerebro, porque ya comenzaban a venir en malones esas voces que repudiaban la intromisión y no querían que el latín se afanzara en su memoria. Comenzaban a hablar, indios y romanos gritaban, daban de alaridos, se arremolinaban en el viento norte de su cabeza.

Entonces llegó a la universidad, caminó por el campus universitario hasta que llegó a su facultad y con miedo se dirigió al box. En el camino le llamó la atención el color de los pastos, estaban rebosantes de un verde de verano demasiado verde, como si la realidad hubiese adquirido una coloración pura y vigorosa

que hasta le lastimaba los ojos. Siguió caminando, entró por un pasillo largo y silencioso. Al llegar vio a otros chicos reunidos esperando a que llegara el profesor. Hablaban de la carrera de letras con una alegría que ella había perdido, hablaban de autores, de libros, con una efusividad que le recordaba a Edmundo y a Marcos cuando algunas noches se juntaban a estudiar y a reír. Se le notaban a Miriam los años que había dejado de asistir a la universidad porque estos chicos parecían mucho más jóvenes, aunque solo le llevaran un par de años. Se quedó sentada en un pequeño banco. Por el pasillo, a lo lejos, como una sombra, vieron entrar al profesor. Parecía un espectro o un personaje del doctor Caligari en blanco y negro. Se fue acercando y ella no podía divisar bien su rostro de muñeco de cera. La tarde fue pasando en el irritante calor, por el box entraban y salían los estudiantes, hasta que le tocó el turno a ella. Entró. El profesor estaba detrás de un escritorio, ni siquiera la miraba, corregía algunas hojas. Ella se sentó en una silla frente a él.

—¿Qué necesita consultar, señorita?—preguntó amablemente.

A ella le pareció una tomada de pelo, sabía que el hombre era malvado y que la engañaría con su saber.

—Necesito saber cuáles serán los temas para el recuperatorio del evaluativo.

El profesor se llevó una mano a los cabellos blancos de su cabeza, se la pasó por el pelo, abrió los dedos como una peineta y todos los cabellos se quedaron quietos hacia atrás. Tenía el pelo grasoso. Sus facciones dejaban ver a un hombre avejentado, tenía los hombros angostos y caídos y eso le dio impresión a Miriam. Comenzó a sentir una desagradable sensación. Era la vejez del

viejo la que ahora le daba miedo, como si su senectud pudiera trasladarse a toda la biología de su cuerpo por un contagio espontáneo, y tuvo que dejar de pensar, pero ya era tarde, otros estaban pensando allí. Estaban murmurando cosas. El profesor amablemente le hablaba pero a ella se le hacía que en cualquier momento ese hombre le lamería la cara y le tocaría los senos. Y comenzó a temer con mucha tensión ese momento. El profesor seguía hablando, pero la vio incómoda, por lo que le preguntó:

—¿Se siente mal, señorita?

Miriam saltó de la silla y se comenzó a agazapar hacia la parte donde había un pizarrón blanco para marcadores. Y desde allí como si fuera un extraño animal se abalanzó hacia la cabeza del pobre hombre y sujetó sus cabellos grasosos. El profesor comenzó a defenderse y a hablarle, pero ella sintió su aliento agrio, agrio, y le agarró una desesperación nunca experimentada. Era casi sublime lo que sentía. Su odio se regocijaba sobre ese viejo traicionero que la estaba burlando, que le hablaría en latín hasta convencerla de ponerse en algunas posiciones que ella no quería y seguramente la obligaría a tener sexo con otros profesores. Y entonces ella le gritó:

—Ahora haceme lo que me ibas a hacer viejo degenerado de mierda, viejo hijo de puta, creés que porque sabés griego y latín me vas engañar.

El hombre comenzó a gritar terriblemente asustado, pero su cuerpo se fue doblando porque Miriam lo sujetaba y lo zamarroneaba de un lado a otro de los cabellos blancos y cuando comenzaba a resbalársele por la grasitud del pelo, lo volvía a sujetar y le rasguñaba el cuello. Una alumna afuera al

principio quedó perpleja ante la escena, hasta que pudo pegar un grito y salió corriendo a buscar ayuda. En el pasillo encontró a un guardia de seguridad que corrió hacia el box y pudo sacar a Miriam, no sin antes recibir algunos rasguños en la cara y el cuerpo. Miriam permaneció gritando como por veinte minutos para el susto de los espectadores que se habían amontonado en el pasillo. Cuando llegó la policía, se comenzaron a disipar, perturbados por haber visto a esa joven decir las mil y una noches de palabras ofensivas y obscenas.

El profesor tuvo que ser asistido. Al principio lo pusieron en una silla pero luego comenzó a fallarle la respiración, así que lo llevaron al hospital. Esa fue la primera vez que a ella también la internaron. Estuvo en la guardia del hospital psiquiátrico por un tiempo.

La segunda vez que cayó estuvo más tiempo, luego se hizo común que llegara, hasta que pasó a ser parte de los pacientes ambulantes. Cuando sus crisis eran graves, permanecía meses en el hospital internada. Todo se agravaba porque no tomaba las pastillas y además no comía bien. Fue hasta que el estado le consiguió un tutor y una pensión para que pudiera sostenerse. Iba a comer al hospital, así que todo anduvo mejor. También le dijeron que por un tiempo se abstuviera de los estudios de lengua, porque le hacían mal y ella lo comprendió. Le administraban las pastillas a horarios determinados, y cuando se resistía a tomarlas, la convencían para que se aplicara algunos inyectables y aunque andaba con la boca agarrotada y sin entender muy bien la realidad los primeros días del mes, pudo andar en el mundo.

ENCUENTRO DE VIEJOS

La gente aprovechaba para ir a caminar a la plaza central. Era divertido ver a los payasos dibujar animalitos con globos cuando la tarde comenzaba a refrescar. Él sintió que igual era complicado aceptar que tanta gente se conglomerara para pasarla bien. En uno de los bancos vio a un anciano y se sentó a su lado. Tiraba pedazos de migas a las palomas de la plaza. Los animalejos se acercaban y se alejaban calculando la caída de las migas. Permanecieron sentados un rato. Hasta que el anciano lo miró con los ojos mansos.

—¿Usted no les tira alimento a las palomas?

—No, pero me gusta verlas.

—Hay que ser bueno —dijo el anciano—. Son lindos estos pajaritos.

—Sí, señor, es verdad. Seguro que en estos días les tiro algo.

El anciano giró la cabeza y siguió tirando migas. Tenía los ojos lacrimosos, parecía estar llorando, pero eran solamente sus ojos gastados por la edad y un agua que trae el tiempo.

—Sí, tiene que tirarles, así se van las penas con los pájaros.

—Me gustaría que se me fuera la pena —respondió el hombre—. Se me murió un hijo hace poco.

El anciano giró la cabeza lentamente y lo miró con piedad. Sus ojos parecieron acentuar el sentimiento.

—¿Qué le pasó a su hijo?

El hombre advirtió que alguien en el mundo lo iba a escuchar. El anciano se lo preguntaba con sinceridad.

—Lo atropelló un auto a mi hijito. Solo tenía once años, ¿puede creer? Me lo mató un loco con un auto. Estaba drogado el hijo de puta, y me lo mató.

El anciano cerró los ojos en un gesto de dolor. Luego los volvió a abrir y le apoyó la mano en el hombro.

—Tiene que llorar amigo y aceptar que ya se fue, él está bien, no se guarde el llanto.

—Sí —dijo el hombre. Parecía una caldera a punto de estallar—. Me lo dice y pareciera tarea fácil. Pero todos los días lo vuelvo a ver. Lo sueño. No puedo resignarme.

—Lo entiendo —dijo el anciano. Su voz parecía venir de un lugar escondido de su cuerpo, parecía emerger de un aire suave, pronto a extinguirse—. Lo entiendo.

El hombre lo miró a los ojos. El anciano seguía apoyándole la mano en el hombro. El hombre sintió que alguien de verdad lo escuchaba como merecía. Hasta que el anciano, con mucha

calma, giró la cabeza hacia las palomas, volvió su mano a la bolsa y tiró algunas migas:

—Yo también perdí un hijo. En realidad, a dos.

A pesar del bullicio de la gente y de los niños que corrían por doquier, el hombre sintió una comunión profunda con el anciano, una conexión que no necesitaba de la mirada.

—Mi nombre es Julio, Julio Espatáfora.

—Mi nombre es Daniel Villafañe, un gusto, señor.

—Cuando yo tenía 48 años, en 1991, me llegó una madrugada la peor noticia que puede recibir un padre. Nos fuimos a dormir con mi mujer. Pensé que mis hijos ya se habían ido a dormir también. Pero habían sacado el auto sin permiso y se habían escapado a divertirse. El más grande tenía 18 años y el más pequeño 15. A las 4 de la madrugada, me vino a buscar la policía para informarme que habían volcado en la entrada de la ciudad. Pensé que solo había sido un susto. Pero el más chico había muerto.

—El mío se murió también tan terriblemente, ¿por qué, señor?

—Yo también me preguntaba lo mismo, también andaba como usted caminando por quién sabe dónde. Buscando respuestas, pero olvidé muchas cosas importantes por eso. La vida comenzó a dejarme de lado. Al principio no me importó, pero luego el dolor cesó y me di cuenta de que yo estaba solo. Perdí muchas cosas además de mi hijo —el hombre lo escuchaba sorprendido. Había un alma en el mundo tan dolida como la

suya, quiso abrazar al viejo, pero sintió también que el otro era fuerte y no necesitaba de su abrazo, que en realidad era él el apenado. El anciano dijo al fin:

—Cuando eso pasó, yo culpé al mayor, pasé tiempo sin aceptar que era la vida la que lo había llevado al pequeño. Después se fue y nunca lo pude volver a ver. Él debe seguir pensando que fue el culpable, debe seguir cargando con el cuerpo de su hermano injustamente, y no hay día que pase, no hay día, señor, que yo no lamente haber perdido a dos hijos por mi insensatez. Mi mujer murió en el año 97. De mi hijo, el mayor, supe que es profesor de historia y que escribe en el diario. Tengo todos sus artículos. No me animé a buscarlo para pedirle perdón. Me criaron a lo tonto, inflexible. Quizás la culpa la tuve yo, por nunca haberles prestado el auto, el Falcon blanco que le compré barato a un comerciante del barrio. Se llamaba don Ricardo. Él compraba y vendía autos como quería. Le iba muy bien, me acuerdo, tenía mucha plata en aquel entonces. La mujer era caprichosa y más joven que él, y el Falcon blanco nunca le había hecho gracia a ella porque era blanco y ella tenía un tapado de piel de mismo color, entonces decía que iba a repetirse como tonta. Y me lo vendió barato. Todavía me acuerdo de la cara de bronce del tipo con la mujer. Pero la quería mucho y le llevaba el apunte.

EL LOBO

Como era la más bonita y recién llegaba, los locos le hacían la guardia en los pasillos o en los lugares descuidados por el personal. Pero no eran los únicos rapaces, también estaban los enfermeros que la dopaban de noche y le hacían todo lo que podían, incluso uno de ellos se enamoró y le hablaba de llevarla a su casa. Pero como una cualidad natural en ella, Miriam comenzó a producir bandos. Los más débiles, por ejemplo, intentaban cuidarla y trataban de que no estuviera sola porque también sufrían un enamoramiento repentino de su belleza. Parecía caída del cielo, a pesar de que le faltaban dientes, era demasiado bonita para estar en un hospital psiquiátrico público. A veces los más fuertes les pegaban a sus pequeños súbditos y la llevaba a las rastras, y no les costaba mucho porque las pastillas que le daban eran fuertes en determinadas horas y eso hacía las cosas más sencillas. Por ello, mientras unos hacían de campana, los otros le bajaban los pantalones y se la cogían por turnos. A los débiles no les quedaba otra que ir a avisar a algún doctor de guardia que a veces tomaba parte y salía a ver qué pasaba y otras veces no les daban importancia, y los débiles se quedaban tristes y luego la encontraban sucia y atontada. Pero con

el tiempo ella iba ganando resistencia a las pastillas y empezaba a entender lo que estaba ocurriendo, por lo que habló con su médico un día en que la atendía y este puso en alerta al personal que tuvo que cuidarla más. De todas formas, algunas veces las cosas pasaban igual, porque los internos tenían demasiado ingenio y muchas ganas.

De todos los pacientes, había uno al que todos temían, incluso los locos más fuertes no se le acercaban. Le decían el lobo, porque gruñía. No emitía palabras desde hacía veinte años, y su cuerpo era delgado, de estatura pequeña, tal vez tenía cincuenta años, pero estaba deteriorado en extremo y sus dientes podridos le daban un aspecto de bicho ponzoñoso. Le temían porque no había forma de escarmentarlo cuando se proponía atacar. Cuando lo provocaban, no miraba el tamaño de su adversario y esperaba el momento adecuado para atacar como un verdadero animal. Se contaba que varias veces lo habían molido a palos entre varios, pero al final se las ingeniaba para vengarse de los que fuera, hasta arrancarles a mordidas alguna parte del cuerpo. Sus antecedentes eran escalofrantes y servían de advertencia a cualquiera, puede ser también que los internos exageraban un poco lo que había hecho algunas veces, pero entre lo que se comentaba existía el relato de que le había arrancado una oreja a un enfermero. Otra tarde uno de los locos más violentos le había pegado, y a pesar de haber estado totalmente golpeado, esperó a que se fuera a dormir y le mordió una mano hasta que le arrancó un dedo. Decían que el loco había hecho todo lo posible para deshacerse de él, lo había golpeado muchísimo, pero cuando el lobo se cayó al piso ya tenía el dedo en la boca y lo masticaba, hasta que se lo comió.

FINAL

No sé qué es peor entre la locura y la muerte, porque de alguna manera las dos comparten un trayecto y un término, la locura al menos es todavía la vida, y la muerte una pregunta que no sabemos si se responde. Marcos salió un día de la casa de Mary Eberhard, salió como había llegado, sin ganas. Había entrado en la vida de la joven como un caballo desbocado y salió aburrido de esa misma vida. Así entraba y salía siempre de todos lados, como un caballo enérgico y musculoso que luego al trecho se queda sin fuerzas. Era un caballo que se había aburrido de correr carreras. Se había aburrido de alegrarse, de divertirse y de drogarse. Y la cara de su hermana se le mezclaba con la de Miriam y la de Mary Eberhart. Su último amor había sido un perro pequeño que había robado de una casa, un perro que había muerto envenenado y quizás era un proceso que él conocía. Se sentía envenenado, intoxicado de muerte. Cruzó una calle larga, no sabía a dónde ir. Había pasado tres meses en un hotel sin querer salir, había pasado mucho tiempo solo sin ganas de compartir nada, pero ya se le había acabado el dinero que le había mandado su padre antes de que terminara el mes y debía buscar la forma de conseguir algo para meterse en la nariz.

Llevaba una barba larga y la gente no lo miraba. Era una ciudad grande donde la gente no miraba a otros. Se sentía desconocido, anónimo, y le volvió un flash de imágenes de otros tiempos, de unos años atrás. El anonimato ni siquiera le dolía, pero ¿qué había pasado con todo su estrellato en la universidad? Ahora caminaba y la ciudad lo dejaba como un fantasma al que nadie veía, transparente. No le dolía el anonimato ni la indiferencia de esa urbe, porque hace tiempo que sentía que nada le dolía ni le alegraba, pero le afligía volver a ese estado de gracia de sus animales del Discovery Channel, de sus documentales que observaba con la boca abierta de asombro. Y de su maqueta de plastilina que nunca concluía y que era el orgullo de su familia, porque tenía a todos los animales construidos con sus pequeñas manos. Había quedado pegado a ese recuerdo bello, el cual no le devolvía las sensaciones de ese tiempo. Caminaba por la avenida y no sentía nada. Su cuerpo era un extraño receptáculo inerte y sucio. Pensaba un poco en Mary Eberhard, en lo mal que se había portado con la buena chica y se le atravesaba por la cabeza que también se había portado mal con Miriam y con Edmundo. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había terminado sin hacer nada en Entre Ríos?

Había sido la promesa de su carrera, había dejado que sus amigos creyeran que sería alguien, pero ¿qué era ser alguien? Él era algo, pero algo que se sentía hueco, que solo caminaba y trataba de recordar. Entonces entre todas las memorias que quería hacer aparecer como una salvación, recordó la noche en que se le representó el poder. Había alcanzado varios poderes como un brujo avanzado. Primero fue el poder de la sustancia que distribuía a gusto y paladar y que todos querían consumir; después fue el poder misterioso del sexo, que comenzó a intuir como una voz interior. Podía dirigir el deseo de los otros como

un humito y se daba cuenta de que ese humo requería de alguien que movilizara y coordinara los cuerpos. Esa noche en que lo había descubierto estaban todos ebrios de alcohol y fumados, todavía no había llegado la pasta. Quedaba un grupo como de diez personas que eran las únicas que seguían resistiendo en la resaca de una fiesta. Chicas y chicos en la oscuridad tenue sumergidos en la música. Él observó que una de las muchachas tenía muchas ganas de mostrarse y antes de que dijera nada solo se miraron y él comenzó a besarla como si le perteneciera, no ella, sino la situación y los cuerpos. Los otros quedaron deslumbrados cuando él le sacó la remera delante de todos. Comenzaron a tocarse. El espectáculo era el de una película pornográfica que recién comenzaba. Lo que hacía que la situación sea más intensa y tensionante era que estaba sucediendo en vivo y todos estaban expectantes, lo que abría un deseo mayor y colectivo, como el de un baile que recién se inicia y en el que nadie se anima a bailar. Pero él, con ese poder que había entendido, los increpó a que hicieran lo mismo, y algunos, los más valientes y susceptibles, sucumbieron a su voz y se comenzaron a besar y a bailar en la pista. Así ocurrió de repente, se besaban aprovechando la energía que venía de Marcos y de la chica. Otros quedaban paralizados, pero los más temerarios accionaban sus cuerpos y encontraban otros cuerpos cercanos y ansiosos. Se entrecruzaban y la primera chica, la que había iniciado la escena con Marcos, fue un anzuelo delicado, que conducida por Marcos, se acercaba a otros cuerpos y los unía y los comenzaba a desnudar. No importaba si eran hombres o mujeres o del sexo que fueren, todo se permitía en esa sensación de no tener reglas. En menos de cinco minutos, Marcos había ocasionado una orgía. Estaba a la altura de un personaje literario. Permanecía desnudo y copulando, mientras

no sabía quién lo lamía en las orejas o en el cuello. A la vez podía sentir que otro aprovechaba de ese cuerpo cercano al suyo para copular. Lo sabía por los movimientos que percibía en su exterior. Todos se unían y se entregaban al sexo, al alcohol y a la marihuana, y se conectaban como nexos gramaticales díscolos y alegres. Tenía sentido la vida. Él era alguien que todos necesitaban, y así fue en reiteradas ocasiones, sabían que Marcos era un demonio y querían que lo fuera, le insistían, lo alababan, pues era un demonio bueno que regalaba placeres. Pero un día lo arruinó todo, o tal vez no, pero cargaba con la cara de su amigo semi dormido que lo miraba con tristeza, esa noche en especial en la casa de Edmundo, porque él estaba cogiéndose a su novia, y a la vez estaba cogiéndose a su mejor amiga. Nadie le había pedido esa vez que llevara las cosas hasta ese punto, porque se daba cuenta de que Edmundo no había pedido eso y nunca lo hubiese querido así, porque amaba a Miriam. Entonces, ¿lo había traicionado? ¿Cuál era el límite en esas circunstancias entre la libertad, el deseo y la traición? De su amiga no podía decir nada porque siempre había querido cogérsela, pero tal vez había llevado las cosas demasiado lejos. ¿Se había vengando de Edmundo porque le iba demasiado bien en los estudios? ¿Le dolía en el fondo que ese chico que mataba ratas tuviera una disciplina inquebrantable para estudiar? Sí, entendió él. Se vengaban con Miriam esa noche. Miriam se lo cogía con ganas y los dos disfrutaban de humillar a Edmundo, porque había algo que no podían quitarle y era el tiempo y la voluntad que había tenido. Pero ¿quién quería ser un estudiante universitario? Ir a la facultad era una prueba que se habían propuesto y sentían que habían fallado ¿Les quedaba vengarse? La mirada vencida de Edmundo parecía la de un niño caído. Y a él le estaba doliendo

mucho en el centro del pecho. Se parecía a esa mirada que vio debajo del auto cuando atropelló al chico, cuando por llevar pasta le entró la persecuta y mató a ese pibe. Y Marcos pensó en ese momento que lo mejor era sentir el cuerpo de cualquier manera, sentirlo a pesar de las consecuencias, así que esperó a que el tránsito ayudara y cuando vio un camión de gran tamaño se decidió a vengarse de él mismo y se tiró bajo las ruedas. Duró unos minutos, le alcanzó para su verdad mientras sonaban los gritos y las bocinas.

LA PRINCIPITA

Le dicen el lobo, no te le acerques —dijo el hombre que tenía la barba crecida, y que hablaba de Tucumán, de la guerrilla y de los tiros que esquivó en el monte.

—Te puede morder.

Miriam lo miró, parecía una postal grotesca de un viejo de pueblo. Hasta tenía un pequeño poncho y se agarraba de una de las puntas. Hacía mucho calor esa mañana y el poncho era de lanita de llama. Ella se le acercó, despedía un impregnante olor a pie y sus dientes podridos daban asco, pero Miriam sintió que no podía relacionar ese olor a una persona, sino más bien a un bicho, como los bichos de la casa del fondo de su abuela. El hombre la miró y puso sus dientes hacia adelante. Parecía verdaderamente un licántropo. Su cuerpo adquirió de momento una posición de can que pronto podría atacar. Los otros internos se alarmaron, algunos miraban intranquilos y otros deliraban de manera caótica. Ella se puso frente a él. Miriam parecía no temer al lobo y a la posibilidad de perder un pedazo de piel o dedo de una mordida. Entonces le habló:

—¿Cómo es tu nombre? —preguntó.

El lobo se encorvó de una manera que daba miedo y empezó a gruñir. Su poncho viejo dejaba ver unas costillas pronunciadas en los agujeros, y sus ojos se habían puesto de color rojo por la rabia que iba acumulando. Ella siguió calmada y dio unos pasos hasta él. Los otros locos daban de gritos y le pedían a Miriam que se alejara. Aun así, ella se acercó más a él. El hombre la miraba y los pelos cortos de la cabeza se le habían crispado como a un perro rabioso.

—Me llamo Miriam.

El lobo le tiró un manotazo con la mano abierta y le pegó en el pecho. Ella se hizo para atrás. Se asustó un poco, pero no quería marcharse. Los otros locos retrocedieron y uno fue a buscar al guardia. Sin embargo, contra todos los pronósticos, ella le soltó un escupitajo en la cara. Le agarró los pelos de la cabeza y lo sujetó. El lobo gruñía como un animal atado. Hasta que ella comenzó a rascarle la panza al hombre por debajo del poncho de lana y este comenzó a quedarse quieto como hipnotizado. Volvía a escupirle la cara y el lobo ni siquiera se limpiaba la saliva de ella que le caía espesa hasta el ponchito. Hasta que se quedó totalmente rendido en el suelo, mientras ella lo sujetaba con una mano de los pelos y con la otra le acariciaba la panza.

—¿Cómo te llamás? —volvió a preguntar ella, en voz baja.

Tardó en contestar, pero sus mandíbulas parecían haberse dilatado y daban señas de un enorme disfrute, mientras se acostaba en el piso lentamente. Los otros locos estaban asustados y comenzaron a temer un desenlace terrible. Pero todo continuó tranquilamente.

Con los dientes carcomidos y la boca tensa, el lobo miró a la chica con los ojos más parecidos a los de un hombre. Luego se arrastró y bajó la cabeza hasta lamer sus pies, y siguió lamiendo. Al fin después de veinte años de no hablar, pronunció algunas palabras:

—Creo que mi nombre es Sajama. Ya no recuerdo.

Luego siguió lamiendo los zapatos gamuzados y rotos de Miriam.

ÍNDICE

Fractum a partir del año 1985	9
El hambre.....	11
Josefina Luna.....	19
El lobo y la mano.....	21
Hipótesis sobre Josefina Luna	29
La separación	37
Josefina Luna y los hijos.....	45
Fractum	49
Fractum 2015.....	51
El viejo.....	59
La iniciación.....	65
Un consejo.....	69

El método	77
Amigos indivisibles.....	83
El tiempo vuelve.....	89
El novio	93
La plaza.....	99
Interferencias	105
Lo nuevo	109
La iniciación	113
Juegos verbales.....	119
El final.....	129
La vie en rose	131
El inicio	135
Los síntomas	139
El límite	141
La crisis de los pimientos.....	143
Los papeles	151
Literatura regional.....	157
Marcos, el dios	161

Otro velorio.....	165
El campus y el flaco.....	167
La señora que insulta.....	169
El miedo	171
Cansancio	175
El toro	179
La rutina.....	189
La exhumación	193
El incidente.....	197
Los viajes.....	199
La Roca	205
El niño	211
El regalo de un amigo	217
El tiempo.....	223
Los dólares.....	225
La apertura al cuerpo.....	229
Los dólares II	233
En conclusión	237

Rehabilitación.....	239
La boca abierta	241
Comunicado de la radio:	249
Las distancias del amor	251
El accidente	257
Pastillero	261
El regreso	265
El primer diente.....	271
El perro para ciegos.....	273
Los dos borrachos hermanados	281
La claridad	291
Encuentro de viejos	297
El lobo	301
Final	303
La principita	309

El libro **Fractum**
de *Alejandro Gabriel J. Luna*
se terminó de imprimir en el mes de marzo
de 2022, con una tirada de 300 ejemplares,
en los talleres de Artes Gráficas Crivelli
Caseros 1551, Salta - Argentina

